



Memoria desde el sueño

Armando Quiroz Benítez



Armando Quiroz Benítez nació en Pabellón de Arteaga, Ags. en 1958. Es profesor normalista. A lo largo de 40 años ha ejercido la docencia en diferentes planteles de educación primaria, secundaria, media y superior.

Ha colaborado en revistas como *Parteaguas*, *Blanco móvil*, *Ventana interior* y *Tierra adentro*. Obtuvo primer lugar en certámenes nacionales como el concurso de poesía de la revista *Punto de partida* de la UNAM (1989), el concurso de cuento sobre símbolos patrios convocado por el CONACULTA (1996), y mención honorífica en el premio de poesía “Alí Chumacero” (1999).

Varios de sus textos han sido incluidos en libros colectivos como *Escándalo de agua* (1983), *Cuentistas de Tierra adentro* (1995), *Cien años de poesía en Aguascalientes* (2001), *Contorno del fuego. Poesía* (2013), *Contorno del agua. Narrativa* (2013) y *CRENA: testimonios de la primera generación* (2016).

Entre sus publicaciones individuales están el poemario *Alegorías del desdén* (1998) y el libro de cuentos *La noche circular* (1999).

En la actualidad trabaja como profesor de grupo en el Centro Regional de Educación Normal de Aguascalientes.

“En la quietud de la jubilación, que en ocasiones pasa del simple ocio a la molicie más irreflexiva, hay tardes continuadas donde advertir la fecha no es posible. En las somnolencias vespertinas, sentado en cualquier banca del jardín de San Marcos, el tiempo parece suspendido, flota por momentos en un lienzo deslucido y melancólico... veo en mi interior un patio escolar enrojecido, una sábana flotante adherida como señal incierta a la sombra de un cactus apagado. Arriba, las nubes empañadas gotean oscuridades. Colgada de un mezquite, una campana traslúcida reverbera en ondas líquidas y al fondo, en el final de la vereda, dos niños arrastran jirones de libros y lloran sin agua y sin pan”.

Memoria desde el sueño



Armando Quiroz Benítez

Memoria desde el sueño.

© D.R. Armando Quiroz Benítez

Primera edición, 2017.

ISBN: 978-607-29-0650-1

Edición del autor.

Diseño gráfico:
LDG Olga Yveete Guerrero Cardona.

Fotografía de primera solapa:
América Quiroz.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio electrónico o mecánico, sin autorización por escrito del autor.

Impreso en México

Ah, memoria que sólo con harapos
reconstruye aquella vestidura.
¿Qué desnudez tratamos de cubrir
evocando a retazos antiguas maravillas?

Baudelio Camarillo

[Jean Cocteau] sintió que, al cumplir el medio siglo,
debía decir algunas cosas a propósito de sí mismo, que
quizá después ya habría olvidado o, en circunstancias
extremas, ya no le importarían demasiado.

Juan Domingo Argüelles

Cuando por fin, allá, concluido el instante de la última
tierra, cumplida su conquista, seamos uno en el hundir-
nos para siempre, [...] me tumbaré bajo retamas blancas
y amarillas a recordar, a ser ya todo yo, la total arboleda
perdida de mi sangre.

Rafael Alberti

Con mi primer berrido el gato saltó por la ventana y mi padre humedeció sus labios en los ojos de mi madre, que no dejaba de llorar. Lloraba con ese júbilo ahogado que provocan la incertidumbre y el ensueño cuando germinan enlazados. A pesar de los dolores, sonreía mientras miraba a la partera cortar el cordón y pedir la sábana limpia para envolver mi cuerpo grisáceo y tenso, encenagado de untos sebáceos y sangres diluidas. Pronto pedí pecho y como damnificado bebí y bebí la savia materna, esencial y generosa. Pasaron los días y los meses y Roberto, mi hermano mayor, a sus dos años, se preguntaba si algo decían mis balbuceos.

A falta de andadera o portabebé, artefactos futuristas ni siquiera imaginados todavía, mi madre me confinaba en una *reja* para hacer libremente sus quehaceres. Acolchaba las tablas con una cobija y ahí, en aquella caja, cuyos jitomates habían sido vaciados en alguna tienda, me pasaba las horas sentado, ya fuera sin hambre o con hambre, recién bañado o con el pañal al kilo, en el centro de la sala pero sin llorar, la sonaja inmóvil en la mano y sólo observando puntos fijos desde el gesto serio de mis ojos todavía grandes. Ni lloraba ni reía, sólo miraba y miraba.

Mi madre, en cambio, no hacía sino sollozar cuando mi abuela Praxedis, al verme así, indolente, inexpresivo y distante, sentenciaba un diagnóstico que resultó pronóstico:

—¡Ay Socorro, hija; este niño te salió mensito!

Cuarenta años después pude visitar la casa donde nací, unos meses antes de su demolición. Me pareció más pequeña que el recuerdo. Para entonces era una ruina total. El estrago del descuido y el tiempo mismo habían dejado en un quebranto indigno los muros, las puertas, los rincones donde yo jugué y donde incontables veces reí y lloré.

Al ver todos esos años arrojados contra la fachada, su azul desteñido y el desvencijo de los muros, las jardineras en orfandad y el desaliño de las bugambilias, comprobé lo que ya tantas veces se ha dicho: el tiempo no perdona. Todo se acaba... y se acaba pronto. La pequeña sala derruida hasta el colapso, el cuarto donde yo dormía, destechado, agredido ahora por la basura y el *grafiti*, en la cocina un agujero inmenso que alguien excavó sin piedad y con ansias enfermizas, pensando cándidamente que ahí habría un tesoro oculto... el baño, un solo montón de cascajo desmigajado.

El cuarto donde mis padres se prodigaron el amor más promisorio, era ya un auténtico despojo; ese mismo cuarto donde mi madre vivió sus mejores y sus peores momentos con mi padre. Buenos cuando el amor tocaba tierra y en el ritual amoroso aparecía la creación misma para plantar en ella otra vida como invención o advenimiento; seis vidas nuevas y una de ellas, la segunda, es la que en estas páginas registra. Buenos también, cuando mis hermanos y yo llegábamos al mundo, uno por año, entre órdenes de comadrona, jadeos de madre joven, trapos hervidos y agua de sangres y placen-

ta. Después venían los días en que nos dormía en sus brazos y mientras bebíamos la blanca savia de su pecho, ensayaba con voz de ángel alguna nueva canción de cuna. Días malos, nefastos, cuando el amor era desterrado por los alcohólicos desvaríos de mi padre, cuando el cuarto marital se convertía en el escenario funesto del *delirium tremens* y las noches se hacían interminables entre el reproche ominoso y el gotear lento de los sueros, entre el llanto continuado y las alertas insomnes de aguja y antebrazo.

Al caminar entre los adobes abatidos y el silencio de la ruina, me parecía escuchar todavía la risa de mi padre contándonos alguna historia. ¿Dónde las espinas amorosas de su barba en mis mejillas infantiles? ¿Dónde el tarareo de mi madre en las tardes aletargadas del otoño? ¿Dónde su amor agraciado que era nuestra risa? ¿Dónde nuestra gritería inocente en el juego con mi abuelo Felipe, el ronroneo del gato bajo el sofá o la chicharra irascible del despertador y la levantada con la última oscuridad, para llegar a tiempo a la secundaria? ¿Dónde el rechinado en la puerta de la entrada, el cloqueo del perchero al colgar el pantalón o el rechinar de los cajones en aquel ropero de margaritas labradas en madera virgen? ¿Dónde...? ¿Dónde el aroma nocturnal del hueledenoché y las luciérnagas rondando su fronda en las oscuridades de verano? ¿Dónde...?

No cuesta mucho comprobar que el tiempo es paradójico: primero te arroja, te alimenta, y así te nutre y te madura... pero luego, en su parsimonia de tortuga milenaria cambia el rumbo y entonces te carcome, te socava y consume, te hace inclinar la mirada a su paso soberano... y cuando ya te ha aniquilado, entonces otea, vuelve sus ojos

de bestia insomne, su mirada de traición suavizada hasta que descubre a otros a quienes aplicará también su misma dialéctica inevitable y ciega.

La dinámica del tiempo es extraña, es cierto, cósmica pero extraña, y por eso también es posible su presencia interminable. A veces nos deja sensaciones adheridas como sellos de lacre en las neuronas, aromas y texturas, resonancias y eufonías que reverberan como marcas de luz o de sombra según lo dicte su cachorra llamada nostalgia, la cual cosquillea y lame pero que lamiendo también desgarrar y abandona.

Ahí entiendes, estimado Claudio, que no hay otra opción sino someterse al imperio de ese tirano sin rostro, pues aun siendo invisible se hace presente; ese eternizado autócrata cuya mano absoluta edifica y destruye, engendra y aniquila, cimienta y desmigaja, organiza y desmantela...

No sé si ya pasaron dos o tres años, pero hasta unos días después dejé de escuchar el zumbido que me dejó la estridencia de las bocinas de festejo. Desde el día de tu graduación, Claudio, no había desaparecido un silbo lejano que llegaba hasta mis tímpanos para irse de nuevo y luego regresar como si fuera el sonido de un silencio continuado. Seguramente a ti no te sucedió lo mismo. El gusto de haber recibido el cartón llamado título, te resguardó durante la noche, aun cuando te encontrabas en el centro mismo de los espavientos. Seguro recuerdas nuestra charla segmentada por las estridencias, sesgada unas veces hacia el grito y otras, atemperada en los recesos de la música de banda.

Te agradezco la invitación para dirigir el brindis en el intermedio de la fiesta. No me fue difícil pues no hacía ni doce horas de que en la ceremonia formal del teatro “Aguascalientes”, compartí su entusiasmo de graduandos –toga y birrete de por medio– y a solicitud de todos les dirigí unas palabras. En ellas, además de felicitarles, me permití trazar algunas líneas de lo que entraña el ser maestro, aunque a decir verdad, no estoy seguro de haber sido explícito, pues cuando miré sus rostros atentos desde las butacas y enfrenté la certeza de ya no tenerlos en el aula, mi nudo en el esófago estuvo a muy poco de reventar en lágrimas.

Recordarás que pretendiendo subrayar la importancia del ejercicio docente, deslicé las líneas hacia mis primeros años como maestro hasta verme obligado a terminar los cinco minutos de mi intervención con la envejecida y obligada frase de desear el mayor de los éxitos a cada uno.

Al dejar el micrófono, pude observar a través de mis ojos ya inundados, que para aplaudir pusieron sobre sus rodillas el pergamino que momentos antes apretaban contra el pecho. Poco después, cuando el conductor dio por terminada la ceremonia, el teatro estalló en ovaciones para ustedes, ustedes respondieron poniéndose de pie, en un grito acordado lanzaron hacia arriba el birrete y como nuevos profesores lo atraparon ya de vuelta.

Vinieron luego los abrazos en el vestíbulo de alfombra, las flores, los flashes fijando las sonrisas de metas alcanzadas. Ahí, entre togas y melodías de hasta luego tocadas por un joven violinista, me reiteraste la invitación para el brindis en la fiesta.

Y ahí estuve. ¿Lo recuerdas? Encendido ya por el espumoso y la nostalgia de la noche, desde el templete de los músicos les dirigí unas palabras,

pero ahora con una copa en alto, lejos de la formalidad del teatro; luego, poco antes de la cena me pidieron hacer el último pase de lista y después, que tocara los tambores de agua como en un ritual de despedida.

Ya durante la crema de elote y el lomo dulce me confiabas tu emoción, tus inseguridades, pero también tu aspiración por hacer valer el título y encontrar el camino de la realización profesional. Así, tal cual, me lo dijiste, ni le agregó ni le quito.

Entre chasquidos de cubiertos y música de orquesta, me hiciste algunas preguntas que no acerté a contestar del todo, pero si la memoria no me falla, te dejé la promesa de responder a cada una si me las mandabas luego.

Cuando arreció el zumbido y las arenillas del sueño me apremiaron, te dije que me retiraba. Caminé entre las mesas levantando la mano para repartir adioses y llegué hasta el pórtico del salón “Olimpo”. Salí al frescor de la lluviecita de verano y saltando algunos charcos, me enfilé hacia la noche para dejar otro ciclo escolar en el recuerdo.

En los últimos días he soñado con pájaros, pero no los veo en los campos labrantíos ni en los árboles de las veredas ni en los naranjos de las casas, como en mis lejanos años de profesor rural. En los primeros devaneos del alba, todavía adormilado por el peso de la noche, he visto en el entresueño un gran pájaro posado sobre mi escritorio de neblina, es un cuervo que asoma desde la sombra, las cuencas vacías y el pico levantado. Me llama por mi nombre y luego bate sus

alas pero no vuela. Sus patas son garras eslabonadas y le impiden elevarse. Entonces grazna y ríe con un graznido infantil. Luego ya no es un cuervo sino un niño escribiendo agachado sobre mi escritorio, un niño regañado, socarrón, que espera con malicia el toque del recreo.

A propósito de pájaros, no te he dicho que en las tardes de otoño y somnolencia, sentado en una banca de algún jardín, he añorado el vuelo simétrico de las aves campiranas sobre las tierras labrantías, el revoloteo desplegado en las veredas amargas de El Salero, esa ranchería donde me inicié como profesor rural; he suspirado también por su vuelo fugaz en las laderas resucitantes de Milpillas, comunidad donde regresé a la vida, o en la arboleda rural de Paso Blanco, donde junto con mis alumnos conocí al Platero de Juan Ramón, al cuervo de Edgar Alan y al ruiseñor de Wilde.

En mis tardes de jubileo he visto cientos de pájaros hacinados en los árboles de los camellones, dormidos junto a los semáforos nocturnos o despiertos, restregando su pico en los ventanales, casi agónicos por el alquitrán en su lengua cantadora, aves fugaces posadas sobre el telar de los cableados, suspendidas como notas funestas de un pentagrama equivocado, agobiadas por la luz mercurial tratando de dormir en las avenidas sofocadas por la noche; las he mirado picoteando restos de pan y caucho en polvo, dando saltitos en las baldosas laminadas de sol para emprender luego un vuelo súbito cuando los autos acercan su agresividad urgente.

Pero no creas, apreciable Claudio, que es todo en la vida de estos volátiles urbanos. En el amanecer de otoño el escándalo se aviva; en los árboles encarnados de pájaros un vocerío de pi-

cos y alas sacude la mañana. Al volar en bandadas contra el alba, parecen miles de hojas en el abrazo seco del otoño, oleajes flotantes, cardúmenes celestes sobre fábricas y hoteles, ires y venires en un ballet aéreo como vuelo sincrónico de giros acordados y retornos sorpresivos.

Después de su actuación matinal se van ¿a dónde? No es necesario imaginarlo. Ágiles y graciosas, las aves conducen su danza festiva hacia los campos, hacia el monte o la parcela, hacia el estanque o el peñasco, siempre en busca del agua y la comida.

Luego de las horas en el retozo silvestre, regresan con el pulso naranja y grisáceo de la tarde. Sobrevuelan ahora por encima de las azoteas taciturnas e intentan un descanso en los parques olvidados. Vuelven cansadas y entonces toman por asalto los ramajes de los camellones, multiplican el escándalo y sueltan raudales de excremento en el concreto anochecido. Son ahora frutos deslucidos en medio del follaje; han llegado para nevar con sus heces la jardinería y los toldos de los autos.

Llegan con el otoño y se van con el primer invierno. Sólo ellas saben a dónde. De cualquier forma volverán de nueva cuenta y a vuelta de año, enjambres de piar y vuelo, a poblar con su estrépito los mismos árboles y los mismos cables.

Trataré de responder a la cadena de preguntas que me has enviado, todas ellas sustanciales y urgentes, tal como tú mismo lo dices. Lamentas, no sólo que no hayamos podido darles salida aquella noche de ruido y zapateo en el

salón “Olimpo”, sino más aún, que los cuatro años de permanencia en nuestra escuela no hayan sido suficientes para platicar sobre todos esos asuntos aplazados obligatoriamente, y no por falta de entusiasmo, sino por la distracción cotidiana en que nos metían los contenidos programáticos.

La primera es sobre mi fecha de nacimiento, otra sobre mis años de servicio y algunas más sobre mis experiencias o mis recuerdos. Te prometo que si no me vence la pesadez del sueño y si a ti no te gana la impaciencia, podré responderte algunas y de paso contarte algo más sobre mi vida, una vida simple, es cierto, pero mía al fin.

Primero, quisiera jugar al Diofanto para referirme a ella, a mi fecha de nacimiento por supuesto, pero el álgebra es una flor nunca vista en mi jardín, por ello, prefiero decírtela sin más complicaciones: nací en 1958 en la calle del Refugio número 15, el martes 9 de septiembre en Pabellón de Arteaga, a las ocho horas de una mañana encendida por las lágrimas risueñas de mi madre.

El acta de nacimiento dice que fue el día 12 pero ese es un error producto de una contingencia. Te explico: el 12 de octubre me llevaron a registrar y mis padres se encontraron con la sorpresa de que debían pagar una multa de treinta pesos pues había fenecido el plazo del mes establecido por ley para inscribir en el mundo a los recién nacidos. El juez estaba ausente y la persona encargada les aconsejó evadir el pago de la multa; simplemente se escribiría en el acta que el nacimiento del niño había ocurrido el 12 de septiembre, encontrándose así en el plazo justo para asentar el dato. Mis padres consideraron que no había mucha diferencia y así, desde entonces, no el 9 sino el 12 de septiembre de 1958, quedó como la fecha oficial de mi

nacimiento y yo resulté con una ganancia de tres días en la cuenta de mis años.

Te diré, Claudio amigo, que entonces el mundo quedaba muy lejos y las noticias de los acontecimientos nacionales o de otros países llegaban a mi pueblo natal como ventiscas esporádicas, como sucesos remotos o rumores crecidos a partir de un periódico olvidado en el vagón de pasajeros; otras veces vibraban con las sintonías azarosas de los radios de bulbos o asomaban en las hojas sueltas de revista con que envolvían los cacharros de cocina comprados en Aguascalientes.

Ese 1958, se dieron sucesos mundiales que reverberaron tardíamente en aquel Pabellón empujéncido, arrinconado en el contorno rural de Aguascalientes, un Pabellón de bicicletas y campesinos por las calles terregosas, de juegos callejeros y tienditas rurales donde podía faltar el bastimento pero no así la cerveza, un pueblo con escuelas -primaria y secundaria- y campanadas llamando a misa en la capilla.

Para sus habitantes fue más importante, por supuesto, el robo a la casa de don Rosendo que la desintegración en la atmósfera del ya célebre Sputnik I. Significó más el nombramiento del doctor Baltasar Murillo como director de la primera clínica del Seguro Social habida en Pabellón, que la elección de Adolfo López Mateos como el próximo presidente de la República. Impactó más el desbordamiento de los arroyos "Arellano" y "Adoberos" y el estrago total de más de 200 casas en la ciudad de Aguascalientes que el fallecimiento del equipo completo de fútbol Manchester United en el accidente del vuelo 609 de la British European Airways. No causó tanto impacto en Pabellón el hecho de que el líder magisterial Othón Salazar

haya sido declarado formalmente preso en la ciudad de México, como el que la Feria de San Marcos dejara de ser regional y fuera elevada al rango de nacional. O más aún, nadie hizo caso a la Asociación Cultural Aguascalentense cuando anunció el reinicio de los viernes literarios, pero sí fue una noticia de virgen-santa y no-lo-puedo-creer, el hecho inconcebible de que Don Baltasar hubiera sido arrollado por su propio carretón de mulas.

Pero la mayor noticia para mis abuelos fue que su hija Socorrito, en esa mañana de septiembre, se estuviera aliviando ya de su segunda criatura.

Mi padre me contaría después que “salí de mi madre y entré al mundo” en un cuarto de adobes encalados, sobre una cobija hilvanada con hebras de lana y sueños postergados, en una mañana rural y fresca, al amparo de Nuestra Señora de los Remedios cuya repisa, mi abuela Praxedis había adornado con claveles.

En mi caso, hablar del árbol genealógico sería un fingimiento. Aunque tú no me lo has preguntado y yo nunca lo he investigado, es tan difuso que de sólo pensarlo lo imagino como un árbol de hoja caediza, desnudo ya por los venticillos del olvido. No puedo presumir de una herencia intelectual añeja, cargada de palmas y blasones, pero sí estoy seguro de ser beneficiario de la paciencia campesina, de la sencillez rural que fue siempre el sello ostensible de mis mayores.

De bisabuelos sólo sé de uno: el paterno. Se llamó Gregorio Quiroz y según decires de mi padre,

fue escribano de hacienda y llevador de cuentas, por eso sus días transcurrieron como jornalero de escritorio, contando cuarterones de maíz y apuntando las cargas de frijol y garbanzo que los peones acarreaban a las trojes. Dormía con placidez porque tenía tranquila la conciencia y todo –o casi todo– lo resolvía con refranes. En casa de mi hermano Ramiro hay una fotografía con retoques al carbón y una mancha de humedad añeja en la que el bisabuelo viste un traje lúgubre, sin sombrero, como correspondía a un escribano. Es notoria además, una expresión lánguida de ojos sosegados y bigote porfiriano.

Le gustaba fumar mientras miraba las estrellas y decía a sus hijos que su acomodo en el cielo nocturno sólo los muy sabios lo podían explicar. No supo nunca de Baudelaire, de Rousseau o Aristóteles. A lo sumo, si algo leyó, además de sus notas a tinta china y los números en las fojas de registro, fue el “Cancionero”, pero no el de Petrarca, sino el que cada año editaba la casa fabricante del antiácido sal de uvas “Picot”. Murió en su cama, asistido por mi bisabuela y rodeado de sus siete hijos. Durante sus últimas horas estuvo agobiado por una tos brutal que casi le hacía escupir la tráquea, pero pidiendo por piedad tan siquiera una fumada de cigarro de hoja.

Mis abuelos paternos fueron Manuela Méndez y Edmundo Quiroz. Ella, de estampa tarahumara y trenzas largas sobre el pecho, consagrada a su tarea de madre y a su deber de esposa obediente y amorosa, aun en los días de abandono, mujer sumisa de ojos tristes y voz siempre fatigada. Nunca pudo aprender a leer y jamás escribió una palabra, por eso, cuando aceptó casarse con mi abuelo, signó su compromiso con una equis por firma en

el acta que los unía como esposos. Después de los cincuenta comenzó a padecer de várices, por ello, cuando el sol caía, ya al final de su jornada fatigante de ama de casa y campesina, se recostaba en la cama, descalza y con las piernas extendidas. Entonces, mi abuelo, con parsimonia de vejez y si le venía en gana dedicarle un poco de su tiempo de marido, le pasaba y le repasaba las venas abultadas y violáceas con el pelaje suave de una pluma de guajolote. Así lo hacía de tarde a tarde, del empeine a la rodilla y de la rodilla al empeine, hasta aminorar las molestias y el cansancio. Ya recuperada, mi abuela se levantaba a preparar el té de flores de naranjo que cada noche le servía a mi abuelo para que durmiera en paz y no lo tentaran los fantasmas nocturnos de la fuga. Ella murió en casa de mi tía Toña, hermana de mi padre, quien la siguió asistiendo nueve días y nueve noches después del derrame sorpresivo que le desmoronó sus sesenta y dos años. Extraviada la memoria y anclados los ojos en el espacio de su cuarto, acabó en el amanecer sombrío de un viernes de vigilia.

Don Edmundo Quiroz fue de tez blanca, bien parecido y dado a la pendencia, campesino pobre y descontento, a veces arrogante. En temporadas, cuando joven, trabajaba la tierra en su natal hacienda El Mezquite y hasta llegaba a parecer un hombre responsable, pero su defecto fue el vaivén y su dificultad la ligereza.

—Nunca sacarás nada siendo como eres; hombre de bullas, de baraja y aguardiente— le resregaba mi bisabuelo a manera de regaño. Aludía a aquella ocasión en que Don Edmundo, entonces un muchacho, montado a pelo en su caballo y ebrio seguramente, se metió a galope en el barullo de la feria en Pabellón hasta derribar a dos paseantes y una hilera de puestos de dulce y cacahuate.

Cuando ya fue hombre maduro, mi abuelo festejaba su cumpleaños reuniendo a toda la parentela en la casa de mi tía Nacha, en Aguascalientes, una casa de tradición alfarera con patio de arco y sol, paredes blancas de cal y una bugambilia que llenaba de florecillas lilas el piso de ladrillos, siempre recién lavados. Su día, el 20 de noviembre revolucionario, se llenaba con las canciones de José Alfredo Jiménez y Pedro Infante que iban y venían entre cazuelas de mole, lechugas orejonas, refrescos y botellas de aguardiente. Mi abuela servía los platos rebosantes como nunca mientras los grandes bebían y jugaban al conquián, tirando seguidas de oros y bastos o tercias de ases o caballos y apostando tostones de Cuauhtémoc y pesos de Morelos; los chicos, festivos y sudorosos, pateábamos con nuestros zapatos de estreno una pelota de esponja en la extensión del patio; los más pequeños gateaban debajo de las mesas o chillaban enfadados por la música y los gritos de los borrachos; algún bebé, abarcado por el brazo maternal tomaba su biberón, en tanto la mamá, con la otra mano se llevaba a la boca la pierna de guajolote bañada en mole y ajonjolí.

Al final, las úlceras estomacales en mancuerna con “el diabetes”, como le decía mi abuela, lo obligaron a dejar el aguardiente. Después, a fuerza de negarse a los licores, se hizo gran bebedor de café soluble y con tres o cuatro tazas se achispaba en la plática de sobremesa.

Su muerte estuvo marcada por lo inaudito. Falleció en una cama de hospital a las doce del día y a los sesenta y cuatro años. Fue velado en la sala de la casa que habitaban mis padres, ya en Aguascalientes, en la calle Navarrete. En el muro del fondo donde estaba el librero de mi madre, colocaron

lienzos de terciopelo morado y lo cubrieron de lado a lado. Fijaron en el centro un crucifijo bruñado y complementaron la utilería funeraria colocando en cada esquina del ataúd, no los cirios populares de cera y flama, sino unos pedestales metálicos rematados con bombillas eléctricas de un lóbrego rojizo. Así, a las cuatro de la tarde la sala quedó convertida en capilla ardiente, saturada de parientes y amigos al principio, pero desierta en absoluto desde las ocho de la noche y hasta el día siguiente.

Con el primer rosario de las cinco de la tarde empezó el olor de la carne corrompida. La emanación mortuoria de cuerpo descompuesto venció pronto al aroma de crisantemos y rosas que la gente había llevado. Alguien explicó que era por la tumoración oscura enquistada en sus entrañas, otro más culpó al exceso de medicamentos administrados en el hospital y no faltó quién lo antepusiera como víctima de algún maleficio o hasta de un mal de ojo; lo cierto fue que a las ocho de la noche el vaho inmundo ya se había adueñado de la casa, y los pañuelos, más que para secar las lágrimas, servían ahora para cubrirse la nariz y evitar la hedentina. Las personas se fueron retirando sin pésames ni cortesías. De nada sirvieron la cazuela con cebollas rebanadas que mi tía Jesús puso debajo de la caja, ni las veladoras de vainilla encendidas por mi madre, ni la cinta de aislar con que mi padre y mi tío Reyes sellaron las junturas de la tapa. La sala, el zaguán, los cuartos, todo comenzó a quedar desierto. A las diez de la noche el patio estaba desolado, las hileras de sillas vacías, intocado el café que no dejó de hervir en la cocina; sus deudos más cercanos buscamos refugio en la calle, nos sentamos en las banquetas para respirar otro aire y rezar el rosario desde lejos.

De los pocos que estábamos ahí, nietos, hijos, nueras, nadie supo cómo –alertadas tal vez por algún vecino– llegaron personas de salubridad a las tres de la mañana para dar la indicación de que con la primera luz del día lo lleváramos al camposanto. Y así se hizo. Apenas asomó el alba, la carroza cargó con el ataúd y enfiló sin pausas mientras los pocos dolientes caminábamos detrás a toda prisa. Lo sepultamos así, sin la misa de cuerpo presente en el templo del Señor de los Rayos, sin el llanto natural de los sepelios ni el alcohol en la nuca para las mujeres desmayadas, con los destellos horizontales de un sol rojizo, urgidos por un cuerpo que sin desearlo ni saberlo, apresuró su tributo antes de bajar a tierra.

Mis abuelos maternos se llamaron Felipe Benítez y Praxedis Briano. Él, siempre de huarachas, pechera de mezclilla y encima una chamarra del cuero más envejecido; bajo el sombrero ancho, su cara rugosa y los bigotes de un blanco nejo, ahumados de tabaco. Fue un campesino sencillo del rancho San Bernardo, cercano a Pabellón; siempre mediero, labrando tierra ajena y partiendo en dos mitades la cosecha; fuera poca o fuera mucha, debía tocarles siempre por igual tanto al dueño como al jornalero. Su único vicio fue fumar cigarros de hoja después del almuerzo, detrás del arado, o bien, al final de la jornada, en la puesta del sol, al regresar de la parcela y sosegado ya en su casa.

En sus últimos años tuvo que caminar a tientas porque las cataratas velaron sus ojos infantiles, sin embargo siguió risueño y optimista. Comió bien hasta el último día. En 1966, un martes, poco antes de cumplir los ochenta años, se sintió mal, se recostó y pidió un plato de comida

y su coca cola. Saboreó el arroz con chile colorado hasta terminarlo, pero el refresco no lo alcanzó a destapar. Murió sin más. Mi madre le cerró los ojos, le entrelazó las manos y colocó su sombrero sobre el pecho.

Después, por muchos años, vimos en la vitrina de mi madre la coca cola legendaria de corcholata envejecida y oxidada, sin destapar, acomodada como reliquia junto a la vajilla blanca de tazones y platos decorados con guías negras de florecillas y campánulas.

Mi abuela Praxedis Briano fue una mujer de rostro ajado bajo el rebozo negro y campesina de fogón y yunta. Murió en Pabellón de Arteaga, en 1963, cuando los calores terregosos y resechos del mayo siempre calcinante.

Mi madre esperaba que sucediera lo de hacía cuatro años, cuando mi abuela se fue quedando dormida, postrada en su cama de enferma, hasta morir a pesar de los remedios. Fue una situación insólita. Ya sus hijos le rezaban a la difunta la primer Ave María, cuando despertó tosiendo después de casi media hora sin resuello y preguntando dónde habían quedado la luz y la arenilla blanca.

Lo que primero fue susto y luego desconcierto se transformó en júbilo. Mi abuela, ya sentada en la cama, compartía el asombro a sus hijos boquiabiertos. Les contó que primero se sintió vencida por un letargo dilatado y después, un jalón abrupto la precipitó hasta un lugar desconocido donde el aire se tornaba espeso pero sin perder su transparencia. Se vio en el cauce de un arroyo agotado por la sequía, caminando hacia el norte bajo un cielo tenebroso, descalza, con dificultad, siempre mirando una luz que a lo lejos fulguraba. La atmósfera, límpida y apretada, la obligaba

a avanzar con lentitud, con los brazos al frente, como si hendiera el agua en el fondo de un estanque. Los pedruscos afilados hacían el sendero penoso, sufriente para sus pies enjutos de anciana campesina. Después de un trecho prolongado sin tiempo, llegó hasta la luz donde una silueta difusa, con los brazos abiertos, le llamaba dulcemente por su nombre. Habían terminado los pedruscos y sus pies marchitos, callosos, acostumbrados a los ásperos terrones tras la yunta, ahora se hundían con placidez en una finísima arenilla blanca, sedante celestial que le alivió todos sus agobios. Sin embargo, cuando apenas empezaba a sentir el abrazo luminoso, un nuevo jalón como embate inesperado la regresó al lugar donde comenzaba el aire espeso, para verse otra vez en cama, ya despierta, rodeada de sus hijos, quienes desconsolados, lloraban y rezaban en voz baja dolidos por su muerte.

Eso mismo esperaba mi madre, pero no sucedió. Pasó la noche sentada junto a la caja, suspirando en vano por el milagro, con el rosario entre los dedos, agobiada por la media luz de los cirios y por el bochorno avivado de tanta gente metida en el cuarto de adobe. No lloró ni poquito, ni siquiera cuando los alabanceros que trajo mi abuelo desde El Mezquite cantaron con voces distendidas y seniles el “Alma no estés tan dormida/que en el cielo tengo flores,/ ven por mí, Madre querida,/ refugio de pecadores.”

Mi padre le dijo varias veces que llorara para desahogar la orfandad, pero ella le contestaba cada vez que sí tenía ganas, pero por algo no podía. La esperanza del prodigio le había detenido las lágrimas. Sin embargo, no supo la verdad de su llanto ausente sino hasta veinte años después. No se imaginó que mientras mi abuela Praxedis yacía en

el cajón de tablas viejas, disimuladas con pliegues de tela gris y flores de bugambilia, aniquilada ya la esperanza del milagro, ella, mi madre, estaba guardando todo el llanto para cuando muriera su sexto hijo, el que aún no nacía.

Y entonces sí, cuando sucedió esa muerte, la de José del Refugio, el más pequeño de mis hermanos, se abrió sin medida y para siempre la llave de su llanto. Desde aquel amanecer asfixiante de abril de 1983, cuando despertó al sobresalto, con los ronquidos de convulsión que declaraban la agonía de su muchacho, las lágrimas no pararon sino hasta 2006, cuando la muerte por cáncer secó en sus ojos la última humedad del desconsuelo.

Subida en la ambulancia, junto a su hijo ya sin signos, imploró el milagro siete veces setenta, pero mi hermano ya había traspuesto la vía irreversible, en medio de un tráfico indiferente y una sirena que ya jamás dejaría de resonar. Los paramédicos, atareados en la urgencia de aplicar el rutinario *errecepé*, nunca comprendieron el clamor de mi madre, quien ahogada por su llanto, suplicaba un regreso de luz y de arenillas blancas.

Durante veintitrés años mantuvo la mirada en vilo y sus labios de sombra sólo tenían palabra para la letanía obsesiva, para el sollozo interminable, ya fuera en amanecer, en tarde o medianoche, por un hijo que en la turbulencia de los dieciséis decidió esquivar la vida, lanzarse hacia la nada, saliendo por una puerta considerada equívoca, pero que él mismo reivindicó y desmintió con arrebatado en una nota póstuma, demoledora, escrita en el ardor inalterable de quien ya está cruzando el gran umbral sin inmutarse.

“Maldigo en el amor a quien crea que esto es una tontería”, registró en la última hoja, en la

última línea, utilizando como idioma un lenguaje cifrado y como tinta, su propia sangre diluida.

Fue lo único que me animé a traducir; ese enunciado radical rubricaba el legajo de hojas, un diario escrito durante los que él quiso que fueran los últimos días de su vida.

El atado con una veintena de cuartillas manuscritas, metido en la carpeta verde de sus tareas escolares, me fue entregado por el mejor de sus amigos. Con la mirada baja y una turbación implícita me dijo cuando regresamos del panteón:

—Me encargó que te lo entregara a ti. Que para cualquier pregunta, todo está aquí en estas hojas.

Llegué a mi casa con el funesto envío bajo el brazo. Entré a mi pequeño estudio, lo puse sobre el escritorio y en estado letárgico por la conmoción y el desvelo, me senté a observarlo. Ahí estaba en su fúnebre quietud sobre la superficie de madera, pero no tuve el valor de abrirlo y mucho menos de escrutarlo. Temía encontrar un gran lamento, un reclamo postrero, una señal palmaria de angustia no advertida, una reseña lúgubre que explicaría sin ambages la fatalidad. En lugar de desatar el legajo infausto saqué uno de mis cuadernos y con los ojos turbios hilvané unos versos que después vagarían en dos o tres revistas con el título de “Elegía”.

Luego de ese súbito impulso volví a la carpeta. Vi sobre la pasta frontal el cromo del Popocatepetl, su corona de nieve asediada por una agitación de nubes negras y me pareció la metáfora más cruel, más irónica, más doliente. La contemplé durante horas, llorando en silencio, hasta que el sueño compasivo me rescató de la amargura.

Al día siguiente la inserté en uno de los libros, la apreté contra otros legajos desordenados y ahí quedó como él, sencillamente sepultada. No la volví a sacar sino veintitrés años después, cuando el cáncer se llevó a mi madre. Abrí la carpeta y des hice los nudos de la hilaza. En la primera hoja, ya amarillenta, el enlistado de una clave, de su puño y letra, para desentrañar los signos y en la última, después del párrafo final, la sentencia arrebatada y delirante, escrita a sangre y con expresión cifrada: “Maldigo en el amor a quien crea que esto es una tontería”.

No descifré más. No pude. Era suficiente. Con eso bastaba. Rehice el atado y lo sepulté de nuevo entre los demás pliegos. Otra vez confiné al silencio la carpeta verde y ahí quedaron en su mutismo las razones, la probable evidencia de un amor adolescente cuya frustración le orilló a la decisión más radical.

Puse mis codos sobre las rodillas y con la cabeza entre mis manos recordé algunas de mis lecturas juveniles y reflexiones que de ellas derivaron. Karl Jaspers, la “situación límite” y lo circunvalante; Séneca y los estoicos, no sólo justificando, sino incluso recomendando el suicidio cuando el interés vital ha sido aniquilado: “Es magnánimo el hombre que no sólo se decide a morir, sino que sabe encontrar el medio de matarse”, dice en la septuagésima de las cartas escritas a su caro amigo Lucilio. O el enunciado lapidario, infaltable y recurrente de Albert Camus afirmando desde el sigilo de su inteligencia: “no hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio. Juzgar que la vida vale o no vale la pena de que se la viva, es responder a la pregunta fundamental de la filosofía.”

Quien decide acabar consigo mismo, atento Claudio, renuncia al escenario que lo circunvala, asume la existencia como opcional a pesar del mandato sagrado. Suicidarse es dejar caer los hombros para levantarse; es desasirse, sí, pero también es flotar, aun en el fragor del hundimiento; es elevarse tirándose al vacío; asomar a la ventana con una bandera blanca enarbolada, pidiendo la paz definitiva, pero a la vez, reservando como un arma el estandarte de choque contra el mundo, de guerra abierta contra todo; es jugar el último naipe, el del asombro final, el único con el que es posible salir avante desplomándose; es saberse rebasado por la vida para luego detenerse por propia voluntad y ser alcanzado por la mano descarnada de la muerte.

El suicida calla gritando, ríe con angustia, desafía a la creación y sus apologistas, desdeña al cosmos y le niega jerarquías al infinito, planta en la sombra su propio dictamen con lágrimas y rabia y lanza un bramido tardío, extemporáneo, del cual fluye la libertad más despiadada; se libera pero muere como muere la abeja clavando su aguijón para evitar ser sometida.

El suicida, en su destierro voluntario, abandona la patria de la vida y no le importa cambiar la nada por la nada. El germen misterioso que late en su interior va más allá de la explicación taxonómica del Durkheim estadístico y sociólogo, porque no hay decisión más radical. El suicida acepta haber sido emboscado, reconoce su incapacidad para sobrevivir a la celada que la vida le ha tendido. El suicida, como un escarabajo, se recuesta sobre el corcho y llama a los alfileres del amor, del odio, de la angustia o la impotencia, para clavarlos sobre su espalda. Tras de su liberación abrupta, el suici-

da deja en los deudos una estela de incredulidad, de lamentos y de hubieras, de llantos y estupores continuados, pero en el simple observador de actitud morbosa y pasajera, deja para tal audacia, ya no el discordante lugar común de la valentía o la cobardía, sino tan solo la reivindicadora calificación de respetable.

Mi madre nunca aceptó el suicidio de mi hermano. Siempre antepuso cualquier otra causa de su deceso porque en el fondo le aterraba el juicio inflexible del Señor. Le venía a la mente el Dios amoroso pero implacable de sus lecturas bíblicas o las sentencias de Santo Tomás de Aquino, según ella el más infalible de los doctores de la iglesia. En su ejemplar de cabecera de la *Summa*, había escrito al margen, a lápiz y con letra firme: “La vida es un regalo de Dios y sólo Él impera sobre ella; no hay, ni en la tierra ni en el cielo, otra potestad que pueda decidir su rumbo. ¿O acaso Sara no había renunciado a suicidarse para no causar a su padre la más infinita de las tristezas, según se relata en el libro de Tobías?”

Además, muchas veces en su juventud, había oído como lección de fuego en la homilía del padre Gertrudis Ramos, la observancia cabal de los diez mandamientos. Especialmente en el quinto, en el del “no matarás”, les recordaba la prohibición absoluta de atentar contra el prójimo, pero también contra el más prójimo que somos nosotros mismos. Y les advertía desde el púlpito, agitando el dedo índice sobre sus cabezas, la posibilidad de despeñarse hasta el segundo recinto del séptimo círculo, región lóbrega y perversa del infierno donde el Dante instalaba a los suicidas. Es muy posible que tal admonición le impidiera de por vida, aceptar como una realidad el infamante veredicto

clínico de la “intoxicación medicamentosa”, asentado así en el acta que clausuraba oficialmente la vida de mi hermano.

Son las dos de la tarde. Yo acabo de llegar de Paso Blanco a mi casa de recién casado. Paso Blanco es la comunidad donde laboro como profesor de primaria. Tomo mis útiles y salgo a la calle. Me dirijo apresurado a la secundaria “Benito Juárez”. Ahí cubro unas horas vespertinas como maestro de Español. Camino por el Jardín de Cholula cuando me alcanza Ricardo, el cuarto de mis hermanos.

—¿Qué onda carnal, ya vas a trabajar?

—Sí, tengo clase ahorita a las dos con cincuenta.

—Órale. Te acompaño... No es muy tarde...

—No, pero llevo algo de prisa porque todavía voy a llegar a la biblioteca por un libro.

—Bueno... oye, carnal, ¿tú qué opinas acerca de cómo debe reaccionar una persona cuando se le muere alguien muy cercano?

Sin entender todavía el mensaje, y dado que él sabe de mis lecturas sobre algunos filósofos, le contesto con un asomo de petulancia que los estoicos Epicteto y Séneca, son los mejores en esa materia y quien quiera salir bien librado de un problema como ese deberá leerlos a huevo.

—Ah, eso es.

Seguimos apretando el paso. Ya casi llegamos a la esquina de Alamán y Guadalupe.

—¿Y por qué me lo preguntas?

Es entonces cuando se detiene. Yo por iner-

cia, hago lo mismo. Advierto, ahora sí, una tonalidad sombría en su mirada.

—Sucedé que... ya nos tocó a nosotros ese momento...

Sus palabras son un latigazo, unos garfios incisivos que se me encajan en las vértebras. No sé a quién se refiere... pueden ser mi papá, mi mamá, un hermano...

—No... ¿quién?

—Cuquito... nuestro hermano.

—¿Cuquito?

—Sí... todavía no sabemos cómo pasó.

Sin sentirlo se me caen mis cuadernos y mi libro de “Español Tercer grado” de Lucero Lozano. Mi hermano los recoge. Después del no-puede-ser y el no-es-cierto-a-lo-mejor-es-una-confusión, siento que el mundo cruje, el sol se desploma sobre el concreto, el habla se ausenta, los labios se secan y sólo acierto a mirarlo desde mi repentina estupidez. Él tiene el semblante demolido y lo primero que hago es pedirle un cigarro. Luego viene el cómo-pudo-haber-pasado, el dónde-está-que-lo quiero-ver, proferido con boca seca y ojos extraviados.

Otra vez apresuramos el paso y en mi obnubilación le digo a mi hermano que debo llegar a la secundaria a dar clase. Increíblemente me contesta que cómo puedo pensar en eso ahorita, si mi presencia es necesaria en la casa de mis papás porque allá la situación está muy grave.

Pronto llegamos a la puerta de la escuela y en mi afán ingenuo por negar una realidad demolidora, en mi ilusión por evadir una tragedia con la rutina dulce de estar con mis alumnos, le digo que primero voy a entrar a cubrir mis sesiones de clase.

—¿Cómo te vas a quedar aquí si la casa es un caos desde la mañana?

Al advertir su acento de reproche, reacciono y le digo que entonces sólo entraré a pedir permiso para faltar.

–Está bien, vete a la casa con mis papás. Voy para allá.

Ya más conforme, me regresa mis libros, me dice que no tarde y se va corriendo por toda la calle Rincón. Yo entro al plantel. Con la pesadez del sol y el buenas-tardes-maestro de la prefecta, paso el pórtico y atravieso el sinsentido de la explanada en lateral. Llego a la oficina de la dirección y le digo a la secretaria que necesito hablar con el profesor Candelario.

–El director está ocupado, si gusta esperarlo un momento.

Me siento en una jardinera, a la sombra morada de una jacaranda. Después del impacto ya comienza el desaliento: la cabeza entre mis manos, los labios trémulos y los ojos a punto del llanto.

Por momentos no comprendo cómo es que a pesar de mi abatimiento, la actividad de la primera sesión se ha instalado en las aulas y en los patios. En un salón cercano los jóvenes ensayan en voz alta los pronombres en inglés, del laboratorio sale el olor picante de las sales y se escuchan vocecillas adolescentes relacionadas con sustancias y matraces. De la cancha llegan, lejanos, los gritos y las risas, los rebotes del balón de basket y sus golpeteos contra el tablero. La indiferencia total a mi devastación interior. ¿Por qué el mundo no se da cuenta? ¿Por qué no se ha detenido todo si mi hermano está muerto?

Se asoma la secretaria con igual indiferencia.

–Puede pasar. Ya se desocupó el maestro.

Entro a la oficina. Está fresca, huele a tinta y a papel plastificado. En una esquina el nicho y su

bandera inútil y en el centro del muro, un reloj pendular marca las dos con treinta.

–Pásele maestro. Siéntese. Qué bueno que viene. Estamos preparando los diplomas para los participantes en el concurso de oratoria y quiero que me ayude a llenarlos a mano, con su propia letra.

Yo me quedo en pie y sólo lo miro.

–Espero nos pueda ayudar con esto. Ya ve que usted también fue integrante del jurado... pero siéntese...

–Maestro, vengo a pedirle permiso para faltar el día de hoy.

Se hace evidente el disgusto. Se quita los anteojos y los deja sobre el escritorio. Se echa hacia atrás en el respaldo del sillón mientras gira un bolígrafo azul entre sus dedos. Me mira fijamente y me dice que no me puede dar un permiso así de pronto; debo hacer una solicitud y ésta se presenta con días de anticipación, él qué va a hacer ahorita con los jóvenes... por hoy no le puede pedir apoyo a la prefecta...

–Además este trabajo urge... queremos entregarlos antes de salir a vacaciones de abril y no podemos darle a otro profesor la comisión.

Yo lo sigo mirando sin comprender por qué todo sigue su curso como si nada aconteciera.

–Es que acaba de morir uno de mis hermanos...

Lo sorprende la noticia y entonces, de manera súbita cambia el semblante y asoma el compañero, el jefe humano y solidario que también siente. Desaparece el director burocrático y severo y surge el colega fraterno que comprende la conmoción, el vértigo, el descenso a los abismos inaplazables de la muerte.

—Ah, no... eso ya es otra cosa. Lo siento mucho... Usted con su pesar y yo con estas nimiedades. Discúlpeme por favor. Vaya de inmediato a atender ese asunto tan grave. Tómese todo el tiempo. A ver cómo le hacemos aquí con este trabajo. Yo me encargo de avisarle a sus alumnos.

Salgo de la dirección en el momento del timbre para el inicio de la clase de las dos cincuenta. Se han quedado en mi cuaderno las actividades, el trabajo en equipos para localizar el sujeto morfológico en párrafos de “La Odisea”.

Recorro a paso de ansiedad y llanto las diez cuadras que hay de la secundaria a la casa de mis padres, en la calle Navarrete. Me detengo frente a la puerta, seco mis lágrimas, aprieto mis cuadernos y respiro profundo... por los lamentos que escucho dentro, sé que voy a hundirme ahí, en el hogar donde se vive el abatimiento, donde ha hecho nido la desolación más densa del planeta.

Perdón, paciente Claudio, perdón por endilgarte todo esto que ya pareció una epístola, pero ha sido la emoción del soliloquio. Sólo quise hablarte de mi fecha de nacimiento y yo te he salido con este enredijo interminable. Sé que sabrás disculparme porque conoces la propensión de los mayores a estar repitiendo siempre las mismas cantilenas, las mismas historias de vida como estribillos de una canción enmohecida.

Y ya que te hablo de mayores, un día te comenté que siempre creí en la vejez como la edad perfecta para el hombre. Yo leía a Séneca y por eso estuve convencido. Pero ahora soy viejo en realidad

y –oh veleidades de la condición humana– me doy cabal cuenta de que la juventud es la verdadera edad de oro y no porque lo haya machacado Rubén Darío hasta el cansancio. La juventud es tenida como tesoro porque constituye un solo instante, es agua entre los dedos, un estallido breve pero intenso, momentáneo pero ardiente... Te puedo asegurar –y otra vez el oh, pero ahora del inevitable imperio del lugar común– que en la existencia la juventud es una llama impetuosa y la vejez una flama que se extingue... No se puede ser joven y sabio al mismo tiempo. La vida no es tan complaciente. Cuando tienes el brío y el arranque, eres intrépido, torpe y aturdido... cuando ya tienes la sabiduría, prevalecen ahora la pasividad, la inercia y el sosiego.

Aun así, algo hay de razón cuando he dicho que la vejez es la condición idónea, porque en ella no todo es quebranto ni todo decadencia. Aunque sea de no creerse, es una estación donde la ventaja también encuentra sus espacios. Por ejemplo, ahora que soy viejo puedo comprobar que las memoranzas y los sueños no sólo desembocan en el mismo mar, sino que brotan del mismo manantial. Por eso quizá, en la vejez no sabes si un recuerdo fue sólo un sueño o si un sueño asumió ya la categoría de recuerdo. A estas alturas no existe diferencia.

La realidad no es como es, sino como tú quieres que sea.

Entonces, ahora que te he platicado todo ello, y puesto que lo he hecho en medio de mis somnolencias, puedes tomarlo como un sueño aun cuando tenga cara de recuerdo.

Éste, Claudio dilecto, acaso haya sido también otro cuadro de sueño y espejismo: un cielo pincelado con plastas de grisazul en óleo endurecido y en el centro de la explanada escolar una jacaranda con las raíces al cielo como brazos enlodados; adentro de las aulas de neblina vuelan pájaros, chocan ciegos contra los vidrios empañados y los niños de ojos brillantes miran hacia afuera, esperan que la nube descuelgue su limpidez en el blanco patrio donde Ramón López Velarde, desde el brocal de un pozo, tañe en fuga de clarines la “Fanfarria para el hombre común”, su cadencia gradualmente comienza a diluirse en voces y notas de “la más honda música de selva”. Entonces, con los ojos cerrados me veo en un espejo imaginario moviendo los labios en actitud inconfundible de plegaria; mis palabras rumorosas y apacibles son pequeñas flamas que después de un giro equilibrado se diluyen en la sombra.

El poema, Claudio, sabe mejor cuando lo conviertes en voz y lo lanzas a vibrar contra los muros, dice más si lo haces temblar en los ductos íntimos del pecho, duele más si lo desdoblas y sacas su aleteo de pájaro hacia las hojas de cualquier árbol, canta más si filtras su delgadez por la siempre viva abertura de los labios, revela más si lo exhalas como aliento vital hacia los muertos o si lo reservas como resuello final para el tránsito absoluto...

¿Te habré platicado algún día que mi primer acercamiento con la poesía se dio cuando tenía yo nueve años y cursaba el quinto grado de primaria?

Quizá no te importe mucho, pero si me permites y me tienes paciencia te comento.

Una mañana invernal, cerrada por el frío de enero y la ausencia de sol, inclinados cada cual en nuestro pupitre binario, aguantábamos con los dedos entumecidos la tortura de las mecanizaciones; mientras tanto, una agitación de nubarrones sombríos, negros de agua y escarcha, oscurecía el cielo como nunca lo habíamos visto.

Un viento congelante comenzó a embestir los ventanales de las aulas y a agitar con brusquedad los pinabetes. En eso llegó corriendo hasta nuestro salón un niño de sexto grado y le gritó al maestro desde la puerta que el director mandaba que todos nos fuéramos a nuestras casas porque iba a nevar; ah y que también nos dejara mucha tarea porque a lo mejor el frío iba a tardar en quitarse. En otras circunstancias habríamos gritado de alegría, pero asustados, sólo acertamos a esperar una orden con la alarma en los ojos y las voces congeladas. Sorprendido, y así como a ti o como a mí, Claudio, nos ha tocado improvisar al dejar una tarea, el maestro abrió el libro de Lengua Nacional y sin pensarlo mucho nos ubicó en una página para encargarnos la memorización de un poema: “Al Atoyac”.

—Nosotros les avisaremos cuándo se van a reanudar las clases. Ya regresando, lo voy a preguntar uno por uno y estrofa por estrofa... ah, además me lo van a explicar con sus propias palabras— dijo.

Presurosos guardamos nuestros libros y salimos sin formación, atravesamos el patio para agregarnos al tropel de niños que como nosotros, ya abandonaban la escuela para buscar el refugio de sus casas.

El viento era una furia, una sucesión de bofetadas en la cara, sus golpes de frío dolían en las mejillas y hacían gotear la nariz como nunca lo habíamos sentido en el Pabellón caluroso y reseco que siempre conocimos. Cuando corríamos a la casa, nuestro aliento se veía, resoplaba en pequeñas fumarolas.

No tardó en llegar hasta nuestro asombro infantil el fenómeno de la nieve jamás visto. A través de la única ventana que daba a la calle y al abrigo del cálido abrazo de mi madre, mis hermanos y yo veíamos maravillados las briznas de hielo caer con lentitud sobre las bugambilias y el hueledenoche, sobre las paredes de adobe y la tierra mojada de la calle. Nevó durante toda la tarde. Los huizaches coronados por una blancura inusual, el muladar cubierto con una sábana lechosa y nosotros locos de gusto por un paisaje sólo visto en las tarjetas navideñas que mandaba mi tío Lupe, hermano de mi madre, desde Nebraska.

Al día siguiente nada pudo detenernos de retozar en la nieve. Ni las advertencias acerca de toses y bronquitis impidieron que brincáramos y echáramos maromas sobre aquello que ya no era vil tierra, sino una manta de hielo triturado que casi derretíamos con nuestros gritos encendidos. En lugar de lanzarnos puños de tierra o lodo como otras veces lo hacíamos, ahora nos aventábamos bolas de nieve y formábamos montañas o pasteles o muñecos con aquel granizo molido nunca visto. El aire olía a hielo y nosotros sudábamos hundiendo nuestros zapatos rotos en la nieve, negando el frío con sólo un suéter gastado y pantalón de mezclilla remendada.

Jugamos durante horas con las mejillas enrojecidas y las manos moradas por el frío hasta que una nueva nevasca nos confinó otra vez en nues-

tras casas. El cielo seguía nuboso y dejaba caer su pelusilla de hielo. Asomados por la ventana veíamos al aire llevarla y traerla en briznas flotantes como tamo suelto en el desgrane del maíz. Seguíamos asombrados, nosotros que de hielo sólo habíamos visto las granizadas de verano o a lo más, la superficie congelada y quebradiza de los charcos en algunas navidades.

Como una campanada recordé mi tarea y en tanto mis hermanos seguían el prodigio, riendo junto con mi madre, yo corrí al rincón donde guardaba mis útiles, temiendo que el tiempo no me alcanzara para cumplir con el encargo del maestro. Saqué mi libro de Lengua Nacional, me ubiqué en la página indicada y comencé a leer en voz alta: “Al Atoyac de Ignacio Manuel Altamirano. Abrase el sol de julio las playas arenosas/que azota con sus tumbos, embravecido el mar;/ y opongán en su lucha las aguas orgullosas/ al encendido rayo su ronco rebramar.” Repetí el texto varias veces y no entendí nada de lo leído. Me dio miedo pensar en las preguntas del profesor. El mar era algo muy lejano, tan desconocido que no me sentía capaz de explicar sus playas areniscas o sus roncós rebramares.

Continué leyendo: “Tú corres blandamente bajo la fresca sombra/ que el mangle con sus ramas espesas te formó;/ y duermen tus remansos en la mullida alfombra/ que dulce primavera de flores matizó.” Seguía sin entender... qué mangles, si yo sólo sabía de pinabetes y mezquites, de huizaches y nopales... ¿y qué iba yo a decir de remansos y de alfombras si sólo conocía el suelo requemado y terregoso de mi calle?

Mientras escuchaba las risas de mis hermanos, sus preguntas inocentes acerca de la nieve y las respuestas mimosas de mi madre, seguí

leyendo: “Tú juegas en las grutas que forman tus riberas/ de ceibas y parotas del bosque colosal;/ y plácido murmuras al pie de las palmeras, que esbeltas se retratan en tu onda de cristal.” ¿Ceibas y parotas? ¿Plácido y colosal? No entendía... No podía... Mejor dejé el libro, corrí a la ventana y aunque sentí una minucia de culpa, seguí disfrutando de la blanca y asombrosa novedad. Ya tendría tiempo para hacer la tarea.

Todavía nevaba cuando mi padre regresó de su trabajo en la “Nestlé”, un enorme depósito de leche donde laboró durante años y el cual se encontraba en las afueras del poblado. Llegó con esa sobriedad tan suya y tan escasa, con el buen humor que por semanas neutralizaba al infortunio y esa compostura que lo agigantaba y lo hacía ser el padre incomparable, encantador, enérgico ante el alcohólico fantasma que lo acosaba y de paso pintaba de incertidumbre el rostro de mi madre.

Divertido por la sorpresa de la nevada inusual, metió su bicicleta al porche y se detuvo en el zaguán, sacudió la nieve de su sombrero, se quitó la chamarra y corrimos a abrazarlo. Cargó al más pequeño, le extendió a mi madre la bolsa vacía donde llevaba el lonche y le pidió que preparara un té de azahares.

–En la “Nestlé” no se puede ni caminar. La nieve tapó a medias las llantas de las pipas y ya ni pudimos recibir más leche. Hasta me vine con mis botas de trabajo– dijo mientras nos mostraba los zapatones de hule grueso que usaba al lavar los enormes depósitos hechos de aluminio.

Cuando dejó de nevar ya estaba oscureciendo y yo, para mitigar la culpa volví a mi libro: “En este edén divino que esconde aquí la costa/ el sol ya no penetra con rayo abrasador;/ su luz cayendo

tibia los árboles no agosta/ y en su enramada espesa se tiñe de verdor”.

Seguí sin entender. El gusto de ver llegar a mi padre campante y jovial me animó a platicarle en qué consistía mi tarea; le pedí que me ayudara a comprender el poema pero entre sorbo y sorbo de té, escuché la respuesta de siempre:

–No hijo, vengo muy cansado, además yo no sé. Mejor pregúntale a tu madre, ella sí le entiende a esas cosas.

Y sí. Le pedí a ella que me ayudara, a mi madre de corazón poético.

Comenzó a leerlo a tropezones y sin pensarlo más fue hacia el buró donde guardaba los libros y trajo su diccionario Espasa-Calpe, un tomo superlativo, grueso y pesado, de pastas duras, que ella consultaba con frecuencia para disipar sus dudas en torno a las palabras.

A pausas entendía o dudaba, esclarecía y me explicaba... Gracias a ella pude imaginar con cierta claridad, ahora sí, las orillas cálidas del río Atoyac ubicado en el estado de Guerrero, sus aguas en torrente, la espesura del follaje y el verde intenso de las hojas abiertas al brillo solar... No pude memorizar las veinticuatro cuartetas de alejandrinos ni entender de todo a todo las estrofas como había pedido el profesor, pero sí pude, con la guía de mi madre y mis rudimentos infantiles, vislumbrar en los versos una respiración secreta, una música escondida, un modo de utilizar las palabras para nombrar lo aparentemente complicado, una vía invisible por la que se podía llegar a lo desconocido, un medio para entender lo ausente y así alcanzar lo recóndito, lo ignorado...

Esa noche mis hermanos ya dormían y yo, con los ojos abiertos en la oscuridad del cuarto

helado, me preguntaba cómo era posible todo al mismo tiempo: el milagro de la nieve sobre mi calle siempre asediada por los eternos terregales, yo con la tarea obligada de invocar espesuras de follaje y agua de sol en medio de una atmósfera inusitada y congelante, las palabras abriéndose paso, rítmicas y cálidas, en las horas glaciales de los días... me parecía una contradicción, una disonancia, pero una disonancia atractiva y cautivante y si eso era la poesía... bienvenida...

La casa donde nací ya no existe. Se ubicaba en la calle del Refugio, después llamada Gámez Orozco, en el número 15, a unas cuantas puertas de la tienda de Arturo y a cuadra y media de la Capilla. De ella no ha quedado sino el recuerdo, algunas fotografías de su fachada y un mendrugo de escombros del tamaño de mi puño; lo recogí antes de la demolición y aún lo guardo como reliquia en la vitrina que perteneció a mi madre.

Mi padre vendió la casa cuando nos mudamos a la ciudad de Aguascalientes. Después de años de habitarla, los nuevos propietarios, una familia de apellido Orihuela, la dejaron en abandono absoluto y comenzó a caerse en pedazos.

La casa era muy chica pero se apreciaba en ella la economía de los espacios. Mi padre, primero campesino, luego albañil y después empleado en la "Nestlé", comenzó a construirla antes de casarse y ya después de casado la fue terminando poco a poco, adobe tras adobe, de ilusión a penuria y de aliento hasta fatiga.

Tres recámaras pequeñas en las que mi madre nos iba distribuyendo según crecía la familia,

un patio reducido donde se estiraba una parra endeble y alargada que unas veces parecía secarse hasta el punto de la leña y otras, se cubría del verde más vivo; la había plantado mi abuelo Felipe Benítez poco antes de morir y tal vez por ello, los tres o cuatro racimos de uvas blancas que cada año colgaban como adornos, alentaban en mi madre sonrisas de nostalgia. Había también un cuarto de baño con regadera, el cual hacía obligatoria la limpieza del cuerpo muy a pesar nuestro, dos veces por semana: los miércoles porque mi padre descansaba y los sábados porque debíamos asistir aseados a la doctrina.

Una cocina minúscula con un comedor sencillo y una estufa de petróleo. En ella, subido sobre una silla y forzado por las circunstancias, aprendí a hervir la leche. Era emocionante someter la espuma que, lenta, subía amenazando con derramarse sobre la parrilla; cuestión de soplar sobre ella y bajar con rapidez la intensidad de la flama.

La sala no era muy amplia, sólo cabían en ella un insignificante juego de sillones y una televisión “Motorola”, antiguo cajón de bulbos cuyo pago desveló a mi padre durante algunos años. Es cierto, nosotros tuvimos, aunque fugaz, ese privilegio, pues no era común que en las casas hubiera este artefacto, más bien era casi milagroso. En las noches, nuestra pequeña sala era el centro de reunión de muchos prototelevidentes, sobre todo de niños a quienes cobrábamos hasta diez centavos por ver programas completos como “Tarzán de los monos”, “Marino y la patrulla oceánica”, “Los Thunderbirds” o la transmisión estelar del domingo por la noche: “El Cuento” de Enrique Alonso, quien se llamaba a sí mismo “Cachirulo”. Sin embargo a veces exigían la devolución de su dinero, cuando mi abuelo, obligado por sus avanzadas cataratas, se acercaba de

más a la pantalla para ver la imagen y no dejaba campo visual para nadie; nunca hubo ni humana fuerza ni divino empeño que pudieran obligarle tan siquiera a quitarse su inseparable sombrero ancho durante el arrobamiento que lo mantenía hipnotizado. Después confesaba, maravillado como un niño, que eso le gustaba aun cuando sólo percibiera un ir y venir de sombras difusas y repentinos resplandores. Claro, menos obligado se sentía a retirarse de la pantalla o a sacarse el sombrero porfiriano, cuando mi madre entraba en su defensa y nos exigía no molestar al abuelo, so pena de apagarlos la televisión y mandarnos a todos a dormir.

Pero el contento no duró lo que hubiéramos querido; el alcoholismo de mi padre nos arrebató de raíz la diversión, pues en una parranda de cerveza y amigos la vendió sin más y el espacio colmado de chiquillos expectantes, volvió a ser sólo una salita desolada y sin el alma del progreso.

En la parte frontal de la casa había un porche con dos jardineras; la primera, adornada con una bugambilia vivaz y la segunda con un místico hueledenoche que a diario, junto con la penumbra, esparcía su incienso vegetal por todas partes. Ahí, en las noches de verano, escondido en el verdor, me gustaba observar a las luciérnagas zigzaguear con su parpadeo de fósforo entre las flores para luego volar desde la puerta hacia la calle.

Puedo evocar a mi madre yendo y viniendo por la casa, por mi casa de adobe, de bugambilia y pedazos de profundo cielo. Regaba con fervor sus malvas y geranios y apartaba las hojas secas y los pétalos marchitos con el encanto de una florista ensimismada. Después, lavaba el piso de cemento hasta dejarlo impecable y renovado. En una ocasión podó la hoja elegante que elevaba en una es-

quina sus inmensos abanicos; nosotros, ingenuos, vimos los tallos mutilados como cañas de azúcar y sin que mi madre se diera cuenta los sacamos de la basura y los masticamos como hacíamos con los cañutos que nos compraban en la feria. Pronto sentimos un hormigueo ácido y picante bajar desde la lengua hasta el estómago. Con la boca ardiendo y los ojos lacrimosos salimos de nuestro escondite y llegamos con ella asustados, pidiéndole perdón. Al darse cuenta de la travesura, alarmada, nos provocó el vómito con el dedo hasta la campanilla y durante horas nos hizo enjuagar la boca con té de yerbabuena. Así nos rescató de una intoxicación segura.

Vale decir que cuando joven, mi padre fue gallardo y rondador. Sus ojos de miel bajo el fieltro gris de la tejana, el donaire de su risa y el bigote denso y recortado, subyugaron a mi madre, quien no tuvo inconveniente en aceptarlo, primero como novio y luego como esposo, cuando le juró obediencia y sumisión frente al Señor de las Angustias.

Se conocieron en Pabellón, pero se casaron en Rincón de Romos pues en esos años sólo ahí había sacerdote que oficiaba de manera permanente. Él, de nombre J. Refugio y ella Socorro, parecían ser la fórmula idónea y circular de un amor complementario y además inagotable.

Ambos habían llegado de lugares aledaños: el primero de la hacienda El Mezquite y la segunda de un sitio cercano a San Bernardo, que por ser un monte inhóspito y agreste, la gente conocía como Las Yermas.

La ceremonia se efectuó con la sencillez de dos contrayentes campesinos. Entraron al templo a las seis de la mañana y cuando salieron, sonrientes y del brazo, el sol que acababa de salir prometía, como en los cuentos maravillosos, una vida de ensueño y esperanza.

El austero atuendo de ambos había sido confeccionado por mi madre. El novio vestía pantalón gris oscuro, camisa blanca y zapatos con medias suelas; la novia, un vestido humilde pero immaculado, un chal de *chiffon* como lienzo de gasa nupcial colgando hasta los hombros y una sencilla diadema de claveles blancos. Después del enlace los nuevos esposos, seguidos por los suegros y los amigos, regresaron a Pabellón en una carreta alquilada por mi padre y desayunaron chocolate con pan en la casa de mis abuelos maternos. En el mediodía, hubo mole y más tarde, en la calle, siguió el festejo con un baile. Así, todo quedó dispuesto para que fueran llegando, en su momento, seis hijos como eslabones en cadena.

Mi padre se ganó el mote de “El Grande” entre sus compañeros de trabajo en la “Nestlé”, no por ostentoso, mucho menos por magnánimo, sino por su estatura de dos metros y la corpulencia de caballo que con sólo verla intimidaba. Sus amigos lo respetaban por su tolerancia y su tamaño. Aunque nunca fue pendenciero, el ambiente de taberna en que vivía lo obligaba a defenderse. Todavía guardo en la memoria la tarde aciaga cuando varios de sus amigos lo llevaron cargando hasta la casa, inconsciente y quebrantado. Como un bulto lo derrumbaron en la cama y antes de retirarse, uno de ellos, en medio de su ebriedad sólo alcanzó a decirle a mi madre en tono de disculpa:

—Lo golpearon los soldados.

Todos pensamos que estaba muerto. La cara era un coágulo de moretes e hinchazones, la camisa un desgarrón de sangre y los brazos y las piernas estaban inmóviles, abatidos por los golpes que, después supimos, habían sido brutales culatazos. Mi padre nunca se dio cuenta con precisión quiénes fueron ni por qué. Mi madre tampoco, pero ni se preocupó por indagarlo, sólo se limitó a asumir su responsabilidad de esposa y durante tres largas semanas, lo asistió con fomentos de árnica, ungüentos caseros y caldo de menudencias, hasta que pudo levantarse para ir a trabajar.

No hace falta mucho psicoanálisis para explicar la raíz del alcoholismo de mi padre: un hijo que a los once años debió hacerse cargo de la familia en abandono porque mi abuelo Edmundo se fue a los Estados Unidos y por años nadie supo si vivía o si moría. Mientras tanto mi padre, niño aún, creció sin escuela, trabajando a callo partido como peón en la hacienda El Mezquite, rindiendo como adulto, en yunta rústica y parcela enajenada. Mi abuela Manuela esperó por años, sumisa y confundida, con su brazada de hijos en llanto y hambre, hundidos en la ruina de un jacal improvisado y un fogón casi vacío, comiendo a medias con lo poco que ganaba aquel “niño yuntero”.

Una tarde de frío implacable, cuando mi padre ya era un joven casadero, apareció Don Edmundo el ausente, flaco y abatido. Mi abuela lo recibió sin reproche alguno, noble y alegre, en su seno de esposa campesina: “Es que es hombre”, todavía lo siguió justificando.

A la pregunta inocente “¿y qué nos trajiste del Norte?”, respondió de inmediato que nada porque no pudo trabajar; había estado en una cárcel de Oklahoma durante los nueve años, pagando por

haberle estrellado una botella de whisky a un negro gigantesco, a quien le dejó rota hasta la vida, después de derrumbarlo con el cráneo fracturado.

Ese podría ser el origen, sin embargo tal vez ya no importe averiguarlo. Por ahora bastaría recordar que cuando mi padre duraba sobrio, la cocina olía a guiso y en la mesa había queso y pan, en el patio había juegos y en los labios de mi madre se encendía la risa. Pero cuando el alcohol instalaba su bandera infeliz en el centro de los días, sólo teníamos plato de ceniza y tierra, noches de insomnio, miedo y sobresaltos en la casa o en la escuela, desconcierto y lágrimas en los ojos de mi madre.

-Mamá, ¿Por qué no ha llegado mi papá?-
le pregunto fingiendo no imaginar el motivo.

-No sé- me responde.

-¿Qué todavía no sale de la “Nestlé”?

-Sí, ya ha de haber salido, pero seguro anda otra vez con sus amigos. A ver si no empieza de nuevo. Cuando anda así, su casa es lo último que le interesa.

-¿Puedo ir a buscarlo?

-Claro que no. ¿Cómo vas a ir ahí donde él se mete? Déjalo que se tarde lo que quiera- me contesta secándose las manos en el delantal.

-Entonces voy a salir a jugar un rato aquí a la vuelta.

-Está bien, pero no te desbalagues porque necesito que vengas a ayudarme.

Ya afuera, en lugar de ir a jugar con Joel y el “Kelillos”, me voy hacia la calle “Chueca”. Ahí hay

tres o cuatro cantinas donde los papás desperdician el dinero tomando cerveza, si es que lo traen, y si no, le piden sin ninguna vergüenza a algún amigo o al cantinero.

Me asomo a la primera, la de junto a la esquina y no lo veo. En la segunda tampoco pero en la tercera sí. Ahí está junto con otros borrachos. Lo he distinguido porque es más alto que todos ellos. Lo veo con su tejana y su camisa a cuadros, apoyado en la barra hecha de tablones, con una copa vacía en la mano, pidiéndole al cantinero otra de “Urdiño-la”.

Entro. Huele a orines viejos, a vómito y a cigarro. En una mesa, dos borrachos tratan de ponerse de acuerdo para ver qué canción debe tocar el trío que aquí todos conocen como “Los Lindos”. Éstos, ya sin esperar, empiezan a cantar secundados por sonidos de maracas y chocar de vasos: “Aquí estoy entre botellas,/ apagando con el vino mi dolor,/ celebrando a mi manera,/ la derrota de mi pobre corazón.”

Me acerco a mi papá y le digo jalando la costura vertical del pantalón:

-Ya vámonos para la casa. Mi mamá lo está esperando...

-Ah, ¿aquí está, m’ijo? Orita nos vamos. A ver Matías, dale al niño un refresco. Ándele, tómeselo allá afuerita.

“Y si acaso ya inconsciente,/ agobiado por los humos del alcohol,/ no se burlen si le grito,/ si entre lágrimas le llamo,/ todo tiene su razón” escucho mientras me siento en la banquetta, a un lado de la puerta, a tomarme la Coca chica que me dio el cantinero. Acá afuera no huele tanto a orines, más bien huele a criolina, un agua que echan en los pisos de tierra para que no se críen las arañas.

Sale mi papá y me dice:

—Acábase su refresco y váyase para la casa.

Le dice a su madre que no me tardo.

Cuando me termino la Coca chica enfilo hacia la casa, pero no llego porque le tendría que decir a mi mamá que fui a la cantina y mi papá me compró un refresco, mejor me voy a la vuelta a buscar a Joel y al “Kelillos” para jugar al “Quemao” y olvidarme, aunque sea por un rato, de que vamos a durar llorando muchos días.

Cuando niño tuve un sueño que siempre he recordado. Me vi en un patio amplio de casa en abandono, al centro un árbol avejentado y seco y alrededor, habitaciones de ventanas a ras de piso y techos desplomados. Por alguna razón me sabía encerrado entre los muros de adobes derruidos. En medio de neblina o terregal y luz de día, caminaba entre escombros y crecidos yerbajales buscando una salida. Trasponía las habitaciones sin puertas hasta que un toro me cerraba el paso. No me atacaba pero yo advertía su actitud amenazante, mirándome con fijeza desde su maldad irracional, hocico babeante y funesta cornamenta.

Con el corazón a trote salía de la habitación por alguna de las ventanas y el toro se plantaba otra vez frente a mí, hincándome su mirada de burla primitiva. Yo quería correr pero mis piernas se movían con mucha dificultad, tropezaba en el piso de ladrillos, a pausas atravesaba el patio de niebla hasta llegar a otra habitación para encontrar de nuevo al enorme toro de pelaje negro y pezuñas

encendidas, escrutándome, quieto, pero hostil y despectivo ante mis miedos infantiles.

Y ya que no podía salir de ese entorno enrarecido, trepaba al árbol para buscar como desde una torre la salida, pero las ramas secas se rompían con mi peso y atemorizado, caía y caía en un abismo hasta donde el toro de todas maneras me esperaba.

Desperté con el tambor interior de la sangre a golpe y golpe, zambullido en mis sudores y mis lágrimas. Desconcertado y a oscuras llegué al cuarto donde mi madre dormitaba sola en su abandono intermitente, sin la presencia de mi padre, quien tal vez, en ese momento, disipaba sus traumas, ahogado en el brandy “Urdiñola” de infeliz memoria.

Ya en el cálido cerco de sus brazos, con palabras entrecortadas por los sorbos nasales e inocentes, le conté lo que pude de mi pesadilla.

En la penumbra vi sus ojos abrirse sorprendidos:

—¡No puede ser! Yo estaba soñando lo mismo...— me dijo.

Sentí su abrazo más fuerte y por un rato estuvimos llorando muy quedito. Después nos quedamos dormidos en aquella noche de oscuridad rural y padre ausente.

Es cierto, y vale decir, en justicia, que su alcoholismo no duró toda la vida. Después de muchos años infaustos, cuando yo comenzaba a trabajar como profesor rural, una señal interior le despertó el cerebro y sin mediar pala-

bra alguna, canceló de golpe su presencia en las cantinas y se desterró del rondín de los amigos, venturosa decisión que le alcanzó para regalarnos todavía treinta felices años de total abstinencia y reivindicadora sobriedad. Al término de esa etapa lamentable, regresó el padre cercano, responsable y comprensivo para demostrarnos que era el mejor, afable, trabajador y generoso... No fue académico, ni maestro, ni atesoró a Rousseau o a Baudelaire, pero fue un hombre lúcido; vivió y murió con dignidad, salvo ese aberrante período en que vapuleó su hígado y puso a la familia en la picota.

No olvido aquella noche, cuando le avisé que mi madre tenía un cáncer incurable.

–Es la fatalidad– me respondió.

Sentí cómo esa voz, antes imponente y acentuada, emergía débil desde el fondo de su vida.

–Es la fatalidad– volvió a decir con un suspiro dilatado.

Y siguió así, aturdido, tumbado en su sillón de siempre, las manos apretadas, los ojos de miel, ahora turbios, extraviados en el fondo nocturnal de la ventana.

Siete meses después de la muerte de mi madre, la fatalidad asoma su rostro nuevamente. Nos trae otra vez sus emanaciones perniciosas de hospital, sus noches aciagas y los sobresaltos de la vida en fuga.

Las soluciones químicas cuelgan de nueva cuenta, pero ya no hacia el antebrazo alcohólico de un padre joven, sino hacia las venas de un septuagenario redimido; tratan de infiltrar la vida en cada

gota y el oxígeno, antes ágil, ahora fluye tardío hasta las venas cerebrales. En la medialuz del cuarto, un monitor lleno de signos registra la lucha de un pulso vital que se adormece...

El médico, limitado en su pobre ciencia, no puede restaurar el equilibrio orgánico. En medio de la noche lanza hacia nosotros un diagnóstico como dardo oscurecido, un dictamen que más parece vaticinio:

–Está muy grave.

La noche avanza, los segundos caen como gotas en la habitación que es ya un océano ennegrecido. Ahí los ojos entrecerrados de mi padre, sus labios tratando de decirnos algo, sus manos débiles aferradas a las nuestras...

Ya amanece. Las enfermeras van y vienen casi indiferentes, acostumbradas a ver esa fragilidad en un hombre envejecido, habitadas al manto de lágrimas con que se cubren los últimos instantes.

El día no ha llegado a la mitad cuando las enfermedades acuerdan la última embestida. Un inusual temblor sacude los instantes y en la conmoción final, la vejez abre sus puertas a la muerte.

En la sala de espera el tragaluz derrama un resplandor de mediodía pero no logra rescatar a las sombras que ahora somos. Los abrazos desolados y el llanto colectivo son la estampa de la confusión y el extravío.

Mesarse el cabello y encubrir la mueca, contener el grito y apretar los puños, balbucear a lágrima y saliva el no-puede-ser que transita en el ahogo, asumir la orfandad como un nuevo escalofrío, permanecer abatido, oprimir la cabeza con las manos y anticipar en la muerte del origen el aniquilamiento propio, la certeza del consumirse sin remedio... todo eso junto, en el más infausto y sombrío de los instantes.

Después los minutos se suceden unos a otros como nudos ciegos en el habla, se ciñen al sollozo y enredan la sala en un silencio vacilante. En medio de la conmoción callada, llega la frialdad del requisito. Un médico joven con un estetoscopio que cuelga desde su cuello como si fuera una insignia de vida, nos dice:

—¿Quién nos puede dar algunos datos del señor J. Refugio para certificar la defunción?

La unanimidad de mis hermanos me empuja para que sea yo el informante. Me levanto en calidad de autómatas y lo sigo a lo largo de un pasillo. El hospital ha cambiado su aureola de esperanza por una atmósfera de muerte. Ahora todo me parece vano; la camilla con paciente en el pasillo, la enfermera que pasa y ofrece al médico una sonrisa de rutina, el olor a alcohol y a solución desinfectante, el voceo nasal solicitando la presencia del especialista equis en el consultorio ye...

Entramos a un espacio donde no huele a antiséptico, sino a oficina. Hay archiveros y un escritorio con teléfono y computadora. El médico se sienta, me hace preguntas que a estas alturas me parecen inútiles y sin voltear a verme teclea mis respuestas.

—¿Cuál es su nombre?

—Armando Quiroz Benítez.

—¿Qué era de usted el señor J. Refugio?

—Mi padre.

—¿Dónde nació él?

—En la hacienda El Mezquite, municipio de Pabellón de Arteaga.

—¿Edad?

—Setenta y cuatro años.

—¿Estado civil?

—Casado.

—¿Nombre de la esposa?

- Socorro Benítez Briano.
–¿Vive todavía?
–No, ella murió hace ya siete meses.
–¿Servicio funerario?
–“La Gloria”

Me pide firmar algunos papeles y me dice que al finalizar el trámite debo pasar al depósito de cadáveres, esperar la carroza y cerciorarme, como primer familiar, que efectivamente sea mi padre a quien se llevan.

Recorro algunos pasillos y atravieso un patio con palmeras para llegar hasta donde han trasladado el cuerpo. Muestro al vigilante el papel que me dio el médico. Me señala una puerta pero me pide esperar un poco. Me siento en el suelo y recargo mi espalda maltrecha en una jardinera. Cierro los ojos un momento, luego los abro y veo la puerta; alucino, imagino a mi padre saliendo como Lázaro, por su propio pie, a decirme “Estoy vivo” y a demostrármelo con un abrazo. Sé que eso no es posible pero también advierto que el desvarío no me quita nada, por el contrario, me alivia un poco el ahogo de las lágrimas.

Después de media hora el vigilante autoriza mi pase. Empujo la puerta y allá está mi padre, tendido sobre una camilla. Una sábana de color verdeagua lo envuelve. Su cabeza descubierta está echada un poco hacia atrás.

Es un cuarto amplio, alargado... huele a desinfectantes y a formol. No hay nadie más, sólo él y yo en esta soledad inusitada. Me acerco y fijo mis ojos en su rostro. Parece que la muerte hubiera agregado a su vejez diez años más. Aunque parezca increíble, la boca semiabierta, los ojos inmóviles y la barba de seis días me confunden. Por momentos dudo si en realidad será el de mi padre este cadáver. Es

como si no fuera él. Sólo su tamaño rebasando la extensión de la camilla parece convencerme. Me sobresalto ante un titubeo de tales dimensiones. No puede ser que en este crucial momento esté yo dubitativo. De pronto siento un miedo atroz por todo lo que pudiera derivarse de una confusión así. Siento la necesidad de buscar al vigilante para declararle mi angustia, demandarle a boca seca y corazón en traqueteo la posibilidad de una equivocación. Camino hasta una ventanilla. Sobre la punta de mis pies me asomo y lo veo fumando bajo la sombra de una palmera mientras bromea con un vendedor de fruta. Regreso a donde está el cadáver y entonces lo observo con detenimiento. Los párpados quietos y la quijada en falso no son suficientes para desvanecer la negación. Me asomo al otro lado de la camilla y veo una de sus manos que ha quedado descubierta. Entonces lo advierto. Sí es. Ya no hay duda. Ahí están sus dedos largos, exánimes en la contracción definitiva y natural. Las uñas curvadas hacia las yemas y la palma inconfundible de albañil obrero. Ésas son sus manos y ése es su rostro. La negación desaparece. Claro, explico para mí, es que “él” ya no está, el aliento vital se ha disipado y sólo quedó el despojo, este residuo corporal inmóvil, inerte como un aleteo detenido. Cuando salgo a buscar la carroza me golpea la evidencia brutal de la visión rulfiana: allí adentro sólo hay una cosa muerta.

Me has preguntado también por qué escribo... me cuesta trabajo responderte pero déjame hacerlo a botepronto, sin pensarlo mucho... escribo tal vez para sacudirme esa turbadora sensación de sólo ser polvo sobre polvo...

o quizá para paliar mi asombro por tantos misterios esparcidos, por todo lo inalcanzable desde el gran principio hasta la nada. O también, por qué no, para que no sea un acta la única constancia escrita de mi nacimiento, o a lo mejor para ir delineando el preámbulo de mi epitafio... O tal vez para conjurar la certeza fugaz de haber sido improductivo y nunca haber tenido nada que decir, para dejar en el cesto del olvido las alegrías fáciles y los sueños malogrados o bien, para fijar unas cuantas palabras en esta página amarilla que, aun escondida en el secreto de un cajón oscurecido, posee el latido de una voz ulterior que da cuenta de tantos días sin tiempo ni medida.

Sabrás disculparme si queriendo responder a tus preguntas hago estas remembranzas, si me aprovecho de tus palabras y tus confusiones para compartirte las mías, las que yo he tenido en mis años de doblar esquinas y correr veredas, en mis días sin hora de paz o de vigilia, en mis noches de insomnio y oscuridad abstrusa.

Te digo todo esto no para aleccionar. Aunque soy profesor y toda mi vida he enseñado, lo hago no sé si para exorcizar mis demonios interiores o para clamar la ayuda de algún arcángel ignorado. Dejémoslo en que... quiero platicar contigo ahora que la soledad se posiciona en mis terrenos y estoy próximo a ser tan solo barro, ceniza, humo, nada...

No me lo has pedido, pero quiero contarte ahora, amigo, que antes de terminar mi sexto grado en la escuela primaria, me comenzó a salir un lunar en el mentón, mismo que con el ahogo de los años se ha convertido en un gránulo sombrío, eso sí, posicionado siempre como un pegote deslucido, infaltable en todos los espejos y en cada una de mis credenciales.

Tuve también una frente amplia y abultada, irregularidad que al paso del tiempo se fue diluyendo. Mi madre, quizá para opacar el vaticinio de mi abuelita Praxedis, la asociaba con una inteligencia sobresaliente, pero lo cierto es que sólo era la evidencia de los frecuentes tropezones sufridos al correr con torpeza en mis primeros juegos, los cuales resultaban en inmensos chichones que ella misma trataba de desaparecer con emplastos de manteca.

Cuando en mi cabeza hubo pelo, hubo también rizos oscuros; ahora sólo asoman hebras escasas, tempranamente encanecidas.

He sido de mirada triste y de sonrisa franca. Siempre quise cultivar la modestia y la discreción como virtudes cardinales. Aún no sé si lo he logrado pero si viviera una nueva vida, las elegiría otra vez como las cualidades más ambicionadas.

Mi hablar lento ha despistado a mis amigos haciéndoles creer que soy dechado de paciencia, cuando en realidad soy hiperactivo, acucioso, individuo de voz agazapada en espera del momento exacto para pronunciar con vehemencia el verso propio o el prestado. La letra impresa me sobrecoge, más aún cuando la quiebro en la garganta y la disperso en voz hacia los muros; ah, pero si alguien me dice poeta, de inmediato expreso mi desconcierto con una sonrisa estúpida porque sé que quisiera en el alma poder serlo... pero no lo soy... Si me dicen profesor, entonces sí lo creo porque esa ha sido mi vida, errabundo de las aulas, nómada en el pregón de la lectura, testarudo en el anuncio del conocimiento como madero salvador en las tribulaciones de la vida; profesor sí, con trayectoria que ha ido de principio amargo hasta final dulcificado.

He andado la vida como todos, con paso incierto y a fuerza de lágrima y sonrisa. Tal vez nunca lo dije en el salón de clases, en nuestra entrañable normal donde tuve el gusto de tenerte como alumno, pero ahora, te puedo decir que me cautiva la sencillez de las hojas secas y me complazco metiendo mis manos en la tierra humedecida, apartando su frescura fértil y ciñendo a la vida cualquier semilla germinada. También me gusta la resonancia lúgubre de la canción cardenche, sus acordes lastimeros, las voces dolientes arrastrándose en la maraña reseca y espinosa de los montes.

Me inquieta el misterio de la espuma en la oscuridad marina, suelo disfrutar del *vermouth* con aceitunas y he tomado tequila con agua de lluvia, sólo para sentir cómo cintila en el centro de mi entraña la comunión de la nube y el agave.

Cuando como, parece que mastico caracoles. Mis maxilares, activados con engranes desdentados, se mueven piedra contra piedra en el ir y venir del bolo ensalivado. Así de ruidosos me quedaron desde aquella vez, cuando niño aún, me salvé de una caída que pudo ser fatal y más adelante te comparto.

Declaro haber sido feliz en el espacio cálido del aula, haber entrado allí no a trabajar, sino a ser, a ser yo mismo, intentando siempre darme en paciencia y saber a los demás.

Amo a mi país y sus geografías musculares. Suelo llorar con el asalto de un recuerdo grato y río con el de una evocación amarga... en ambos casos porque tengo la certeza de que son vivencias que ya no volverán ni siquiera en sueños, como las gaviotas de Joan Manuel Serrat.

Me conmueve hasta el escalofrío el cielo nocturno, saber que podemos ver en las estrellas el

pasado y en la rugosidad lineal de nuestras manos el presente, pero no el futuro contado por las *húngaras*, pues éste, el futuro, no está en ninguna parte, sólo es dominio del acaso, por eso he llegado a convencerme de que Dios moldeó al hombre con el barro de la evolución para después, en el tedio de su eterna majestad, desecharlo en los desvanes estelares.

Cualquier vestimenta me conforma y me asombra la voz trémula y convulsa de Neruda. He sido rastreador de nebulosas, profesor rural, pésimo cantante, verdugo de zancudos, lector enfebrecido, explorador de haciendas viejas y apasionado por las ruinas que no pudieron destruir los españoles... ah, y muchas veces, cuando camino, he creído ser tan sólo el bosquejo de una silueta en el centro de los días.

En ocasiones, como una ráfaga, me llega el deseo de ser otro... tal vez un carpintero que camina sobre rizos de madera y envuelto en aromas de resina le da semillas de girasol a su perico ciego; quizá un mecánico recostado sobre cartones aceitosos, lidiando con filtros y bujías, en espera del momento de beber una cerveza; o bien, un trailerero que después de la travesía nocturna, plena de fantasmas y autopistas, encuentra refugio en su camarote solitario, donde recoge a grandes brazadas, uno por uno, los sueños desgajados.

Me consternan los domingos y sus tardes patibularias, el bermellón apagado en las calles invernales y la inminencia de su hastío anochecido. Me siento menos culpable cuando me levanto temprano, antes del alba, para recordar esa certeza que la vida me ha obsequiado: la perfección es un mito, a lo más, un espejismo proyectado en una meta todavía sin nombre, un laberinto don-

de se han extraviado los filósofos... He aprendido también estos aforismos: cuando el río sueña, algo lleva, el pez por la boca muerde, no todo lo que grilla es oro, el león no es como lo filtran y no sólo de pan vive el hombre.

En la quietud de la jubilación, que en ocasiones pasa del simple ocio a la molicie más irreflexiva, hay tardes continuadas donde advertir la fecha no es posible. En las somnolencias vespertinas, sentado en cualquier banca del jardín de San Marcos, el tiempo parece suspendido, flota por momentos en un lienzo deslucido y melancólico... veo en mi interior un patio escolar enrojecido, una sábana flotante adherida como señal incierta a la sombra de un cactus apagado. Arriba, las nubes empañadas gotean oscuridades. Colgada de un mezquite, una campana traslúcida reverbera en ondas líquidas y al fondo, en el final de la vareda, dos niños arrastran jirones de libros y lloran sin agua y sin pan.

En momentos como éste, de ocio irremediable y tarde aletargada, vale la pena disertar también sobre otras cosas. Déjame hablarte, Claudio amigo, como el profesor de banquillo que siempre fui, de la escuela y sus espacios celulares, de las aulas, de algunos objetos y rituales, porque en eso se me fueron mis mejores años... pero por qué digo se me fueron, si más bien se me quedaron aquí, tan adentro que no puedo apartarlos de mis mejores sueños.

A lo largo de tus años escolares encontrarás, entre muchas otras cosas, campanas clásicas

como modelo para ilustrar la gesta del Padre de la Patria, unas más chicas, otras más grandes, pero todas de ese bronce que el maestro de grupo ha vaciado por años en el molde de la historia... y las hallarás en muchos casos junto a la dirección, porque ahí resuena la señal y llega en ecos duplicados hasta el salón del profesor de guardia, sea para la liberación provisional en las galeras o para el regreso a la expiación de los pecados cometidos en contra del conocimiento.

Oirás también chicharras destempladas y estridentes que llaman a la formación casi con ira, como si desde muy temprano el día hubiera desatado los demonios escolares.

Hallarás otras ululantes, parecidas a alarmas contra incendio y pensarás en diez patrullas traspasando la malla perimetral para alertar sobre una calamidad inesperada. El ulular de la sirena que llama a formarse para iniciar las labores puede ser el sinónimo exacto del desastre, de la reprimenda por la tarea no cumplida o de la tribulación por no entender nada de la perversa raíz cuadrada o de los enigmáticos sintagmas preposicionales...

La del timbre casero que más bien parece llamar a la placidez del recreo, donde todo puede ser juego de fútbol o *bebeleche* o correr entre macetones y pilares o plática sin regaño ni amenaza o festín de jugo embotellado, de sándwich ensamblado en el apremio materno y matinal o de ensalada incolora y desabrida vaciada en la lonchera; de tacos de simple huevo y frijoles negros en tortillas engrasadas o de *cheetos* en bolsa y salsa de ácido para el esófago o si nada de esto, entonces de miserable agua ferrosa, a cuentagotas en el bebedero primitivo.

También te tocará hacer el llamado en un trozo de riel colgado en el mezquite. Al golpear con

un cincel se avivan metal contra metal y brota una queja delgada y alargada que agujera de tímpano a tímpano hasta la meridiana idea, una resonancia metida en cada oído para despertar a los alumnos del letargo en el salón de clase o alertar el término del regodeo en el patio, en la cancha o en la “coope” aglomerada.

Todos ellos, tañido, zumbido o latido, confirman al fin de la jornada la libertad provisional, tarde de por medio, que abalanza a los niños a salir “en putiza”, a trasponer el barandal con la mochila a rastras, a la búsqueda febril del tedio vespertino, del momento ilusorio de llegar a casa con la promesa del ocio bendito en el sofá de la televisión, después de cumplir con el engorro de acabar la sopa o de mamá obstinada en la tarea de interminables planas, de copias inútiles o mecanizaciones insondables.

*L*ate la campana su corazón de bronce. El clang-clang reverbera en fuga hacia ninguna parte.

—Niños, hora de salir a recreo; guarden sus cuadernos y en un rato continuamos.

Salen del salón en una sola gritería y despararraman su correr infantil por todo el patio. Unos van hacia la malla donde ya la madre los espera con el taco de frijoles, otros a la dirección a pedir un balón prestado, unos más a formarse en la fila de la “coope”... Sólo Netzahualcóyotl se queda parado frente a mí.

—¿Qué pasa “Coyo”? ¿No vas a salir a jugar? Como si no me hubiera escuchado, me mira

con ojos de siete años y los abre todavía más para decirme con una sonrisa sin cuatro de sus dientes:

–Maestro, ¿quiere un güevo?

–¿Cómo dices?

–Que si quiere un güevo.

–Pues... no sé... bueno... ¿dónde está?

–Orita se lo traigo.

Y corre hacia la puerta de salida. Atraviesa el patio en un trotecillo infantil y huaraches de correa, hasta que lo pierdo de vista. Abro mi Registro de avance programático y reviso también mis hojas de planeación para ver las actividades siguientes. Extiendo una hoja de papel bond en el escritorio y saco de mi valija unos marcadores. Trazo el rostro de un payaso que me servirá para jugar con los niños a las letras escondidas.

Volteo hacia la puerta y ya va entrando “Coyo” con un huevo en su pequeña mano. Se acerca a mí, extiende su bracito y me dice festivo y agitado, con su vocecilla de niño campesino:

–Tenga maestro. Lo acaba de poner la gallina.

–Ah, qué bien. Muchas gracias “Coyo”, lo voy a guardar para la hora de la comida.

–No, bébaselo orita que está calientito.

–¿Cómo? No... así no... necesito freírlo para comérmelo a gusto.

–No, bébaselo orita. Dice mi amá que así es de más sustancia.

–No... así no me gusta.

–Sí le va a gustar. Bébaselo. A mí así me saben bien güenos.

–¿Seguro?

–Sí, yo hasta me los saboreo.

–Bueno...

Y para no apagar la emoción de “Coyo” por regalarle algo “de sustancia” a su maestro, me dirijo hacia la puerta del salón. Coloco el huevo en la palma de mi mano, le retiro una pizca de pluma blanca pegada a una manchita verdosa y de un garnucho leve levanto el cascaroncillo de la punta; con cuidado retiro algunos trozos de la coraza hasta dejar un agujero que deja ver la clara y la yema al natural. “Coyo”, emocionado, no deja de mirarme y expectante, espera el momento en que yo apure el contenido. Entonces, sin pensarlo más, respiro hondo y contengo el aire en mis pulmones, empino el frágil recipiente hasta vaciar en mi boca la viscosidad que después de un gran trago, me recorre el esófago en un escurrir lento hasta el estómago. Al soltar el aire me crece en el paladar, ya pegajoso, un sabor a pe-sebre y gallinero y me veo obligado a buscar con apremio el bote de basura. Trato de evitarlo, pero sin saber cómo, todo se regresa en una cascada repulsiva y revulsiva que sube desde el fondo del estómago y después de un tosido de náusea, de cara enrojecida y yugular hinchada, el borbotón se vacía por completo hasta quedar en un desecho de amarillo espeso, revuelto con papeles inútiles y virutas de lápiz rebanado.

“Coyo” me mira con sus ojos de siete años que ahora tienen una abertura de sorpresa, de desilusión y casi de reclamo.

—Ah, maestro, pa’ qué lo desperdicia... mejor me lo hubiera bebido yo...

La campana vuelve a latir su corazón de bronce. Los niños regresan a sus aulas; mientras, yo enjuago el resabio de vergüenza y granja que me ha quedado entre lengua y paladar.

¿Cuántas veces como yo, darás tumbos o te encaminarás con placidez? ¿Cuántas te encauzarás o te descarrilarás en el fragor de las horas, con el libro de texto entre las manos y la ronquera pasado el mediodía? ¿Cuántas, Claudio, con la receta sin receta, enfrente de los niños que lloran o ríen, juegan o aprenden, hablan o callan, escandalizan o claman desgañitando el día, pensando en comer o en jugar o en la televisión, y tú, inspirado, crees que te ponen atención cuando desmenuzas el conocimiento y pretendes avivar en ellos la reflexión? Muchas veces deshilarás el saber y lo entregarás como filamento salvador, pero muchas otras acabarás pidiendo silencio, casi por piedad, a un pequeño grupo de demonios.

Yo mismo hubiera preferido en muchos momentos salir del aula, alejarme, sentarme junto al eucalipto recién regado a gozar de su sombra escolar; o bien, jugar con el perro que husmeaba los restos de comida dejados por los niños en el patio o platicar de cualquier cosa con el intendente que pulsaba la manguera y su chorro de frescura, mientras fumaba frente a los margaritones florecidos. Yo mismo anhelaba salirme a la vida inmóvil, afuera del aula, junto al sol cálido de las mañanas invernales en la jardinera o en la cancha. ¿Cuántas veces deseé ser como el gato que dormitaba bajo los rosales del prado escolar, al cual, desde mi escritorio, veía yo a través de la ventana?

Así y no de otra forma es nuestro oficio, apreciable Claudio. ¿Cuántas veces como yo pen-

sarás esto? Irás y vendrás de tu escuela al colegiado, del colegiado a la casa o de la casa al salón de clases... yendo y viniendo del constructivismo a la educación en competencias, de la inteligencia emocional a la *Pedagogía del oprimido*, de la *Didáctica magna* a *El valor de educar*, del *Emilio* al *Cómo Gertrudis enseña a sus hijos*, de *La educación como práctica de la libertad* a la pedagogía operatoria, del *Poema pedagógico* a la educación para la vida, de planes de once años a revoluciones educativas, de modernizaciones educativas a descentralizaciones, de reformas curriculares a transformaciones de la práctica... ¿cuántas veces creerás estar ante el gran secreto y cuántas encontrarás que el camino termina en una calleja sin salida en la que tú y sólo tú, deberás excavar tu propia puerta en los añosos y desnudos muros?

Y es que ahora te pedirán enseñar por competencias como antes te exigieron ser constructivista y antes de eso te endilgaron el conductismo como solución total y tendrás de patio a patio a los teóricos disertando para que después tú los recites de aula en aula, aun cuando no estés convencido de su filosofía, de su propuesta para formar al hombre nuevo y te sentirás como un obrero a quien se le instruye para manejar esta máquina y después la otra.

Verás los cursos y las reformas, muchas veces como inútiles alardes, pues de todos modos ahí estarán los mismos niños y los mismos jóvenes, ya como nuevos ángeles, ya como nuevos demonios, con sus alegrías y sus tristezas de siglo veintiuno y milenio comenzado. Comprobarás que no son suficientes el diplomado o el taller o el seminario o la maestría o el centro de cooperación pedagógica o el

curso o la conferencia o el doctorado o el coloquio o el congreso o el encuentro, si en ellos tu presencia es ausencia, si tu atención es disimulo, si tu participación es impostura o si tu razonamiento es ostentación...

¿Cuántas veces habrás de oír en ellos la gigantesca perorata convertida en arenga, el apresurado y hasta falaz argumento de que “estos cursos están hechos al vapor”, sólo para oponerse a cualquier cosa? Escepticismo y resistencia es lo que encontrarás en cada colegiado, avidez por la constancia y sus puntajes.

Para ser mejor tendrás que explorar en ti mismo, descubrir el guiño que en cada latido te hará la verdadera vocación; deberás encontrar la migaja de oro transformada en el pan exacto que habrás de dar a tus niños por entero, sabrás del llamado cuando te sientas no ser tú haciendo otra cosa, ya sea por las nefastas urgencias económicas, por hacer un cumplido insípido a la vida o bien, por esa negligencia que mucho tiene de inercia aniquilante y corrosiva.

¿Y sabes qué te va a quedar de los años vividos en las aulas? Todo y nada. Así como lo escuchas. Nada porque el pago material te cabrá en un puño y todo porque el montón de afectos será tan grande que no te cabrá en el corazón y como el corazón es igual a un puño y el puño puede abarcar al corazón, al final y de cualquier forma, todo se volverá nada... Te quedará el gozo y el sufrir de tu rutina, de cada sesión, breve o prolongada, la cual, en un lapso de tres minutos o una hora, te meterá en una retahíla digna del dolor de cabeza que te pondrá en el límite de la más dulce esquizofrenia.

- **Y**a terminé, maestro. ¿Me revisa?
- ¡Mire, maestro, Nabor dijo una viga!
- ¡Hágase, yo llegué primero!
- A ver... guarden silencio. No puedo escucharlos a todos.
- ¿Me da permiso de ir al baño?
- A que tú no sabes sacar punta con navaja.
- Ve, pero no te tardes.
- ¿Qué más hago, maestro?
- A que sí.
- ¿Verdad que ardilla se escribe sin hache?
- A que no; a que nomás puedes con sacapuntas.
- Ya va a ser hora de salir.
- Pues sí ¿qué no sabes que la hache no suena porque está muda?
- ¿Hago letras con plastilina?
- ¿El lápiz que te presté?
- ¿Cuál?
- ¡Silencio, niños!
- ¡La mentira que te eché!
- ¿Hoy no vamos a cantar?
- Yo estoy más grande que tú.
- ¡A ver Jorge! ¿Ya terminaste?
- Mi papá le pega a mi mamá.
- Pos éste me está entreteniendo.
- ¿El tuyo no?
- Los maestros comieron enchiladas en el recreo.
- Que si ya puede mandar a los del bailable.
- Sí, gracias.
- ¿Me da permiso de ir a tomar agua?

- Y yo me comí una torta y me tomé un jugo de los de botellita.
- ¿Y a mí también?
- Acuérdense. Quedamos que nada más puede ir uno.
- ¿Por qué me agarras mi sacapuntas?
- ¡Eh, que se sienten porque ya vamos a apuntar la tarea!
- Mira cómo me despellejo el resistol.
- No, maestro, no nos deje operaciones.
- Mi papá me va a comprar un perico.
- Dice el director que no se le olvide dar el toque quince minutos antes porque van a tener junta.
- Está muy bien.
- A mí no porque a mi mamá no le gustan los animales.
- Eh, acá se están peleando.
- ¿A qué hora vamos a salir hoy?
- A ver, quien no guarde silencio no va a salir.
- Maestro, se me perdieron cinco pesos.
- ¡Eh, que se callen, si no, no vamos a salir!
- Maestro, ¿ya voy a dar el toque?
- ¿A quién le toca el aseo?
- La fila más callada va a salir primero.
- ¡Ah, no te comiste tu lonche y te van a regañar!
- ¡Shhh! ¡Que se callen!
- Bueno, pues entonces nos quedamos.
- ¡Eh, no pises mi mochila!
- ¡Shhhhh! ¡Cállense, si no, no vamos a salir!
- ¿Y mis cinco pesos...?
- ¡Shhhhh!

Muchas, incontables veces, caro Claudio, vi el homenaje. Tú también podrás verlo y sentirlo en tus años y años escolares; ese ritual cívico en explanada colorida, en cancha humilde o en patio terregoso. Verás, en escuela urbana, escoltas de niños y niñas con casaca militar, cuartelera, guantes blancos y asta dorada pasar marciales, llevando la mirada fija y el orgullo de haber sido escogidos para defender el estandarte incluso con la vida. Verás otras en el vértice de la sencillez, niños de uniformes simples, chaleco rojo y pantalón azul marino, pero también altivos... Y otras más... en la comunidad remota y rural, apenas con playera en remiendo y pantalón parchado, descalzos sí, pero airosos y gallardos, llevando el estandarte aun en la soledad y la penuria.

Mis niños de primero ven pasar la bandera. Entrecierran los ojos por el sol rosanaranja que todavía tierno, asoma por encima de las aulas; su sonrisa es del más candoroso desdentado en este lunes de honores. Muy a destiempo con la orden marcial de “Saludar, ¡ya!” flexionan el brazo y llevan la mano hacia su pecho, la extienden con la palma hacia abajo y casi colgante en la distracción infantil. A voz en cuello les apremio, primero a saludar y luego a unirse al “Se levanta en el mástil mi bandera”, entonces siguen el cántico escolar con sus voces de sol tibio y mañana fértil. Al mismo tiempo,

el coro hermanado y candoroso de todos los grupos, circunda el lienzo ritual mientras un vientecillo ondulada los pliegues de águila y pureza, de serpiente y sangre, de nopal y esperanza, y todos, en una sola voz, prometen “entre céfiros y trinos”, venerarla aun con el último latido y amarla hasta la muerte.

Ahora hacen “firmes” a la voz del tambor y la corneta para entonar el himno absoluto, el poema patrio de González Bocanegra, fragoroso y heroico de aceros y bridones, de cañones rugientes y arcángeles gloriosos que trazan un destino inmortal para los hijos guerreros, quienes entre laureles y clarines mueren por la libertad.

Y así lo cantan mis pequeños alumnos, con la candidez a ras de piel y el corazón inocente pero impetuoso y tricolor, confundiendo palabras de una letra superior y complicada, pero siguiendo a grito y canto el piano de Nunó, en un himno que ya intuyen como suyo.

Ahora el juramento. “Bandera de México, legado de nuestros héroes...” comienzan a decir mis niños en un coro distraído, el brazo levantado hacia el frente y la palma hacia abajo, con la convicción infantil de quien asegura estar dispuesto a ser siempre fiel “a los principios de libertad y de justicia”. Incontables veces los he visto efectuar ese saludo romano, fascista, sin la malicia infame que para desgracia de la Patria conocerán más tarde. También he observado la nobleza escolar que al paso de los años, inevitablemente, aun con los cientos de homenajes, efemérides de bronce y fechas patrias, se convertirá en desgana, en sospecha, en indolencia y frustración, cuando descubran la discordia, la mezquindad de quien filtra y oculta, de quien miente y manda, de quien finge y puede, de quien traiciona y vende... sí, a pesar del fervor, del esfuerzo, también

noble, del maestro de banco, de tesón y aliento que transita de un grupo a otro o va de esta escuela a la que sigue, ya de una comunidad a la cabecera, ya de esta zona a la de aquel lado, pero siempre de frente, con el garbo místico y auténtico de aula y voluntad...

A veces he creído que ni siquiera es necesario tratar de recordar. Cuando me siento cercado por la tristeza vespertina, sólo inclino la cabeza y pronto comienzo a dormir; al final y aunque no lo espere, de todos modos los recuerdos se me devuelven como sueños, más aún cuando la somnolencia me adentra en los vericuetos del tiempo y sus conjugaciones, entonces, como una gran certeza, me llega el sobresalto de ser tan solo una incidencia cósmica en medio de mil sucesos o una entidad obligada a oscilar en los múltiples presentes.

Cierro los ojos y en los primeros devaneos de mi sueño entiendo que sólo podemos ser existentes en el tiempo; es tan inherente a nosotros, tan cotidiano y habitual que nos hablamos de tú con él; hemos creado instrumentos para medirlo, hemos generado estrategias para ganarlo, hemos inventado formas para matarlo o para perderlo; sin embargo, al final sólo nos acreditamos como ingenuos, pues pensamos que lo matamos cuando en realidad es él quien nos mata, alardeamos darnos el lujo de perderlo cuando en verdad somos nosotros los perdedores, presumimos verlo pasar cuando en realidad somos nosotros los que pasamos; lo sentimos irse como agua entre los dedos y somos

nosotros los que escurrimos como agua entre sus dedos; a veces hasta osamos decir que no tenemos tiempo, cuando en realidad está ahí, abundante, pródigo, inacabable, inflexible, riguroso, impregnándolo todo con su interminable sucesión de instantes. Pocas ocasiones somos conscientes de que en todo momento está junto a nosotros, invisible, incorpóreo, infiltrándose silencioso para acompañarnos, para construirnos, sí, pero también para devastarnos, para aniquilarnos...

Siempre he tenido la certeza de que su característica más precisa es la de ser inasible... no se puede detener como un fluido, no se puede apresar como un pájaro y mucho menos almacenar como semilla... Estamos destinados a movernos en un transcurrir inevitable, cercados a cada instante por ese latido eterno que llamamos tiempo.

Y es cierto, nos deslizamos por los años como gotas en cristal, pero mira Claudio, el pasado lo puedo hacer presente si me pongo a soñar con los recuerdos. ¿Puedo platicarte más cosas de mi infancia o de mi juventud, las cuales, a pesar de ser tan remotas aún están conmigo porque puedo soñarlas cuando quiera?

En los sábados del Pabellón de aquellos años, sábados de inocencia y alborozo, cambiaba la rutina. El regocijo de levantarse en la mañana y no ir a la escuela, se desvanecía con la obligación del baño al aire libre; metidos hasta los hombros en la pila del lavadero, sufríamos el agua helada y los tallones que nos daba mi madre con el estropajo espumoso de jabón “Palmolive”.

Los ojos enrojecidos y las orejas restregadas eran casi la condición para tomar después como premio semanal, un poco de sol en el patio, ya vestidos con ropa limpia –camisa blanca y pantalón de mezclilla– olorosa a jabón de lejía.

Después de comer había que asistir a la doctrina, pues si no lo hacíamos, al siguiente día no nos daban los veinte centavos de “domingo”. Llegábamos a la capilla y luego de formarnos como en la escuela, una monja ruda y pellizcona nos acomodaba en pequeños grupos alrededor del atrio, bajo la sombra de los pinabetes para que, reproduciendo la infalible estrategia aplicada por los primeros misioneros en la Nueva España, comenzáramos a formarnos como buenos cristianos.

Cuando ya estábamos cada cual en su lugar respectivo, las catequistas empezaban con la clase. Nos explicaban pasajes bíblicos utilizando historias inocentes protagonizadas por niños bondadosos que superaban, gracias a su fervor católico, las tentaciones de diablillos ocultos y arcángeles malvados. Trazábamos dibujos de corazones iluminados por la fe y otros más, oscurecidos por las impurezas del pecado. Era sencillo colorear la luz del edén tantas veces prometido, o la amenaza insistente de las llamas infernales, pero que yo recuerde, nadie pudo jamás dibujar el limbo incomprendible.

Ahí, encendidos por la devoción a Cristo, repasábamos el viacrucis y nos aprendíamos las respuestas más importantes del catecismo. Sentados en los gajos del concreto que las raíces leñosas levantaban, y al son del “¿Tiene Dios cuerpo como nosotros?” lanzado por la catequista, contestábamos con la tonadilla propia de la escuela: “Dios-no-tiene-cuerpo-como-nosotros-porque-es-espíritu-pu-

ro”, o bien, a la pregunta de “¿Dónde está Dios?” respondíamos con el ritmo machacón de tablas de multiplicar: “Dios-estáen-elcié-loenlatié-rrayen-tó-dolugáaaaar”.

Al término de la sesión, niños y niñas nos hincábamos para rezar el Padre nuestro en dirección a la gran cruz de madera que las misiones josefinas dejaron en el centro del atrio desde 1947. La plantaron sobre una peana de escaleras en círculos sobrepuestos y ha resistido por años los furiosos terregales, el sol inclemente y las lluvias escasas pero bienhechoras.

En navidad asistíamos a las posaditas y el padre Próspero –un sacerdote obeso y candoroso que durante algunos años le ayudó al padre Gertrudis en su ministerio– se ponía feliz porque decenas de niños caminábamos en columna, alrededor del atrio y detrás de los peregrinos, cada cual con su fe en alto y su velita encendida, cantando con toda seriedad *Ora pro nobis, miserere nobis*.

Para redondear la jornada litúrgica, al día siguiente oíamos misa de nueve en la Parroquia de Guadalupe, a la que por mucho tiempo le llamamos “Templo Nuevo”. Las bancas de la izquierda eran exclusivas para los varones y las de la derecha se reservaban para las mujeres. Éstas asistían con chal obligatorio cubriendo la cabeza y aquéllos, por el contrario, descubiertos, sin el sombrero o la cachucha de trabajo. El padre Gertrudis Ramos oficiaba todavía en latín, de espaldas a los fieles y de frente a la imagen de Cristo crucificado, tal como hacía siglos lo había instaurado el papa Pío V. Las alocuciones del *in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti* o el *Dominus vobiscum* inundaba las naves, recorrían el pasillo central y los vitrales para regresar luego en la respuesta mecanizada del *Et cum*

spiritu tuo por parte de los asistentes. En tanto, los latines del padre eran secundados por Don Pedro “El Cantor” quien le daba a la ceremonia un toque conventual, entonando los monocordes del canto gregoriano.

Así transcurría la misa, en el humo ritual de los inciensos y el campanilleo a un lado del altar, los señores hincados con los brazos en cruz y la mirada piadosa, quizá prometiendo en sus adentros dejar de beber alcohol y no pegarle más a sus mujeres.

Sin embargo, al salir de misa y otra vez instalados en el mundo, los demonios malandrines boicoteaban nuestra intención de alejarnos del pecado. El día festivo retomaba sus cauces azarosos y entonces dejábamos decidir a la fortuna la pérdida total o la feliz multiplicación de aquellos veinte centavos de “domingo”.

En el barrio donde yo vivía, chicos y grandes jugábamos a la baraja, al “huesito” con un par de dados, a la “cuartita” con monedas de cobre y por supuesto a los “volados”.

Así, Claudio, era la jornada matinal de los domingos: unos aquí barajando las cartas con pericia de apostador o ensayando mañas para ganar en el conquián, otros allá jugando a los “volados”, lanzando monedas al aire para vocear, a la manera del “cara” o “cruz”, el muy mexicano “águila” o “sello”, y esperar con el corazón en vilo la mudable decisión de la fortuna; otros, en alguna esquina, sentados en cuclillas, agitaban los dados en el hueco de la mano y antes de echarlos a rodar, como en un ritual, se llevaban el puño a los labios, lo besaban y exhalaban un vaho suave para insuflar la buena suerte. Sobra decir que la “oca”, el juego simple de “serpientes y escaleras” o la “lotería” de

sirenas y catrines, eran considerados pasatiempos para niñas.

Ese escenario de tahúres pequeños y grandes, era ambientado por la música proveniente de la tienda de Arturo, un individuo a quien llamaban “El Bofe”, tal vez por sus espaldas de luchador y su parsimonia al despachar. Con un tocadiscos de caja y micrófono para las dedicatorias, complacía a los ebrios que tomaban cerveza sentados sobre los costales del frijol y maíz que ahí se vendía por kilo. Veinte centavos cobraba por cada canción de Javier Solís o de José Alfredo Jiménez. Desde la bocina de cono ubicada en la azotea de la tienda se escuchaban cuartetas como “Me voy por el camino de la noche,/dejando que me alumbren las estrellas,/me voy por el camino de la noche/porque las sombras son mis compañeras...” Esos versos me provocaban sensaciones de soledad y de misterio, de lejanía y abandono.

Una cuarteta más que continuamente se oía, produjo en mi visión de niño una evidencia filosófica: “Todos gozan lo mismo/, todos sufren lo mismo/, es una ley eterna/ de llorar y reír”. Ciertamente, la vida no podría ser sólo la placidez del juego y la cara bonita de la suerte, pero tampoco podría ser llanto y pesadumbre para siempre; no sólo ganancia feliz o pura pérdida irremediable. No, tendría que ser una igualdad matemática como las aprendidas en la escuela; la misma cantidad a ambos lados del signo igual, sólo que representadas de distinta forma: a un rato de recreo, un rato de fastidio con los quebrados; a una semana de hartura, una semana de hambre; a un mes de sobriedad de mi padre, un mes de alcohólicos desconciertos. Ah, eso sí, no sólo para algunos, sino para todos en absoluto, una ley sempiterna que habría de cum-

plirse sin distinguir a grandes y chicos, a hombres y mujeres, a ricos y pobres, a quienes vivían arriba o a quienes vivíamos abajo.

Otra de las diversiones de domingo, siempre y cuando se alcanzara el precio, era la “matinée” en el cine “Reforma”, ubicado enfrente del colegio “Guadalupe Victoria” y a un costado de la capilla. El local era un galerón alargado, con techo de láminas acanaladas y piso de cemento con un ligero declive hacia el frente. Ahí se tendían una serie de tablones sentados sobre alteros de ladrillos donde la gente, en su mayoría varones, se acomodaba para ver la función. Al fondo se levantaba una pared alta y blanqueada, donde, según la ocasión, pieles rojas y vaqueros se trenzaban a balazos o “Parche negro” fulminaba con su pistola “de mazorca” a una banda de abigeos.

El baño del cine era un cuartucho siniestro y pestilente, alumbrado con un foquillo para santo que esparcía una luz escuálida y rojiza. Ese destello mortecino, aunado a los hedores emanados de la fosa séptica, hacía creer que más que entrar en un excusado, se asomaba uno a la mismísima boca del infierno. Tal vez por eso, cuando urgía descargar la vejiga, aprovechando la semioscuridad y para no perder el hilo de la historia, algunos señores desfachatados, sin ponerse de pie, hacían su maniobra impúdica y soltaban el hilillo de orines que por el declive, descendía poco a poco hasta estancarse en el ángulo del muro donde el “Enmascarado de plata” se batía contra los “zombies” o las momias de Guanajuato. La gente de adelante, al escuchar el rumorcillo de las destilaciones urinarias, sin despegar la vista de la pantalla, sólo levantaba los pies para dejar correr libremente los orines.

La “matinée” era una jornada de cinco horas de cine que abarcaba tres películas desde las diez de la mañana hasta las tres de la tarde. Cuando estaba por iniciar la función, se escuchaba la “Marcha Zacatecas” en la bocina de cono; dicha melodía era como la tercera de las llamadas a misa y chicos y grandes dejaban de ver las cartulinas y se apresuraban a sacar su boleto, otros compraban semillas tostadas y dulces, con celeridad para entrar a tiempo y no perderse ni un minuto del kilométrico espectáculo.

Empezaba la proyección con el público en asombro. Las escenas en blanco y negro de pillos en fuga y pistoleros vengadores, de peleas a puño limpio por una mujer de vestido ampón, de jinetes cantando en el barbecho, acompañados de mariachi y bribones tomando tequila a pico de botella, provocaban la admiración en los espectadores. Cuando en alguna escena, el muchachote estaba a punto de ser ajusticiado y llegaban sus amigos en un tropel de caballos al rescate, el auditorio estallaba en una algazara de júbilo, seguida de una andanada de aplausos y agitación de sombreros. En cambio, cuando en una escena, algún galán y su amada rubricaban el amor con un beso pasivo e inocente, se desataba una escandalosa silbatina que concluía hasta que los amantes despegaban sus bocas y volvían al diálogo mimoso.

Sin perder detalle alguno, unos masticaban semillas o se comían las uñas, otros más fumaban con arrogancia y no faltaba el insolente que de un garnucho y por encima de las cabezas, lanzaba la bachicha hacia adelante. Por ésta y otras razones los lugares menos socorridos eran los del frente, porque para disfrutar la película había que estar esquivando por arriba las bachichas y por abajo los orines.

Al término de la jornada salíamos del cine y eran tres nuestras principales sensaciones: la primera, un alivio patente al respirar aire nuevo y dejar atrás la atmósfera viciada de humo, sudor y vahos urinarios; la segunda, el encandilamiento provocado por el sol de las tres de la tarde en contraste con la oscuridad de cinco horas consecutivas en un socavón sombrío; y la tercera, el dolor de cabeza intenso por la malpasada, los vapores múltiples y las emociones encontradas de tres películas al hilo.

Enfrente de mi casa había, no un río ni una arboleda, ni siquiera un jardín o una vivienda... había un basurero que para mi madre fue una de sus mayores desventuras porque le arruinaba la estampa a su fachada de porche y jardineras. Ya no existe como tal; ahora es un lote baldío, cercado por una pared alta de ladrillos blanqueados y propaganda política. Sin embargo, lo que para ella era el signo exacto de su mala fortuna, para nosotros fue casi una bendición porque a pesar de sus prohibiciones y regaños, llegó a ser por incontables tardes el centro de nuestros juegos.

Todos le decíamos “el muladar”. Este solo nombre de resonancia escatológica a muchos podría espantar, pero nosotros, ahí entre la basura encontrábamos un atractivo mundo para el retozo. Había de todo: latas vacías, zapatos viejos, papeles de desperdicio, bolsas de plástico, desechos de verdura, botellas de vidrio, un tambo desfondado... Hurgábamos en todo ese migajal acumulado, con

la ilusión de encontrar una medalla, un anillo, un juguete... y de vez en cuando sí desenterrábamos algún monito de plástico, una balina y hasta alguna moneda de cinco centavos donde el óxido casi había corroído nariz y chongo a la tal Doña Josefa. Otras veces juntábamos botellas de vidrio y las acomodábamos como blanco sobre algunas piedras, repegadas a la pared de adobe; así, una por una, las íbamos rompiendo, ya fuera a pedrusco vil de brazo limpio o con piedra escogida y resortera.

Sin embargo, lo más emocionante llegaba cuando en la noche le prendíamos fuego a la basura. El corro de chiquillos alrededor de la lumbrada, gritando y saltando, ponía en alarma a las mamás y espantadas corrían hacia nosotros para confiscarnos la diversión con un “ora verán” seguido de un par de cintarazos. Y no era para menos, pues la lumbre en nuestras manos era un riesgo que no admitía concesiones. Antes de la irrupción de las mamás, saltábamos como diablillos por encima de la fogata alardeando poderío sobre las llamas, tomábamos tizones y como si éstos fueran bolígrafos de fuego, trazábamos en el aire círculos bailones y rayas sobrepuestas, ignorando el riesgo advertido de orinar la sábana en la noche. Prendíamos algún trasto de plástico, que al quemarse, chorreaba gotas incandescentes y con sólo sostenerlo en una mano y caminar unos pasos, perfilábamos caminitos zigzagueantes con lágrimas de fuego o bien, jugábamos a sembrar milpas de lumbre, a delinear surcos encendidos con chispas candentes, con llamas plásticas repartidas en una parcela diminuta y luminosa. Cuando una de ellas, infernal gota chiclosa y alargada, se le pegó a mi hermano en un brazo, vimos asustados y con agudo escarmiento, cómo se desprendía la carne junto con el plástico,

después de que mi madre, desesperada y clamando un “virgen santa”, le enfrió a la brava el carbón humeante en la pila del lavadero.

Ahí en “el muladar”, a mis cinco años de edad, tuve mi primera certeza filosófica. Fue algo muy simple. Encontré un zapato de bebé, el cuero gastado, ya sin color y endurecido por el tiempo. Lo recogí y lo observé por un momento. Entonces me llegó un pensamiento como la más clara certidumbre: el zapato, aunque pasara todo el tiempo sepultado en el basurero, no podría desintegrarse del todo hasta llegar a ser nada. Aun cuando se desmenuzara en el polvo más pequeño tendría que seguir siendo en algún lugar, si no como zapato, sí como brizna de materia dispersa que podría en algún momento llegar a ser parte de otra cosa. Fue, ahora lo veo así, una certeza del principio clásico en torno a la conservación de la materia, el cual a mis cinco años me llegó como una iluminación; nada sorprendente desde luego, pues para Gaareth Matthews, estudioso del vínculo existente entre los niños y la filosofía, sería lo más natural, dada la capacidad infantil para la abstracción filosófica.

Ahí tuve también una nueva divagación metafísica. Observando a un niño a quien llamábamos “El Golobano” por la forma extrañamente ovalada de su cabeza, resolví de un plumazo el problema de la muerte. Pensé en que si yo muriera en ese momento, bastaría cerrar los ojos con fuerza y pensar con mucha energía en el instante preciso de la muerte: “Yo soy ‘El Golobano’, yo soy ‘El Golobano’, yo soy...” para no morir definitivamente; bastaba entrar en la conciencia de otro niño, de cualquiera, para seguir existiendo, aun cuando fuera como en este caso, a través de mi amigo, el de cabeza casi alienígena.

Junto a ese basurero lúdico y metafísico, cuando febrero levantaba violentas tolvánicas que nublaban de tierra las calles y azotaban las puertas de las casas, llegué a ver ancianos arrodillados en el centro del remolino, por una parte para no ser arrastrados por el ventarrón y por la otra, para clamar al cielo piedad por los pecados; ponían los brazos en cruz y rezaban con dientes apretados el “San Miguel Arcángel, defiéndenos en la lucha: ampáranos contra la maldad y las asechanzas del demonio” que desde el púlpito aconsejó por años el padre Gertrudis para ahuyentar al malo, en tanto aguantaban con ojos cerrados, la zumba de piedrecillas que les azotaba el rostro.

Ahí también emprendí la cacería de arañas anidadas, ya fuera en los escondrijos de basura envejecida o en las juntas de los adobes carcomidos. Arrojava hormigas vivas a las telarañas y pronto podía ver con mis ojos niños, los ojos de las arañas como dos lucecillas diminutas en el fondo oscuro de las oquedades. Asomaban, primero desconfiadas y luego resueltas, su cuerpecillo grisáceo y gordo. Aguijadas entonces por la perspectiva de la presa, extendían sus patas inaudibles hacia la hormiga, festinando el movimiento desesperado y torpe con el que ésta trataba de librarse de las fibras pegajosas. Y cuando la araña apresaba a la hormiga para llevarla al interior del agujero, hábilmente y guardando la distancia, con un palito la tiraba yo hacia el suelo y le propinaba un pisotón triunfal para acabar con ella. Era la conclusión de una cacería exitosa.

Pero, espera un poco, paciente Claudio, déjame hacer un paréntesis en este ejercicio reminiscente para preguntarme a mí mismo si alguien podría desmentir a Santiago Ramírez cuando ha

cincelado en piedra una verdad irrefutable. Él ha dicho que “infancia es destino” y éste, mi oficio de enseñante, no podría tener fundamento mejor para mostrarse.

Ahora sí, prosigo con algo más acerca de mi pueblo de extrañeza y sobresalto, que tuvo siempre nombre de nostalgia, aires de quebranto, matices de infancia y resabios de abandono.

Pabellón de Arteaga fue siempre un pueblo escindido por el tren. Su entrada como un filo permanente, tajaba el tropel de casas en dos categorías: los de arriba y los de abajo. Fue ésta la forma primitiva y natural con que se dio nombre a las primeras dos partes del poblado sin pensar siquiera en las implicaciones ideológicas y sociales que podría tener el hecho: sencillamente te había tocado vivir arriba o abajo.

El tren llegaba resoplando con su escándalo de hierro, con su tonelaje de metales irrumpiendo en el trajín del día. Las señoras daban voces para retirar a los niños de las vías, los ciclistas suspendían el pedaleo y los campesinos detenían el andar de los burros; dejaban paso al estrépito de los vagones hasta que éstos se alejaban perseguidos por el alboroto menor de los perros callejeros.

Otras veces entraba jadeando, abriendo la media noche con su gran pupila de luz y desgarrando el silencio con un silbato brutal que podía despertar al más recóndito de los demonios. La estridencia despertaba a los bebés quienes asustados, buscaban el brazo arrullador de las mamás, los niños más grandes también nos inquietábamos, pero nos volvíamos a sosegar cuando el machacar de rieles se alejaba y el silencio retomaba sus dominios después de lo que había parecido un cataclismo repentino.

Creíamos que venía desde la orilla del planeta a dejarnos aires de montañas remotas y hombres errabundos, para alejarse luego hacia lugares que sólo podíamos concebir como leyendas. Los cargueros pasaban con la lentitud de los minutos pueblerinos, arrastrando carros cisterna y góndolas de amarillo deslavado colmadas de estaño o de basalto; los trenes pasajeros detenían sus carros de gris envejecido y después de subir o bajar viajeros, se perdían otra vez con una maraña de manos diminutas que salían de las ventanillas en ademán de adioses. Así nos quedábamos viendo su partida hasta que el cabús, mítico y metafórico, se disipaba en la distancia como la cola de un trenecito de juguete.

A veces, cuando salíamos de la escuela y era inminente la llegada del convoy, corríamos a las vías a esperarlo. Entre la tropa de chiquillos, los más avezados alardeaban saber a qué distancia se encontraba con sólo pegar la oreja a uno de los rieles. Otros recogíamos piedras del basalto con que se cubren las vías y practicábamos el tiro en algún bote de lámina previamente acomodado sobre los durmientes. Cuando el tren asomaba en la lejanía, el alboroto aumentaba y entonces colocábamos en la superficie de los rieles corcholatas de refresco, mismas que al machucón implacable y repetido de las ruedas, quedaban tan delgadas como hojas de afeitar; también poníamos monedas de cobre de cinco y diez centavos para que las dejara como laminillas ovaladas con el águila deforme y apenas dibujada.

Hubo ocasiones de las cuales puedo dar cuenta sólo gracias al amparo del Señor, en que, apenas detenido el tren para subir o bajar pasaje en la estación del poblado, comenzábamos un jue-

go temerario, rayano en lo insensato, pero había que jugarlo. Era una especie de compromiso, de condición para no ser rechazado por la tropa de escuincles o para no pasar como gallina y ser después el blanco de las burlas. Consistía en pasar por debajo de un vagón gateando, de un lado a otro de la vía, uno por uno y uno detrás del otro para después hacerlo de regreso. Cuando el maquinista desactivaba el freno, se escuchaba un ruido metálico, prolongado y sucesivo que recorría vagón tras vagón hasta el cabús, entonces el tren comenzaba su movimiento con lentitud, las pesadas ruedas iniciaban su giro amenazante y la adrenalina se disparaba. Cada cual precipitaba su propio gateo para ponerse a salvo, y así, uno tras otro salíamos atropelladamente de abajo del vagón, arrastrándonos en medio de una gritería escandalosa, raspados de los codos, sudorosos, con la vida salvada y la risa nerviosa, sabiéndonos autores de una travesura arriesgada y peligrosa... y eso era, una travesura bárbara, ingenua es cierto, pero también estúpida, que de haberla visto nuestros padres, el susto para ellos no hubiera sido menor al machucón implacable de alguna de aquellas ruedas colosales.

Otras veces, el carguero detenía su marcha para recoger o entregar mercadería. Nosotros estábamos atentos cuando llegaban los vagones atestados de sacos de maíz para los comerciantes que surtían de semilla a la región. Con el mecanismo acostumbrado despegaban los carros y los estacionaban en una sección de vía para descargarlos. Entonces entraba en escena una legión de estibadores con el torso desnudo y abundante en carnes, galeotes de rancho con turbante de manta y paliacate, panza prominente, vendas en las muñecas y

un gancho metálico en la diestra para echarse a la espalda los costales de ixtle henchidos del mejor maíz. Tendían largos tablones como rampas que iban desde la entrada del carro hasta el andén de la bodega y en un ir y venir de hormigas arrieras, les bastaban unas horas para vaciar los vagones. Nosotros en tanto, provistos cada uno de un botecito, nos poníamos debajo de los largueros para pepenar el maíz que en medio del trajín, se colaba por alguna rotura o bien, por algún resquicio en el amarre del costal. Mientras con paciencia y avidez recogíamos los granos uno a uno, arriba se oía el parloteo casi siempre soez de los cargadores y su resoplar agitado, así como el rechinar de los tablones pandeados con el peso de aquéllos que cargaban el mundo sobre los hombros.

Medio botecito de maíz era suficiente para llegar a la tienda de Arturo o a la de “El Paisa” y hacer el canje, con la vetusta modalidad del trueque, por natillas, pirulís o huevitos de dulce con un cacahuete adentro.

Al paso de los años, el auge del ferrocarril fue decayendo y la agitación en las vías disminuyó. El vaivén de norte a sur y de sur a norte de las máquinas y su hilada interminable de furgones, se fue espaciando cada vez más para dejar como único vestigio algunas casas de madera, dos o tres vagones en abandono, nostalgias de andenes derruidos, barreteros avecindados, monedas tableadas y por añadidura, una estela de muertos destazados.

Los accidentes trágicos, suscitados por el paso de los trenes, fueron muchas veces el centro de la noticia pueblerina y alimentaron, por algún tiempo, nuestro morbo infantil en torno a la muerte, un tema que a los ocho o nueve años de edad ya advenía como una temprana fascinación por lo

funesto. Fue una manera atroz de asomarnos a esa realidad que los adultos pretendían ocultarnos. A pesar de los regaños del profesor Cipriano, de las reprobaciones de las mamás y del sueño angustiante que nos ocasionaba, apenas sabíamos de alguna persona machucada por el tren y corríamos a ver cómo había quedado. Así vimos a Don Rito, el peluquero del pueblo. Ese fue para él el día del infortunio. En el menor descuido, al atravesar la vía, sólo se escuchó el bramido insistente de la máquina que quería evitar arrollarlo. Al parecer Don Rito no hizo nada para quitarse y su cuerpo quedó esparcido en unos cuantos metros, completamente desmembrado. La gente se amontonaba para ver de cerca la masa informe de aquel hombre longevo, de pelo encanecido y plática agradable, con quien las mamás nos mandaban a cortar los enredijos de pelo que nos crecían sobre las orejas.

Así vimos también al anciano yaciente, inerte a un lado de la vía, con un solo hilillo de sangre en la cabeza, el pantalón de pechera impecable, el semblante tranquilo y su mano derecha aferrada a la *saca* llena de tortillas. Un solo golpe bastó para que el viejo, sordo según dijeron, quedara tendido sobre durmientes y lajas de basalto.

O el vagabundo que murió, pero no arrollado por la gran máquina, sino traspasado por decenas de varillas. Viajaba *de mosca* en el hueco que dejaban éstas, acomodadas en alteros a lo largo de una de las góndolas. El hombre dormía arrullado con el ronronear de los vagones cuando por alguna razón el maquinista aplicó los frenos con apremio. La inercia se hizo presente y lanzó incontables y mortales estocadas hacia la errabunda humanidad de ese hombre. Trepados en una orilla de la góndola veíamos azorados al pordiosero ensartado como

insecto, envuelto en sus cobijas grasientas, renegridas. Estaba sentado, con la cabeza ladeada, sus ojos entreabiertos, la barba enmarañada, sucia de sangre y mugre y el cuerpo setenta veces traspasado.

Otro, de los más impactantes, fue el sucedido en las afueras de Pabellón. Alguien llegó y nos dijo que había dos muertos a unos cuantos kilómetros. Hasta nos fuimos en bicicletas para llegar pronto al lugar del accidente. La escena no podía ser más horrenda. Tres grupos de señoras hincadas formaban igual número de círculos, retirados unos de otros por cuatro o cinco metros. Unas rezaban casi a gritos y otras lloraban sin hablar, con los ojos muy abiertos y las manos extendidas sobre las mejillas. En medio del primer círculo yacía un niño de tres años, bocarriba, con las vísceras al aire. Su carita blanca y los ojos verdes, quietos, como mirando hacia las nubes, eran la imagen viva de una inocencia silenciada sin motivo. En nuestro desatino infantil por observar hasta el menor de los detalles para luego contarlos en la escuela, nos acercamos al otro círculo donde, postradas, las señoras le rezaban a la mitad de un anciano desangrado, cuyo tronco, a la altura del cinto, parecía haber recibido un iracundo machetazo. El semblante lívido y la barba canosa y descuidada le daban un aspecto de trágico abandono. En el tercer círculo, más señoras de rebozo cantaban alabanzas de velorio a dos piernas separadas del tronco pero unidas por una cintura cercenada; éstas aún vestían pantalón de un café oscurecido por la sangre y unos botines desgastados. Dijeron que el niño era su nieto y lo cargó a la fuerza para sentarse en uno de los rieles a esperar en actitud suicida, el mortal golpe de la máquina.

Atardecía. El cielo bermellón de fondo y el escándalo de unos pájaros posados en los cables de la luz, indiferentes a la tragedia, indicaban que era hora de regresar a casa. Y así lo hicimos. Montamos las bicicletas, pasmados claro, pero ya con el morbo satisfecho.

Al día siguiente, en el patio de la escuela, platicábamos con la precisión del detalle lo que habíamos visto. Por alguna razón el profesor Cipriano se dio cuenta y antes de comenzar la clase, después del recreo, dijo a todo el grupo y sin dirigirse a nadie en específico:

—Ya les he dicho a esos niños... no anden buscando desdichas ajenas. No está bien que lo hagan, sólo les perjudica. Al final de la clase se quedan por favor... y no digo quiénes porque todos ya saben a los tres que me refiero.

Cuco Escobedo, “El Cuate” y yo no dijimos nada; sólo esperamos la hora de lo que suponíamos sería algún castigo.

Cuando todos los demás se retiraron y sólo quedamos los tres frente al maestro, el salón se comprimió casi hasta el sofoco. No hubo súplica ni excusa. El pesado silencio aplastó cualquier intento. El profesor se paseó un poco por los pasillos que dejaban los mesabancos binarios, con las manos entrelazadas bajo la espalda y la mirada al frente, eligiendo los mejores términos para la reprimenda. Esperábamos un correctivo fuerte, pero después de dos ruidosos carraspeos, sólo nos llamó la atención con severidad. Poco a poco su tendencia didáctica ganó terreno y del regaño pasó a explicarnos como si estuviéramos en clase, que las nuestras eran actitudes primitivas como las de los soldados de la Roma antigua y de los caballeros medievales, quienes se regodeaban viendo los

cuerpos mutilados, chorreando sangre en los campos del combate. Mencionó también la práctica bárbara del sacrificio entre los pueblos nahuas... Eso era cosa de salvajes, siguió diciendo, y no de hombres civilizados como deberíamos serlo nosotros, orgullosos alumnos del sexto grado en la escuela "Benito Juárez".

Además de los muertos en las vías, vimos muchos más, caídos en otras circunstancias. Me acuerdo de aquél al que no podían meter en la caja porque el *rigor mortis* lo había dejado como quedan los ahogados, en posición de peleador de lucha libre.

Un grupo de chiquillos nos apretujábamos en una ventana. A través de los vidrios terregosos y con los ojos en globo, veíamos al interior de un cuarto, donde un señor de bata blanca, sentado en cuclillas, trataba de acomodar al muerto en el ataúd colocado sobre el piso.

Sólo sabíamos que lo habían asesinado a balazos, pero como nos habíamos hecho muy hábiles para indagar al detalle la causa de los accidentes, pronto supimos cómo había sucedido todo.

Antes de la media noche, cuatro o cinco señores jugaban baraja en el cuarto donde dormía el velador de unos viñedos. Sentados alrededor de una pequeña mesa, repartían cartas, apostaban y tomaban aguardiente mientras los ánimos subían y la suerte se paseaba, veleidosa, de sombrero en sombrero. Vasos, monedas, ceniceros, billetes y cartas saturaban el mantel de plástico. En el aire viciado, lleno de sudores rancios y fumatas de tabaco, flotaban las voces del dueto "Las jilguerillas" enredadas en la señal interferente de un radio de baterías, casi desbaratado. La noche era una cavidad en la que temblaba la media luz de un me-

chero de petróleo y entre sotas y reyes, alternaban risas explosivas y pesados silencios que, según los vaivenes de la euforia, surgían o se borraban del centro de la juerga. Luego, en el arrastre de las horas, junto con la embriaguez llegaron la trampa y la burla hasta que la desgracia ancló su garfio en aquella atmósfera de injuria y amenaza.

Uno de los jugadores maldijo encolerizado, sacó una pistola y apartó su silla con violencia. Tres estallidos, bala tras bala, en el pecho del tramposo, disolvieron la francachela en un instante. Sólo quedó un moribundo, reclinado, con los brazos encogidos sobre el mantel y el perfil del rostro aplastando sus barajas.

El dueño del viñedo llegó con el primer rayo del sol y al buscar al velador sólo encontró una confusión de sillas, vasos y cartas y un individuo abatido, inclinado hacia la mesa, como si durmiera. Dio parte a la autoridad y después de las diligencias y los trámites llevaron el cuerpo a la casa de la viuda.

Nosotros veíamos al muerto recostado dentro del ataúd pero como queriéndose salir, en una posición grotesca de piernas y brazos levantados por la rigidez cadavérica. El hombre de la bata blanca movía en vaivenes las articulaciones de codos y rodillas pero al soltarlas, las extremidades regresaban a su posición de tirantez en una escena llena de patetismo pero también de siniestra y fúnebre comicidad. No logró meterlo hasta que de plano le ayudaron a detenerle brazos, piernas y cabeza para cerrar con clavos la tapa de la caja.

Otro muerto de los que vimos, fue cuando salíamos de la escuela en un tropel interminable, luego de haber agotado la primera jornada del turno discontinuo. De pronto corrió el rumor de que

habían matado a un amigo nuestro de nombre Tomás y a quien apodábamos “Machis”.

Eran las doce del día, hora de la salida. El hecho sucedió con la funesta sencillez que suele acompañar a las tragedias. Afuera de la tienda de Arturo, un borracho mostraba una pistola a otro con intenciones de vendérsela. La desgracia latía en las manos de los ebrios y se concretó cuando por accidente escapó una bala que fue a atravesar el pecho de nuestro compañero. Su cuerpo infantil, liviano, cayó bajo el sol del mediodía; quedó como sentado, sobre la banqueta ardiente y con la espalda sangrante recargada en la pared. En esa posición acabó de morir, con la cabeza agachada, los ojos semiabiertos, como si estuviera mirándose la herida, como si hubiera aceptado un regaño con resignación. Así quedó, mirando desde su muerte la mancha roja en su pecho reventado.

Incrédulos nos amontonábamos en torno al cadáver. Sus labios entreabiertos dejaban ver los dientes enrojecidos por la sangre en fuga. No tardó en llegar, delirante, la madre de nuestro yerto amigo; después de verlo así recorrió a todos con la vista obnubilada y preguntó confundida y loca: “¿Por qué mejor no me mataron a mí?”. Quiso abalanzarse sobre su hijo muerto pero unas señoras la detuvieron para luego llevársela. Cuando la retiraban, en su delirio daba voces, trágicamente despeinada, exigiendo ser escuchada en su amarga interrogante: “¿Por qué mejor no me mataron a mí?”.

Así estuvo “Machis” durante unas dos horas, mojando con su sangre el piso candente, rodeado de tantas bocas apagadas por lo inesperado; una bala estúpida se había llevado, además de su risa, nuestras voces azoradas.

Después llegaron unos policías de Aguascalientes, lo subieron en la parte trasera de una

camioneta cerrada y se lo llevaron. Lo regresaron hasta otro día en la noche. Su casa, a un lado de la nuestra, se llenó de flores, de gente y veladoras. Hubo hasta personas desconocidas tomando fotos y anotando en pequeñas libretas los dichos de la gente. Las señoras rezaban hincadas alrededor de la caja cuando uno de sus hermanos mayores, con gesto serio, se abrió paso con timidez, levantó la tapa, lloró en silencio y sacudió sobre la mortaja una botellita de agua de rosas. Adentro, “Machis” dormía para siempre; en su cara lavada se asomaba la sombra indecisa de un bigotillo adolescente.

Ahora mismo, Claudio, después de tantos años me viene a la memoria todo eso. Es cierto, no creo que me lo hayas preguntado pero yo de todos modos he querido platicarlo, quizá para atenuar los abismos ventrales próximos al desaliento de un pasado fugitivo. Te lo cuento en esta mañana fría, cuando la llovizna es un rumor vago detrás de la ventana y las gotas resbalan, no como lágrimas, sino como lo que son, gotas de una llovizna vana surcando en el vidrio un vaho cálido que pretende negar el relente instalado en el traspatio.

Acabo de revivir todo eso aquí, mirando el jardín olvidado de mi casa, donde sólo el naranjo sigue en pie, agobiado por el frío goteo del cielo emplomado. El aire tembloroso, allá arriba, es una nube interminable, cerrada y total que humedece la memoria. Mientras escribo esto, escucho acá adentro los violines de “Madre de corazón atómico”. Pink Floyd rescata el oro viejo de la historia con la placidez de su requinto alargado y los coros

remotos trasponiendo la memoria; yo me remito a la visión onírica del patio conventual con fuente de cantera vieja y arquerías consagradas, aquél que construí en la candidez de mis aspiraciones personales, cuando la evidencia de mi fracaso inicial a los dieciocho años, como maestro en el primer grado.

Un hilillo de sueño me ha empezado a enredar el pensamiento. Adviene un ronroneo arcaico y se mece en el vaivén de cincuenta voces sin sonido. La arena de los ojos obliga la rendición de las pestañas. En realidad este adormecimiento crónico no lo veo como un desorden de mi cuerpo cansado, sino como una bendición porque gracias a él me puedo entregar cuando yo quiera al sueño que redime y libera... creo que voy a dormir un poco.

*L*a barbilla clavada en los límites del pecho, *L*roza la dimensión sedante en la más sutil de las desganas y no sé si sueño en verdad o sólo es el goteo de una remembranza aletargada, quizá por eso me hablo a mí mismo en un soliloquio paliativo, y me hablo de tú para sentirme más mío o más yo en esta introversión brumosa... sí, te dirijo a mí, me hablo a ti para que llegues hasta aquella coincidencia en el taxi, camino de la prepa y plan de clase entre las manos, cuando el chofer indiferente y sin saberlo, te obligaba a escuchar en su estéreo de segunda la "Cumbia de Sadam", interpretada a tropezones de radiograma y chillido interferente, alardeando en festivo testimonio y a toro pasado la amenaza ahora remota y provisionalmente sofocada.

Te acuerdas que adormilado, en trayecto de alquiler y a pesar del ritmo guapachoso, pudiste recordar o soñar o imaginar o descubrir tal vez la incursión arrogante de Hussein, la televisión que detonaba la noticia como misil scud en la pantalla y hacia chorrear el miedo por las canaletas; tal vez recordaste el soslayo espantadizo de Rocío Toledo, quien después de la reunión oficial compraba las verduras del día, con la certeza inocente de que el mundo continuaría, aun después de la “Madre de todas las batallas”. También recordaste a Alfredo Gómez Dávalos, quien en la reunión de oficina anquilosada, entre broma y bruma, con su rostro sagaz y despejado, afirmaba con los ojos en vilo, la ciencia y las noticias en la mano, que “el gas apocalíptico y letal de la guerra química, habrá de llegarnos sin remedio...”

Te pudiste soñar también en el autobús urbano, entre tumbo y tumbo de tus calles apaleadas, las lágrimas del jueves después de los misiles, de las bengalas imaginarias en el cielo nocturno de Kuwait, del miedo colectivo y hasta del mensaje cálido del Salinas ahora denostado.

Sí, apretabas con más fuerza tu lista de asistencia y repasabas la estrategia para que tus alumnos de bachillerato, en medio del fragor de la furia imperialista, entendieran a Aristóteles y sus categorías del ser y lamentabas hasta las lágrimas que las estúpidas alianzas para la conflagración nuclear pudieran acabar con la civilización, con la huella cultural de una humanidad doliente que iba desde el balbuceo cuneiforme hasta el parpadeo soberbio de un cursor en la pantalla; allí mismo donde comenzó hace cuatro mil años, en la Persia vetusta conocida ahora como Irak.

Te acuerdas de todo ello. Del desamparo ontológico escurrido como lágrimas desde los ojos, del sueño con pájaros muertos y tu esposa y tus hijos tomados de la mano y la huida con el hongo radiactivo a sus espaldas... el ruido sordo y la presencia de soldados nazis en la casa lujosa, afrancesada como de Armando Muñoz y de la voz tendenciosa y alarmista del judío Zabłudovsky o la voz sensacionalista y gangosa de la Érika Vexler, batilentes y máscara antigás adentro del refugio, anunciando la inevitable guerra química.

Y no es que sueñes el camión urbano atestado de pasajeros temerosos a quienes les decías con el pensamiento “te amo” aun cuando te empujaran, de que les declarabas ese “te amo” acobardado, sólo por el miedo y el abandono que sentías y ahora, cuando te sabes a salvo y asistido les dices “hijos de puta...” Sí... a pesar del sueño que te rinde a ratos puedes recordar que prometiste estar contento aunque sometido, agradecer el ser a toda costa y en cualquier momento; suplicaste que la hora cero no llegara y el cataclismo universal fuera sólo un fingimiento, un simulacro... Incluso rogaste de rodillas, lejos de la mirada incrédula de tus alumnos, junto a tu cama, de frente al crucifijo que tu madre te heredó para las horas del desahucio... imploraste al Papa, a quien nunca pensaste llamar “santo padre”, esperando que su mortificación virtuosa y ejemplar te rescatara, junto con tu familia, de la amenaza evidente de la nada...

De todo esto te acuerdas; del “nuevo orden mundial” prometido por George Bush cuando mendigaba las alianzas... de la viejita Guadalupe Ramírez de Hope bajando la banqueta, quien al tomarte del brazo te anunciaba el estallido de la guerra y luego tu incredulidad y la imagen piadosa del “san-

to padre” que se desvanecía como tabla salvadora... de Sixto al día siguiente, alardeando el triunfo del Pentágono... de la tarde gris de desamparo, del color pardo, sórdido del desaliento... Víctor, tu colega, en su camioneta nueva pero endeble, límpida pero vulnerable, pensando como tú, en sus hijos, acorralado, confesando el llanto y la sorpresa, mojando con saliva y esperanza sus labios secos y resecaos...

Y después la imagen pérfida y mediática de Tarek Aziz en tu huerto... ¿ya para qué el azadón y el escombro? ¿para qué la limpia y la fogata?... “Soy una semilla, la cual quiere crecer...” tus hijos cantando a lo scout en la fiesta infantil y el “aquella” despreocupado, que analizaba fríamente los alcances del conflicto, hablando alrededor de los leños encendidos... Y al término, otra vez tú en el desamparo y el alivio súbito revisando los exámenes de Filosofía en el escritorio desolado, y otra vez la evidencia del polvo en la cubierta, de los libros que deslizaban silenciosos la gran tribulación... el miedo a la noticia, a las interrupciones del fragor televisivo que mostraba a los pelícanos desconcertados, atónitos, emergiendo del oleaje negro y denso, con las alas chiclosas, rendidas por el crudo espeso que los iraquíes derramaron en el Pérsico, tratando de impedir el desembarco.

Y tus clases de prepa en sábado por la mañana con el ejercicio sobre el imperativo categórico de Kant y el miedo diluido en las preguntas, y tú, cuando a media clase, sentado en el escritorio, te aferraste a la madera para no caerte porque escuchaste de un alumno que “si los árabes entran, esto se va a poner de la chingada...” y luego la salida a la plaza comercial Villasunción, acompañando a los muchachos del grupo “C”, quienes en su adolescencia florecida confesaban el llanto bisoño y es-

condido, su futuro denegado y la esperanza en el patriot, misil salvador preñando el vuelo invisible, incorpóreo de los F-15, aviones que como espectros noctívagos, iniciaron con su mutismo emboscado el bombardeo redentor sobre Bagdad...

La camioneta nueva y su interior, el estéreo de bocinas de aire y bajo escandaloso y tu alumno "El Güero", quien manejaba y se afligía "No profe, ahorita Kant nos vale madre..." y le subía al volumen para escuchar en el corte noticioso el anuncio de un nuevo ataque a Israel con los scud convencionales, sin química ni gases por lo pronto... Y luego, más tarde, Amaya Mori y tú sentados en una banqueta, junto a los rosales, después de la hamburguesa, rodeados del furor escapista y evasivo de tus demás alumnos en la plaza comercial... ella te revelaba su orfandad, te confiaba su angustia por la guerra y el pavor del exterminio, su abatimiento irreversible y el abandono perverso que al final la llevaría a tomarse el diazepam a puños para evadir el desamparo, el suyo y el del mundo entero, y hasta el tuyo en un bárbaro bocado de pastillas que se llevó sus desconsuelos y ultimó la sonrisa quebradiza, náufraga en el fondo de sus veleidades... Amaya... la nota periodística unos días después, la carta póstuma y su muerte insospechada... Y hoy lamentas –¿ya para qué?– no haber podido con su vértigo suicida, no haberla ayudado con la carga de tanto desamparo. Por eso ahora sueñas o recuerdas o maldita sea que te regaló sus personalísimos casettes de Joaquín Sabina y Silvio Rodríguez porque ella "ya no los iba a necesitar" y no puedes creer que el abismo se repita y siga cobrando el tributo existencial... Sí, también tienes presentes sus preguntas en el aula, sus cuestionamientos a los bárbara, celarent, darii, ferio... al modus tollendo to-

llens de las tablas de verdad que en su torbellino personal le parecieron siempre inútiles...

-A ver maestro: Si vivo, entonces muero. No muero, por lo tanto, no vivo. No... pues no entiendo bien...

Y sí; tú bien sabías que los juegos de esa lógica retórica jamás le servirían para paliar tantos desánimos, que el cogito ergo sum no le quitaría nunca sus extravíos ontológicos ni los ahogos propios de la vida, los cuales luego se convirtieron sin remedio en vientos propicios para la muerte voluntaria, en tajante determinación sin concesiones... Tal vez por eso dejó expresamente escrito para ti, su maestro de filosofía:

“Profesor Armando:

No sé por qué no puedo vivir. Los demás me abruman, la vida me desborda y yo misma me rebaso... no me dejo ser... no entiendo, pero estoy segura que encontré la solución total en lo que nos contó de Séneca. ¿Se acuerda?

Saludos... siempre disfruté mucho de sus clases...

Lo estimó su alumna:

A.M.”

Y recuerdas o sueñas también como un paliativo inútil, que no fue menor la noticia de su muerte junto a la nueva del Hussein en fuga dejando un reguero de pozos petroleros incendiados, para más tarde, entre repulsas y blasfemias, tragarse los rescoldos de su propia tierra quemada, ya sin “Madre de todas las batallas”, muriendo sí, pero riendo en su interior porque el nuevo orden prometido del Imperio jamás de los jamases llegaría.

Y después, en las clases subsecuentes –oh gajes de tu oficio– los estudiantes pidiéndote hacer cuadrar, en términos de imperativo categórico, la

decisión de Amaya con la pendencia estúpida, producto de la rabia musulmana y el fingimiento incorregible de los gringos.

Pero, ¿qué de recuerdos o sueños me aturden la cabeza? ¿Qué de agobios advienen, como légamo desde el fondo de una poza en estas somnolencias repetidas?

Cierro los ojos y vuelvo al salón “Olimpo” y su estridencia, donde casi con apremio salí a la lluviecilla de ese julio nocturno y fresco, para tomar un taxi y dejar atrás, junto con los ecos de la fiesta, una generación más de nuestra escuela. ¿Lo recuerdas Claudio? ¿O tal vez debo decirte Amaya? ¿Verónica, Patricia, Luis Adrián u Osvaldo? ¿Quizá Tania, Eduardo, Liliana, Daniel o Wendy? ¿O mejor Elizabeth, Santiago, Emmanuel o Viridiana? Podría decirte Angélica o Mayela, Jessica o Mariana, Rosario o Berenice, quizá Juan Pablo... pero prefiero llamarte Claudio. Y es que en realidad no sé cuántos alumnos tuve en mis cuarenta años de servicio. En ese largo camino me encontré con un tropel dosificado de niños y jóvenes como tú y tú tal vez seas la síntesis de todos.

Pero vuelvo al punto y te cuento. Ya en casa y en mi cama, todavía con el zumbido estereofónico metido en el cerebro, esperaba un descanso confortante. A salvo ya de los brumales de la fiesta, para conciliar el sueño me puse a pensar en lo que me inquirías. Reflexionando en ello me quedé dormido y no sé por qué me llegó otra vez mi pesadilla recurrente, esa que irrumpe sin que yo la espere, en algunas tardes de sudores frontales y estómagos en hueco.

Me sueño entrando en un aula brumosa, donde un grupo de jóvenes atentos, de rostros imprecisos, esperan que yo, con mi estampa de profesor, comience con la clase. Alguien, no sé quién, quizá una autoridad obtusa y gris, me acaba de asignar la confusa tarea de desarrollar con ellos un tema indefinido y por lo mismo, no acierto a saber de cuál se trata. No llevo nada planeado desde luego y ante la espera expectante de los alumnos mi angustia comienza a alojarse en el estómago. La siento también en las piernas y en la garganta. No sé qué hacer, no sé qué decir. Ni siquiera puedo hablar. La espera se alarga y se convierte en inconformidad callada. El brumal del aula enrarece los espacios y propaga sombras de incertidumbres y ansiedades...

Pero, eso dejémoslo para otro momento; no es lo que quiero platicarte ahora. Si no se me confunde la memoria, parece que me preguntaste sobre mis maestros. Así, si me permites deshilar las hebras del enredo, retomo la pulsación que asciende de las infancias apagadas a las pubertades encendidas.

Los tres años de mi secundaria transcurrieron en los embrollos algebraicos y sus misterios escolares, en el nerviosismo cautivante de los concursos de declamación y los exámenes mimeografiados, en las oscuras fórmulas de la química inorgánica y los desfiles con pirámides humanas e insolaciones incluidas, diluyendo la emoción de algún noviazgo en la tarea inútil de trenzar los amarres típicos con alambre de cobre en el taller de electricidad. Tres años vistiendo el uniforme de gabardina color caqui y corbata obligatoria, tres en los que se fundieron al fuego adolescente, los matraces *erlenmeyer*, los corceles malditos de mil *ji-*

netes en el cielo y la lección de *The golden key*, que después me serviría para descifrar la conmovión *beatle* y su turbulento *Let it be* de llegada tardía al Pabellón campesino; tres años en los cuales descubrí la seducción de los versos gracias a la vena amorosa y literaria de Rosa Guerrero, maestra de voz intensa y vocación de juglar.

Era ella una señora ya cercana a los sesenta pero rebosaba energía de adolescencia, mujerona alta y fornida, de tez blanca, pelo cano y corto, rostro grueso y unos anteojos de monja que le daban un aire equivocado de maestra autoritaria.

Unas veces nos hacía soñar con las hazañas del Cid y otras reír intensamente con Don Quijote y el quimérico amor por Dulcinea, lanzado sin reticencias a un batallar esforzado, profiriendo el “non fuyades cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete”.

A veces también nos contagiaba de tristeza, como cuando leía en voz alta, caminando con lentitud por entre las butacas, los versos de Jorge Manrique: “Nuestras vidas son los ríos/ que van a dar a la mar/ que es el morir./ Allá van los señoríos,/ derechos a se acabar/ e consumir.” Los cristales de sus anteojos se empañaban por el vaho de las lágrimas, pero continuaba, vencida tal vez por algún hundimiento anímico como los que solemos padecer nosotros los maestros: “Partimos cuando nacemos, andamos mientras vivimos/ y llegamos al tiempo que fenecemos,/ así que cuando morimos/ descansamos.” Y se le quebrantaba el vigor de la voz hasta dejarnos el ahogo en la epiglotis. En su timbre abatido intuíamos la pulsación de una tristeza subyacente o acaso la melancolía por un anhelo no alcanzado.

*E*n tanto pasa unas hojas de su cuaderno de notas, nos dice desde el escritorio:

—A ver, vamos a necesitar silencio para iniciar. ¿Ya estamos todos atentos? Arturo, Ramsés, Armando... ¿Comenzamos? Bien...

Ahora levanta la vista y nos pregunta con diligencia:

—¿Leyeron lo que les dejé de tarea?

Silencio.

—¿Cómo? ¿Qué no se acordaron... o no tuvieron tiempo o qué...?

Algunos hurgan la mochila y sacan el libro de texto, lo abren y levantan la mano.

—¿Sí, José Luis?

—Trata de Rodrigo Díaz de Vivar, de lo que hizo montado en su caballo, de unos moros que mató con su espada.

—Muy bien... a ver, Camelia, ¿tú qué leíste?

—Que también dejó a sus hijas y a su esposa.

—¿Alguien sabe por qué las dejó?

—Porque el rey lo corrió.

—¿Y cómo se llamaban sus hijas, Arturo?

—Una Doña Elvira... de la otra no me acuerdo.

—¿Alguno de ustedes se acuerda?

—Doña Sol— contesta el Quipín.

—¿Y la esposa?

—Ella se llamaba Doña Jimena y era muy obediente con él.

—Así es. Dice su compañero que era muy obediente ¿alguien sabe por qué?

Silencio.

—¿Nadie?

Yo levanto la mano.

– Porque cuando le dije que la iba a dejar por unos años, ella le obedeció sin decir nada.

– Muy bien, ya ven... sí leyeron. A ver, tú mismo, Armando, léenos por favor la primera estrofa de la página 59.

Yo comienzo a leer con cierta dificultad, haciendo un esfuerzo por pronunciar bien las palabras:

Mio Cid Roy Díaz-por burgos entróve,
en sue compañã-sessaenta pendones,
exien lo ver-mugieres e varones,
burgeses e burgesas-por las finiestras sone;
plorando de los ojos-tanto avien el dolore.
De las sus bocas-todos dizían una razón:
“Dios, ¡qué buen vassallo-si oviesse buen
señore!”

–Bueno, ahora explícanos lo que leíste.

–Mmmm... no le entendí bien.

–Pues como ustedes han escuchado, suena a lengua extraña, en cierto modo parecida al español que nosotros hablamos... En aquellos años, nuestro idioma apenas se estaba formando y todavía no se hablaba como ahora lo hacemos. ¿Qué palabras les parecen raras?

–¡Entróve! ¡sessaenta! ¡burgeses! ¡finiestras!

–contestamos cada cual y sin orden alguno.

–¿Y cuáles sí reconocen?

–¡Mugieres! ¡Varones! ¡Dios! ¡Bocas! ¡Dizían!

–respondemos de igual forma.

–Muy bien, muy bien, ahora vamos a tratar de traducir su contenido...

Y nos explica todo con paciencia y seguridad. Se ve que sabe mucho pero sobre todo demuestra que le gusta enseñar y disfruta ser maestra.

Luego nos narra la historia del Mío Cid como si fuera un cuento y nosotros nos divertimos a lo grande. Con los ojos muy abiertos la vemos ir de un lado a otro, unas veces reclama y señala con el dedo índice a algún personaje imaginario y otras levanta su mano como si empuñara una espada. Nos habla del Destierro, de las Bodas y de la dramática Afrenta de Corpes en el legendario robledal, al mismo tiempo que los vive.

Mientras nos relata, se pone de espaldas contra el planisferio que cuelga a un lado del pizarrón y finge ocultarse de un adversario, luego sale del salón y se asoma hacia adentro por una de las ventilas, igual que si estuviera espionando al enemigo en un campo de batalla. Más adelante se agazapa debajo del escritorio, para mostrarnos cómo se escondieron los infantes de Carrión cuando escapó un león cerca de donde ellos descansaban. Imita primero sus caras de susto y nosotros reímos como si estuviéramos en un teatro. Luego se incorpora muy seria... y ya es el Cid. Hace el ademán de sujetar con serenidad a un león y llevarlo de nuevo a su jaula tomado por la melena. Se le empañan los anteojos por la emoción y se los quita para limpiarlos con una esquina de su blusa.

Ahora va desde el pizarrón hasta el fondo del salón con los ojos fijos en la página que nos lee en voz alta. Camina con el libro entreabierto en una mano y con la otra, simula agarrar la rienda de Babieca, como si fuera el escudero del gran Rodrigo.

Suena el timbre.

-Bueno, pues se terminó el tiempo...

-¡No! ¡No! ¡Sígale!

-No, por ahora hasta aquí le dejamos... Ya va a llegar el otro maestro...

-¡No! ¡No! ¡Usted sígale, aunque no tengamos Química!

-¿Quieren saber en qué termina?

-¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

-Muy bien, pues de tarea van a leer el resto del capítulo.

-¡Ahhhh...!

En el estallido jovial del día del estudiante, nuestros maestros nos llevaban de excursión al “Vivero Piscícola” de Pabellón de Hidalgo. Nos íbamos en autobuses y camiones de redilas; gritando y cantando abríamos la mañana del mayo abrasador con tonadillas inocentes como “El chófer tiene una hermana,/ el chófer tiene una hermana,/ el chófer tiene una hermana/y no se la quiere pasar.” O la de “Lindo pescadito/ que estás en la fuente/, chinguen a su madre/ todos los de enfrente.”

Al llegar nos bajábamos en tumulto y mientras los maestros acomodaban los avíos, nosotros, imprudentes, en aventones deliberados, con la ropa puesta y a pesar de la prohibición de los vigilantes, nos lanzábamos a los estanques parecidos a grandes albercas, donde florecían los lirios y los cardúmenes de tilapia en el esmero del cultivo. Después, en el retozo juvenil de la cascarita futbolera, aire y sol secaban nuestras prendas dejando en sus fibras hedores de musgo y fetidez de trópico. Luego, en el refrigerio compartido de sándwich y agua de naranja, unos bajo las palapas y otros a la sombra de las casuarinas, entonábamos los aires del “Alma llanera” infundidos de la alegría guitarrera de Óscar Malo Flores, profesor joven y radiante que antes de ilustrarnos con pentagramas y

solfeos, nos enseñó en la primera clase cómo hacer un impecable nudo a la corbata.

En otra ocasión, tal vez para evitarse sobresaltos, los profesores decidieron festejarnos con un concurso de disfraces. Fue una idea brillante pues produjo tal expectación entre el estudiantado que el número de participantes rebasó el cálculo inicial y hubo que sacarlo hacia la comunidad a manera de desfile. Ahí íbamos, con la frescura matinal recorriendo la gran calle que atraviesa todo el pueblo, desde el edificio de la secundaria hasta el otro extremo en la salida a Los Corrales. La gente aplaudía al paso de hadas, bomberos, calaveras, superhéroes, soldados, pordioseros... Especialmente ovacionaron a mi amigo José Luis Muñoz, quien ideó un admirable disfraz de espantapájaros, el cual le valió un meritorio segundo lugar. Pero el primero fue el más sorprendente: un grupo de piratas en su propio barco. Cinco o seis compañeros unieron ingenio y creatividad para construirlo en un remolque, con proa y popa, casquete, velas, canasta de vigía y mástil rematado con bandera negra y calavera. Iba navegando por la calle Plutarco Elías Calles, “con diez cañones por banda, / viento en popa a toda vela”, tripulado por cinco o seis piratas de sable y parche en el ojo, pata de palo y cofre de tesoro, arcabuz, mano de gancho y catalejo... uno de ellos, con un perico que sólo él supo cómo lo pudo mantener en su hombro durante todo el desfile... y lo más atractivo tal vez para nuestra edad de trece años: todos fumando sendos habanos sin el menor recato, con rostro altivo y echando humo y humo hacia los cuatro puntos cardinales. Por supuesto los estudiantes teníamos prohibido fumar delante de los maestros, so pena de expulsión fulminante, pero estos malandrines tuvieron la osadía de fu-

mar en las propias barbas de sus papás, y lo más increíble, del director del plantel, que era uno de los jueces, gracias al pícaro y astuto pretexto de estar participando en un concurso de disfraces. La unanimidad fue absoluta: el público a lo largo de la calle, jueces y maestros, los nominaron triunfadores con una ovación sostenida.

El intrascendente papelero que era yo, pasó desapercibido: unas pecas en el rostro, un cucurucho de periódico a la cabeza y algunos diarios viejos bajo el brazo. No puedo justificar mi disfraz insípido con la falta de recursos, pues en realidad sólo fue la ausencia total de esa chispa inasible que enciende la inventiva.

Así era en sus inicios la celebración del día del estudiante. Por desgracia fue degenerando poco a poco y después en todo el país llegó a convertirse en una jornada de anarquía, explicable sólo si se acredita como una secuela, como una reacción lógica de indignación y rabia por la alevosa y rastrea cuchillada que recibieron cientos de estudiantes el 2 de octubre en Tlatelolco.

En la ciudad de Aguascalientes, el día 23 de mayo, apenas comenzaba la mañana, oleadas de alumnos de diversas instituciones tomaban las calles para realizar los más disparatados atropellos: secuestro de autobuses, saqueo de comercios, irrupción en salas de cine, ocupación desordenada de balnearios, asedio irresponsable de transeúntes y hasta riñas entre bandas, todo ello con el justificante inadmisibles de ser estudiante y estar festejando su día. En un lapso de tres o cuatro años, el ojo avizor de las autoridades, de los maestros y de los propios padres de familia, detuvo todo y los estudiantes comprendieron que su conducta evidenciaba el signo agravado de la incongruencia total.

Bien sé, tolerante Claudio, que al hablarte de todo esto corro el riesgo de acabar con tu paciencia, metido como estoy en los huecos dominios de lo insulso. Es cierto, ¿a quién le puede importar un pueril desfile de disfraces en un pueblo nacido a partir de un campamento improvisado, confundido en la geografía semidesértica de uno de los estados más pequeños de la Patria? ¿A quién una historia de tren y muladar, de alcoholismos y humos caligráficos, si hay otros que pueden contar verdaderas gestas de asombro y heroísmo? Pero, permíteme asomar una disculpa apoyándome en lo declarado por Acuña al vaciar en verso su amor-atado corazón: “Mas, como pensaba yo entre la paredes/ de mi cuarto sombrío,/ ¿qué les importa a ustedes/ que mi amada me niegue sus mercedes,/ ni que yo tenga el corazón vacío?/ Pues mi vida vegeta en la tristeza/ y el yugo del dolor ya no soporta,/ caeré de referirlo en la simpleza/ para que alguien me diga en su franqueza:/ si viera usted que a mí nada me importa...”

Pero, Claudio benévolo, ¿no son las letras, una a una, las que llevan el envío poético hasta el corazón de quien lo asume? ¿No es por ventura, la oquedad, como ha dicho Lao-Tsé, lo que hace de la vasija un utensilio? ¿No tiene cada hoja su sitio, un sitio único en la fronda de los eternos ahuehuetes? ¿No suben y bajan las hormigas con su inocente andar y en el más ignorado silencio, las cordilleras repartidas en las curvaturas planetarias? ¿Acaso los gránulos de polvo cósmico no viajan también, errabundos, junto a las estrellas apiñadas en cúmulos globulares? ¿Por qué no escuchar entonces la historia incolora de un profesor rural que creció desde su infancia en el entorno sagrado de la escuela y aprendió a amar los libros como se ama a los padres o a los hijos?

Ya que hablo de libros... en tu legajo de preguntas hay una en la que inquieres acerca de mi gusto por la lectura. La respuesta es simple: mi madre fue siempre una gran lectora.

Aunque no había una sola biblioteca pública en aquellos años del Pabellón somnoliento y terregoso, ella se las ingeniaba para tener acceso a materiales de lectura. En los viajes esporádicos que hacía a la ciudad de Aguascalientes en compañía de mi padre, compraba *Life* en español, revista ilustrada con enormes instantáneas en blanco y negro donde se apreciaban momentos históricos representativos: Fidel Castro entrando triunfal a la Habana y en su sonrisa un puro gigantesco; la secuencia fotográfica en que John F. Kennedy se derrumba en el asiento trasero de su automóvil, hacia Jacqueline, descascarado el cráneo; Jack Ruby disparando a un Lee Harvey Oswald de rostro ya descompuesto, tocado por la muerte; los Beatles, muy jóvenes, radiantes y espontáneos, cantando en una piscina de Miami; la bota espacial y agreste de Edwin Aldrin estampando los surcos de su huella en el polvo lunar; una niña oriental desnuda, corriendo con los brazos en cruz, huyendo horrorizada del infierno del napalm...

Compraba también las Selecciones del *Reader's Digest* y las leía y releía en los ratos que le dejaban sus labores de costura. Después imaginaba para sí, entre hilvanes y pespuntos, una vida distinta en la ensoñación americana. No ocultaba su admiración por los bailes "a go-go", el estupor ante la crisis de los misiles, su conmoción por los asesi-

natos de los Kennedy y la simpatía por la personalidad grandilocuente y ególatra de Cassius Clay.

Algún día llegó a sus manos un ejemplar único de la revista *Vanidades*; contenía, entre consejos de belleza y atuendos de moda, una novela rosa, breve, de su tocaya Corín Tellado y al leerla y releerla, advirtió en el rincón de una página el anuncio de una institución que ofrecía estudios por correspondencia. Ella, que sólo había llegado al 6° grado en la primaria “Benito Juárez” con el profesor Cipriano, se entusiasmó y pagó con sus labores de costura el curso de enfermería ofrecido por la *Benfel School* de Miami. Además presionó a mi padre, entonces albañil, para que tomara uno de técnico en construcción, también por correspondencia, en una escuela de cuyo nombre sólo recuerdo una palabra: *Portland*.

Mi madre alternaba sus lecciones con la escoba, la cocina o los pañales y las culminó con éxito. Un buen día llegó el cartero hasta la casa; como siempre, recargó su bicicleta en una columna del porche, llamó con su silbato y de su portafolios de cuero viejo, repleto de cartas, folletos y tarjetas postales, sacó, ya no el sobre amarillo con la lección de cada semana, sino una carpeta azul marino, acojinada y elegante, que contenía el diploma formal con fotografía, membrete apergaminado y sello lacre como aval de los estudios terminados. En él se leía el nombre de mi madre, escrito con letra gótica y a tinta china.

El otro estudiante, mi padre, nunca terminó su curso; él tenía otras prioridades: la “tomada”, la parranda, los amigos... De su intento sólo quedaron por ahí, desperdigadas en su buró o en la pijamera, algunas lecciones donde se veían trazos técnicos de muros, ladrillos delineados, medidas

de pilastras y proporciones matemáticas para calles y cementos.

Por su condición de madre llena de hijos y de esposa avasallada, nunca concretó la ilusión de ejercer como enfermera en el hospital de campo recién construido en Pabellón, allá junto a Los Viveiros, sin embargo no le faltó oportunidad de poner en práctica sus conocimientos curando a los seis pequeños demonios que ella miraba como ángeles y a quienes nunca faltó raspón o quemadura, ampolla o descalabrada, fiebre persistente o tos con flemas... si hasta en dos ocasiones tuvo que entablillarle a mi hermano mayor, una fractura en plena calle, en el polvoriento fragor del juego de fútbol al mediodía...

O bien, cuando en el patio de mi escuela, donde abundaban los eucaliptos y los pinabetes, subí hasta la copa de uno de ellos y en el descuido resbalé para quedar colgando, no con las manos, sino con el maxilar inferior ensartado en el pico fibroso de una rama mutilada. A pesar de que me quedaron pendiendo brazos y piernas, nunca supe cómo me desenganché. Bajé como un mono y emprendí la carrera con el cuello sangrante y la camisa encharcada hasta llegar a mi casa. Al verme así, mi madre gritó aterrada, pero lejos del desmayo, activó su frialdad de enfermera, pidió su botiquín y lavó con agua oxigenada la desgarradura para aplicar después el infernal merthiolate y dos vendoretas de tela adhesiva que clausuraron el alarmante desangrío. Ya con la calma recuperada, ahora sí vino su llanto, después el reclamo y por último la temible “monda”... así le decía ella a los cuatro o cinco cintarazos cruzados en las piernas, seguidos de mi llanto escandaloso.

–¡Ay! ¡No mamacita, no, no! ¡Me duele mucho, mucho...! –berreaba yo sobándome las piernas con fingido dramatismo.

–¡Qué bueno! ¡Cuánto me alegro! –nos decía estoica al guardar el cinto en un rincón de su ropero.

No le faltó tampoco ejercitación constante en el paciente habitual que fue mi padre, cuando después de los períodos de dos o tres semanas perdido en sus alcohólicos extravíos, regresaba a casa, flagelado por la debilidad y con el estrago en la mirada. Entonces, mi madre le aplicaba, de día y de noche, gota a gota, los sueros interminables o las dosis inyectadas de la vitamina salvadora llamada *Dextrevit*.

El médico del pueblo a quien todos conocíamos como el Doctor Murillo, era un hombre joven, de tez blanca y ojillos de rendija; siempre con su bata impecable, sacudía el termómetro para bajar el mercurio y tomaba el pulso mirando el segundo en su reloj de extensible dorado. De tanto y tanto, ya no quiso recibir en consulta a mi padre y sólo le mandaba la receta con mi madre.

–Tu marido no escarmienta –le decía–. Tú misma atiéndelo. Ponle por tres días el suero y la vitamina. El *Dextrevit* es tan milagroso que puede abrirle los ojos a un cadáver –agregaba–.

Fue tal la práctica adquirida por mi madre en el mundillo de las agujas hipodérmicas, que de las calles aledañas llegaban a buscarla para que inyectara a algún enfermo o le aplicara un suero, desde luego con un pago mínimo, el cual en varias ocasiones llegó a paliar la economía de la casa. Por ello, era común ver la cajita alargada de acero inoxidable en la flama de la estufa, hirviendo a un lado de la cazuela de la sopa o de la olla de frijoles,

siempre al punto para que el aguijón estuviera listo en el momento necesario. Y es que la instrucción del Doctor Murillo era muy precisa: había que esterilizar a fuego directo y en cada ocasión jeringa, émbolo y agujas para evitar algún contagio.

Yo la acompañaba siempre, sí, por voluntad propia, pero más aún porque ese era el mandato de mi padre, quien desconfiado como león-que-cree-que-todos-son-de-su-condición, le había indicado que allá donde la llamaran, yo debía ir con ella. Y así íbamos, madre e hijo, tomados de la mano, ya fuera de tarde o de noche y a veces de madrugada. Yo llevaba el paquete de algodón y la botellita de alcohol y mi madre la cajita de acero inoxidable. A mis ocho años, me sentía orgulloso de contribuir al alivio del dolor ajeno.

Camino a la casa del paciente, yo solía decirle:

—¿Verdad mamá, que vamos a salvar una vida?

En fin, volviendo a la gran lectora que fue mi madre, también era común ver en su buró libros de higiene y anatomía en ediciones sencillas. Recuerdo un ejemplar de *El médico en casa* o el *Manual de botánica medicinal*, además de *El gran libro de la salud* o el *Diccionario médico familiar*, editados ambos por *Reader's Digest* y uno más, cuyo título he olvidado, en el que se ponderaban las propiedades curativas del ajo, el limón y la cebolla. Poco a poco fue ampliando su mundo de lectora porque, de repente aparecían más libros, ya en la cabecera de su cama, en la mesita de la cocina o en su máquina de coser. Llegó el momento en que tuvo que mandar hacer un pequeño librero con el tío Federico —quien además de buen cantor fue carpintero— para que no se amontonaran en el buró o anduvieran desperdigados por la casa.

Me gustaba uno que le regaló el padre Gertrudis. Se titulaba *Les insectes* de un tal Louis Figuier, editado en París en 1875, con encuadernación de lujo, cantos dorados y pastas color tinto. Nunca lo pude leer porque estaba en francés pero disfrutaba mucho los grabados de sabor científico donde se retrataban al más minucioso detalle, mariposas y zancudos, abejas y campamochas, escarabajos y libélulas.

O el *Farm and ranch spanish* que un chofer que llevaba leche a la “Nestlé” le regaló a mi padre cuando supo que mi hermano mayor y yo cursábamos la secundaria y llevábamos el inglés como materia. Era un libro de edición muy rústica, cuyas páginas estaban impresas en papel de estraza. Contenía una versión bilingüe de diálogos entre campesinos norteamericanos y mexicanos en torno al cultivo de hortalizas y al cuidado de gallinas y borregos.

Hubo algunos que no supe cómo llegaron, como el *De paraíso perdido a paraíso recobrado*, libro editado por la Watch Tower de los Testigos de Jehová, de pastas duras color naranja y letras doradas, con una ilustración frontal en relieve donde se apreciaban dos arcángeles expulsando con espadas de fuego a una agobiada y afligida pareja original. A mis once años leía atónito los pasajes bíblicos ilustrados con dibujos de multitudes huyendo horrorizadas de terribles cataclismos, ocasionados no por la furia de la naturaleza sino por un Dios que sancionaba las culpas hacinadas en el corazón del hombre, o bien, las escenas luminosas donde las familias de corazón limpio recibían, glorificadas, el edén y la luz como premio a una vida plena de virtudes. De haber sabido el padre Gertrudis que en casa leíamos ese libro, habría lle-

gado con una espada de fuego, acompañado de dos arcángeles, del sacristán y hasta de Don Pedro, el cantor de la iglesia, para expulsarnos de su grey.

Pero tal vez el más sobrecogedor de todos los libros que tenía mi madre fue uno editado en 1897, un volumen de pastas color verde seco, oscuro y añejo, con un pegote en el lomo, rojizo y gastado, donde se leía: *Narraciones del infinito. Camilo Flammarion.*

En sus primeras páginas ofrecía develar los misterios del universo, de la vida, de la muerte y de lo eterno. Aunque yo lo hojeaba a veces, no entendía bien las cuestiones cósmicas que el autor planteaba –distancias astronómicas, esferas celestes y tiempos infinitos– mediante extraños diálogos sostenidos por dos personajes de nombre Lumen y Quaerens. Sin embargo, yo sabía que era un libro muy importante porque cuando mi madre lo leía fijaba sus ojos en las páginas amarillentas con una clara expresión de secreto revelado.

Uno más fue aquél de *La vida privada y pública de Sócrates*, de René Kraus. Yo lo repasaba con curiosidad porque hablaba de un hombre que, hasta donde entendía, había sido condenado a tomar veneno sólo por defender sus creencias; un hombre que se paseaba por las calles envuelto en una túnica y enseñando frases que yo subrayé asombrado: “Conócete a ti mismo” y “Paz no es deponer las armas; paz es la tranquilidad del espíritu”. Lástima... ese libro tuvo un final indigno del gran filósofo, más aún, un final que ahora, a la distancia, he llegado a considerar hasta sacrílego.

En cierta ocasión llegó de visita a nuestra humilde casa en Pabellón de Arteaga un tío, primo hermano de mi padre; hacía algunos años había peleado en la guerra que los Estados Unidos

sostuvieron contra Corea del Norte, entre 1950 y 1953. Venía acompañado de su esposa oriental, una mujer menudita pero bella y simpática, de piel incolora y melenilla negra; bajo el lacio tupé, unos ojos como dos semillas de melón, encendidos de risa y amorosa admiración por aquel campesino que a los veintidós años, doblegado por la pobreza y confundido por los dólares, soltó el arado para empuñar una ametralladora M-60, sin ideología ninguna y en nombre de un país ajeno. Enrolado en el ejército norteamericano defendió la causa de Corea del Sur; como tantos soldados latinos peleó más por la necesidad y la aventura que por una causa definida.

Residente ya en los Estados Unidos, el tío Gregorio había llegado a Aguascalientes a visitar a la parentela en dispersión. Era alto, de rostro quemado, cuerpo musculoso y ojos de almíbar. En plena frente lucía el tatuaje de un nopal con pequeños puntos rojos como tunas.

–Para que nunca se me olvide que, como mis padres, soy mexicano de raíz y penca– me respondió cuando le pregunté por qué le habían hecho ese dibujo en la cara.

Ahora, diez años después, regresaba a Pabellón a contar sin alardes inútiles, sus lances en medio de la metralla, a confesar sus sobresaltos por la sangre y la muerte que encontraba y esquivaba a cada paso. Así, abrazando a su coreana y traduciéndole nuestras preguntas asombradas, nos habló de tanques y estallidos, de enemigos, de campamentos y maniobras de guerra.

Permanecieron en la casa dos días, tiempo suficiente para la merma en el librero de mi madre.

Unos meses atrás mi padre había instalado en el patio un boiler que era necesario atizar para

evitar el baño con agua fría. Mi madre juntaba en una esquina algunos palos y astillas, precisamente para quemarlos y garantizar así el agua caliente.

El tío combatiente iba a tomar un baño, por lo que encendió el boiler y avivó el fuego con los pocos leños de la esquina, sin embargo no bastaron para calentar el agua y buscó algo más para quemar. Asomó al depósito del w.c. y vio sobre él, además de unos recortes de periódico, un libro. Con la simplicidad de la ignorancia aunada a la indolencia, sus manos de recluta y campesino fueron metiendo a la boca del boiler, primero los trozos de periódico que usábamos a falta de papel higiénico, para continuar después, hoja por hoja, con *La vida privada y pública de Sócrates* hasta llegar al colofón y la contraportada. Con ese combustible filosófico alimentó el fuego y dejó el agua a punto, pero acabaron en ceniza la visita al oráculo, las prédicas en el gimnasio, el “Sólo sé que no sé nada”, la ingestión de la cicuta...

Es cierto, la quema no fue producto de un escrutinio a la manera de curas y barberos, sino consecuencia de la más clara ingenuidad pragmática... pero mientras haya sido eso, el daño, el entuerto, el sacrilegio puede remediarse. Por desgracia no ha sido así en otros episodios, esos sí, aberrantes, que siempre han punzado en nuestra historia, donde por apasionamientos estúpidos se han hecho con libros, piras gigantescas. Quién no recuerda a los esbirros del fascismo en Isla Negra, quienes en la dimensión típica de la estulticia, quisieron carbonizar las odas inmortales o el *Confieso que he vivido* de Neruda y no hicieron sino darles mayores refulgencias. O el triste pasaje del evangelizador Fray Diego de Landa, quien con el rostro descompuesto por los demonios del fanatismo y la

superstición, levantó una hoguera con cientos de amates mayas, henchidos de glifos y pictogramas, de mensajes, registros y preceptos que, esos sí, se perdieron para siempre. O los episodios de nuestro México, donde turbas de padres de familia, arengados por sectarios y fanáticos, han atentado contra el libro de texto, calcinando a fuego abierto el afán científico de la educación sexual para los niños.

Y mejor no hablar de los pergaminos que como Hipatia, ardieron en la mítica biblioteca de Alejandría, no vaya a ser que el tío Gregorio salga de la tumba con todas sus insignias militares para reclamarme airado: “¿Y por qué tanta perorata a mis costillas? ¿Por qué tengo yo qué cargar culpas ajenas, si mi único pecado fue necesitar agua caliente para mi ducha de todos los días?”.

Debes saber, apreciable Claudio, que la mayoría de los libros tienen al menos tres historias: una, la que está lejos del alcance del autor, el viaje del libro de mano en mano, el itinerario que punto por punto cubre de una caja liada con cinchos a una librería, a una biblioteca escolar, a un librero de casa, a un café, a una mochila, a un pupitre, a una banca del jardín, a las manos del lector que lo hace suyo; es la historia de quien lo compra, lo lee, lo regala, lo presta, lo vende, lo abandona, lo tira, lo olvida, lo roba, lo rompe, lo disfruta, lo maldice, lo sufre, lo conserva o lo quema en un boiler para calentar el agua... Hay libros que mueren sepultados en una bodega, ajados de humedad o comidos de ratones, otros son condenados al polvo en un librero recóndito, aun

en bibliotecas, donde sus páginas sin uso seguirán siendo nuevas pero al mismo tiempo viejas; unos serán sólo decoración en salas soflameras, otros de compra obligada y esporádica consulta y unos más, adorno bajo el brazo o utilería sobre la mesa de una sala de espera. Es cierto, también habrá los desgajados a fuerza de abrirse y volver a ser abiertos en tareas escolares, los de tapa maltratada y deslucida, de hojas manoseadas y grasientas, con subrayados obsesivos y anotaciones en el margen, los agrupados en acervos de donación, los catalogados en fondos o los condenados a languidecer en las librerías de viejo. Están los abiertos con dedos enfermizos por el enamorado o el deprimido, quienes quieren encontrar en algunas líneas escondidas el bálsamo para tantas languideces y por qué no, están también los mutilados por mano anónima.

La segunda historia de un libro es la del autor que lo gesta a cada línea, del autor-persona que lo sufre y lo disfruta en la espesura de los párrafos, estallando en fiesta la floresta de palabras o replegando su apetencia en una atmósfera de sombras hasta abrir la garganta y vaciar sus infortunios; la del escritor que se levanta del asiento, y se desprende del teclado o de la pluma para hacer una pausa antes de seguir urdiendo la gracia o la desgracia en cada uno de sus personajes, después toma café y se mesa los cabellos o se restriega los ojos y al mismo tiempo maldice a los fantasmas de la noche; el que solloza o ríe o se angustia o blasfema o clama o padece o disimula o abomina, mientras enlaza, liga y enreda, letra por letra, una patraña...

Y por último la historia que en sí mismos nos comparten mientras corremos nuestra sed

sobre sus páginas, la del mundo inaudito abierto como alas, la de los personajes que desdeñan o imploran, acatan o amenazan, la de los figurantes que rezan o maldicen, reflexionan o alucinan; la de una trama insólita o insípida rebotada de una página a la otra, que regresa y avanza ante el atisbo expectante o somnoliento de unos ojos, o por qué no, también la de una abstracción avara que a punta de pico y silogismo pretende reventar la nuez del pensamiento, o bien, la del asunto y artificio que nos hará volver, después de años, a transitar de nuevo por sus páginas, ya con otra visión del mundo para encontrar en él esencias renovadas, invisibles en la primera lectura, o bien, ocultas a la chispa del discernimiento...

Alguna de ellas será tal vez, Claudio, la que a este atado de hojas corresponda.

Al término de la secundaria, para quienes llevábamos en la entraña el deseo de seguir estudiando, el horizonte se convertía en una insalvable pared del tamaño del frontón que se levantaba por encima de todas las aulas en nuestra escuela “José Ángel Ceniceros”, así que el paso obligado para continuar avanzando era el destierro. De quedarse ahí, la alternativa sería, en el mejor de los casos, ocuparse como ayudante del panadero o trabajar en alguna tortillería; si esto no, entonces marchar como peón al corte del frijol o de plano agarrar la yunta como el más arraigado jornalero. Las opciones no eran muchas para quienes vivíamos en el Pabellón de abajo: el Instituto Tecnológico Regional de Aguascalientes, la normal rural

“Matías Ramos Santos” de San Marcos, Zac., o la normal de Ciudad Guzmán, Jal.

Claro, para los de arriba, los de caudal, estaban Chapingo, el Politécnico o la UNAM, pero para todos por parejo lo único seguro era el exilio.

Ante ese panorama, mi madre decidió que nos mudaríamos a la ciudad de Aguascalientes para intentar siquiera mi ingreso al Tecnológico.

Aún llevo en mi memoria la noche de agosto de 1971, incierta y aciaga cuando, acomodados en un enorme camión de redilas que hacía de mudanza, entre macetas, colchones, cacerolas, un par de roperos y el librero infaltable, mi madre y yo compartíamos en silencio nuestras lágrimas; las mías por un destierro infantil inaceptable, por la lejanía en que quedaban mis amigos, la casa donde nació, mi escuela, los juegos de domingo... Las de ella eran por su nostalgia de cuarenta años de niña, de esposa y madre, cuarenta años desmayados en medio de ausencias y sueños inconclusos en la oscuridad de aquel Pabellón todavía rural. Ambos llorábamos de incertidumbre y conmoción mientras entrábamos, después del destierro, a una nueva noche, a la noche citadina todavía desconocida.

Llegamos a una casa lóbrega de piezas continuadas y un alargado patio lateral, ubicada en la calle de los Ángeles, junto al panteón de La Cruz; una casa rentada, de paredes abatidas por el salitre, donde, derrumbado en un colchón junto a mis hermanos, en una noche de abandono y velas encendidas, a mis trece años, pensé que había comenzado a morir.

Las habitaciones tenían un olor desconocido, a una humedad extraña que después supe, era el vaho del desamparo; aunado a ello el humo de las velas como una amarga emanación de lan-

guidez y desarraigo. Al fondo del patio había un pozo colmado de basura y un cuarto destechado; ahí, sobre sus escombros absurdos y distantes, me sentaba a lagrimear mis aflicciones infantiles.

Por varias noches lloré mi casa campesina, extrañé “el muladar” y a mis amigos, los domingos de fiesta en la tienda de Arturo... Sólo la convicción de mi madre, su idea de un renacimiento familiar y mi deseo de ser algo más en esta vida miserable, atenuaban el sofoco de la desventura.

Sin embargo no morí ni el mundo se desplomó. Sucedió lo que era de esperarse aunque yo no lo supiera: encontré nuevos amigos, nuevas calles y con ellos el gozo adolescente de mis días renacidos. Dejé de escuchar a Javier Solís y a Leo Dan para descubrir ahora a los Beatles y a The Shocking Blue. La doctrina de los sábados se había quedado en Pabellón y ahora, al inicio del *boom* de los 70, eran obligatorios el pelo largo y la música en inglés.

El incentivo del estudio acabó de liquidar mis gimoteos y pronto me vi, radiante, presentando examen de admisión en el Tecnológico. Nada fue más frustrante. Todo valió siete chingadas. Las raíces cúbicas y las cotangentes se me embrollaron en el cerebelo, las configuraciones electrónicas se confundieron con hipotenusas y aldehídos... todo se volvió una madeja sin hebra ni punta. El ingeniero en potencia regresó a casa con la cabeza baja y un pesimismo tal que acabó de desplomar las ilusiones de mi madre. Así, no hubo más remedio que trabajar de canastero en el mercado y al mismo tiempo buscar como bálsamo, algo parecido al estudio.

Ingresé a la academia comercial del Instituto de la Juventud, al que la oficialidad llamaba “Injuve”. Mis aspiraciones de ser médico o ingeniero se

hundieron al nivel de auxiliar de contador, carrera corta que me vi obligado a tolerar. A pesar de escuchar en la “Desiderata” lo de “mantén el interés en tu propia carrera por humilde que sea,/ ella es un verdadero tesoro en el fortuito cambiar de los tiempos”, no me resignaba a lidiar con el caja-banco-clientes-deudores en la materia de Contabilidad o con la remisión de facturas y solicitudes de cotización en la de Documentos mercantiles.

Donde sí puse interés y aprendí, porque me parecieron una novedad interesante, fue en la Taquigrafía y sus garabatos inusuales, así como en la Mecanografía que obligaba la escritura al tacto en máquina *Olivetti*, repitiendo sobre el teclado y como letanía sin fin, el “asdfg-ñlkjh” o el “qwertyuiy”.

De todos modos, en ese plantel, que más que escuela era un parque deportivo, casi todo mi tiempo se volvió fútbol en el embrujo de una cancha empastada y porterías con redes, casi todo natación en la alberca de aguas límpidas o fisiculturismo en el gimnasio con ring para box y pera loca. Claro, al final del ciclo mi rendimiento fue muy bajo y el asesor del grupo, mi maestro de Mecanografía, solicitó hablar con mis papás.

–Este es mi domicilio. Allá quiero hablar con ellos– me dijo.

*Es de noche. Mi madre y yo caminamos
bajo la densidad de una llovizna incierta.
Las gotas caen como hilvanes de un ámbar vidrioso
en los faroles de la calle Galeana. Buscamos des-
alentados la casa de mi maestro de Mecanografía*

por una razón que va más allá de lo que nosotros intuimos. Vamos tensos, desconfiados, como si la calle agorera escondiera un destino al final de aquella oscuridad. Tocamos una puerta y no abre nadie. Llamamos a otra y tampoco. Sólo sentimos la lluvia como raudal de astillas líquidas en el frío de nuestro mutuo desconcierto.

–¿No te daría mal el número? –me dice mi madre con un tono de ya no seguir buscando.

–No. Debe estar bien. Él mismo lo anotó –contesto con un sentimiento implícito de culpa.

–Pues con esta lluviecita y un error, la casa puede ser cualquiera –responde disfrazando un reproche por mi falta.

Perdidos en la calle vacía caminamos ya sin ninguna certidumbre, el domicilio es confuso y la noche de lluvia testaruda, aunada al tráfico inflamado, hacen de la casa un espejismo.

Pasamos algunas puertas más y tocamos allí donde el barrunto más débil todavía nos alienta. Un postigo se abre y al fin se asoma un rostro conocido.

–¡Ah, eres tú campeón! ¡Pasen! ¡Qué bueno que vienen! ¡Pasen! ¡No se mojen! –dice el maestro de Mecanografía, franqueándonos el paso.

Mi madre y yo entramos a una pequeña sala iluminada a medias. Huele a humedad pero no de lluvia sino a humedad de casa vieja. Un gato blanco de cola y orejas negras nos observa por instantes y luego trepa con sigilo a una mecedora. El profesor atraviesa la sala con la destreza que le han dado los años. Apoyado en las muletas y en medio de un ruido metálico, arrastra sus piernas aprisionadas por las varillas que las mantienen rectas. Las muletas no llegan a las axilas, más bien se aferran como grilletes en los antebrazos. Llega hasta un sillón y se acomoda con cierta dificultad, hace a un lado los

metales y entonces detiene sus ojos saltones en nosotros. El maestro emana amabilidad en su aspecto amulatado de pelo rizado y nariz ruda, el mismo que vi tantas veces en mi clase de Mecanografía.

—¿Pero qué hacen allí? ¡Siéntense por favor!

Buscamos con timidez el sillón más próximo y nos sentamos. Yo agacho la cabeza a sabiendas de lo que espera.

—Pues sí, señora, aquí el campeón le dio más importancia al fútbol y a la natación... ahí tiene, salió mal en Documentos mercantiles y en Contabilidad.

—¡Ay, maestro!, ¿pues qué le puedo decir? ... me da mucha pena...

—Seguro se va a complicar la inscripción para el segundo año de la carrera.

Yo levanto un poco la cabeza, con vergüenza veo de reojo a mi mamá y al ver su desconcierto, desvío la vista hacia una mesa donde hay una lámpara con pantalla de papel de china y una máquina Remington antigua, de color negro y teclas anilladas. Otra vez agacho la vista y juego nervioso con mis dedos. Tuerzo y vuelvo a retorcer una hebra que sale de una costura del sillón. El piso es de un mosaico gastado parecido al de la casa de nosotros. Nadie dice nada. Yo mejor volteo hacia una mesa donde está otra máquina de escribir pero de marca Olivetti. Es gris oscura como las del Instituto de la Juventud, al que todos le decimos “Injuve”. También hay muchas hojas blancas, unas en desorden y otras muy acomodadas. Él nos ha platicado que además de dar clases de Mecanografía, en su casa pasa en limpio cartas, oficios y hasta trabajos de titulación para ganar un poco más.

—¿Y luego, qué podemos hacer? Este muchacho tiene que estudiar.

–Por lo pronto debes presentar extraordinarios, pero si no los pasas no te van a admitir en el segundo, así que repasa bien lo de todo el año...–me dice.

–Pues los tiene que pasar, si no... a trabajar de nuevo en el mercado...–dice mi madre, otra vez con acento de reproche.

–No sé... fjese que conmigo, en Mecanografía salió muy bien, pero algo pasó...

Yo sigo agachado. Volteo a ver al profesor. Detrás de sus labios gruesos asoman dos dientes coronados de oro. Mientras le dice a mi mamá que no sabe qué me pasó, el gato blanco de cola y orejas negras ha pasado de la mecedora al sillón del profesor y se acurruca en sus piernas baldadas.

Una vez en clase nos platicó que siendo niño lo atacó la poliomielitis y por eso nunca pudo caminar; pronto se dio cuenta de que sus manos serían sus herramientas y por ello aprendió a escribir en máquina para trabajar en una oficina y así sobrevivir. Y vaya que escribía rápido. Cuando lo hacía para ponernos la muestra, sus dedos se movían veloces, saltando sobre las teclas en un traqueteo muy parejito.

Ahora el gato ronronea con los ojos cerrados y el maestro le acaricia la nuca. Yo pienso que sería mejor ser un gato. Ellos no se preocupan por decidir qué quieren estudiar. Todo el día se la pasan dormidos o relamiéndose.

–Yo tampoco entiendo, porque siempre fue muy responsable y estudioso. Su primaria la acabó muy bien, su secundaria, no se diga...

–¿Cómo? ¿El campeón tiene secundaria terminada?

–Sí, claro, la hizo en Pabellón.

–Habérmelo dicho antes, señora. Con secun-

daria puede estudiar otra carrera. Para ésta de auxiliar de contador sólo se les pide primaria terminada.

–Pues presentó prueba en el Tecnológico pero no le tocó.

–Entonces que estudie para maestro. ¿Cómo ves campeón? ¿Te gustaría dar clases?

–Sí me gustaría, pero mis papás no tienen para mandarme a Ciudad Guzmán.

–No será necesario ir hasta allá. Aquí en Aguascalientes se está abriendo una escuela normal. Señora: llévelo y que haga su examen de admisión.

–¿Aquí en Aguascalientes?

–Sí. Es allá por el rumbo del fraccionamiento “Jardines de la Asunción”. Y prométame que lo va a llevar. Ahorita le doy el domicilio exacto.

–Sí, claro... tiene que estudiar... aunque sea para maestro– remata mi madre levantando los hombros.

Salimos a la noche. La llovizna había cesado y aún pasaban algunos automóviles; el piso mojado repetía el amarillento y débil resplandor de sus fanales. Caminamos en silencio, con el pensamiento a tientas. Galeana encharcada nos llevó hasta Venustiano Carranza. Nos detuvimos detrás de catedral y en la pausa del detenerse mi madre me dijo sentenciosa:

–Ni modo. Si no se puede ingeniero ni médico, y si tampoco se pudo auxiliar de contador, no queda más que estudies para maestro.

Hace una pausa y después reflexiona:

–Bueno, además los maestros viven bien. Ya ves el profesor Cipriano... hasta tiene papelería.

Avergonzado yo no respondí.

–¿O te quieres quedar de canastero en el mercado?

Yo le contesté que no. Ya no estaba en el papel de exigir, sin embargo sentí que algo se me desgajó por dentro. No lo dije, pero sabía que estudiar en una universidad era como subir al cielo y ante la posibilidad de ser maestro entendí que debía conformarme con trepar a un árbol.

–Vamos a catedral a pedirle al Señor de la Misericordia.

A cada paso y ya sin ningún cuidado, nuestros zapatos mojados chapaleaban en los charcos. Arriba de los faroles asomaba el verde oscuro de las jacarandas y en la geometría del Teatro “Morelos” resbalaba un relente de lluvia renacida. No pudimos entrar al templo a pedir el socorro. Ya habían atrancado la pesada puerta de maderos y remaches centenarios. También estaban cerrados los cancelos del atrio oscurecido, pero ni los cerrojos coloniales detuvieron la rogativa de mi madre, quien con la mirada firme movía los labios en silencio para pedir ayuda a los santos del frontispicio. Después de unos minutos comenzó otra llovizna que mi madre entendió como respuesta, entonces, a través del enrejado, vimos el muñón inmóvil de San Ambrosio y creímos que lo levantaba para darnos una bendición.

Fue en ese momento cuando mi madre volteó a verme. A pesar de la lluvia percibí en sus ojos el filo de una alerta.

–Algo no me gusta. Dicen que los maestros se hacen ateos y yo no quiero que tú te vayas a convertir en descreído.

–Pero cómo puede pensar eso, mamá. Yo nunca voy a dejar de ser creyente, por eso fui a la doctrina y ustedes me educaron en la fe.

–Prométemelo aquí, delante de Dios Padre.

–Claro. Se lo prometo por Dios y su Santa Madre.

Mi mamá respiró aliviada. Yo no quise decir más pero iba a agregar que hasta lo firmaría con sangre si fuera necesario.

Nos tomamos de la mano y así, juntos, con la ropa empapada y la cabeza baja, comenzamos a decir, cada cual desde su propia fe: “Creo en Dios Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, y en Jesucristo, su único hijo...”

Después de presentar el examen de admisión pude ingresar al Centro Regional de Educación Normal de Aguascalientes y fue inevitable que muchas cosas cambiaran. Pero eso te lo cuento en un libracó inconcluso que te enviaré junto con estos papeles. Es una cascarita literaria escrita a vuelapluma donde, por sugerencia de mis compañeros de generación, narro algunas anécdotas de cuando fuimos estudiantes. En fin...

Me has preguntado también acerca de mi primer año de servicio docente; es decir, quieres saber cómo fue mi nacimiento como profesor.

Antes te diré que la primera experiencia en el aula jamás se olvida, siempre está ahí como piedra fundacional de algo que sabes, vas a seguir edificando. Pero en realidad son muchas las vivencias memorables, de toda índole y naturaleza

y vale la pena compartirlas o socializarlas como se dice ahora.

Pues bien, amigo Claudio, comienzo por el principio y espero ser breve y claro.

En septiembre de 1976, luego de haber egresado de nuestra normal, me mandaron a la escuela primaria “José Ma. Morelos” de la comunidad rural El Salero, perteneciente al municipio de Cosío, Ags. Llegué como profesor de grupo y ahí me fue asignado el primer grado, el cual debería atender junto con el segundo, en virtud de que el plantel era tridocente.

El Salero es un rancho de calles escarpadas y casas de adobe solariego, desnudo, gastado por el tiempo. Le llaman así porque hay cerca algunos barrancos de tierra salitrosa, “saltierra” como la llaman los campesinos, tierra que las vacas necesitan y lamen y lamen con irracional parsimonia para luego echarse a rumiar tranquilamente. Ahí fue donde empecé a trabajar como maestro, en una escuelita de tres aulas construida sobre un pequeño montículo y en cuyo patio se alzaba una jacaranda enorme que en marzo vestía la explanada de un morado florecido. Ahí tuve mis primeros alumnos, descalzos, mejillas de ceniza, sin lápiz, despeinados, niños alimentados con frijoles y café negro, a quienes debía yo enseñar a leer y escribir.

Lo que ahora considero un privilegio, en ese año lo asumí como una auténtica desgracia, no sólo por la asignación del primer grado sino también por mi adscripción al medio rural, donde las carencias de todo tipo eran evidentes.

De dieciocho años de edad y con graves lagunas en torno a los métodos y las estrategias para enseñar a los niños a leer y escribir, comencé mi incipiente actividad como maestro, la cual desem-

bocó en un fracaso. Lo digo sin rodeos y como dice Pablo Neruda, “no me da vergüenza”. De ello te hablaré un poco más adelante. Por lo pronto te diré que tú, en algunas ocasiones, como la gran mayoría de los maestros de educación primaria, enfrentarás durante tu vida profesional, al menos una vez, el compromiso de atender un grupo de primer grado y eso conlleva la responsabilidad inexcusable de enseñar a leer y escribir a los niños.

Y si me permites, me pongo un poco técnico sólo para darte elementos que ayuden a contextualizar el tamaño de mi descalabro.

Son muchas las razones que hacen de esta experiencia una de las más significativas para un profesor de educación primaria y en consecuencia, una oportunidad inigualable para el crecimiento como docente. Entre ellas puedo mencionarte la proyección social inmediata de los resultados, pues los padres de familia, el director y el supervisor, siguen muy de cerca los avances de los niños en la adquisición de la lengua escrita y los utilizan como parámetro en la emisión de juicios acerca de la eficiencia o ineficiencia de tu trabajo como maestro; o bien, el acercamiento directo con los procesos intelectuales de los niños, sus estilos personales de interactuar con el conocimiento, sus aspiraciones apenas nacientes, sus comportamientos y formas de ver el mundo, sus juegos e incluso sus miedos más inmediatos.

Este fértil espacio de nuestro quehacer entraña distintas dificultades que llegan a representar verdaderos retos. Entre el famoso control del grupo y la organización del trabajo con niños tan pequeños, surge uno de los problemas más grandes que deben resolverse sin ningún tipo de demora: la elección del método a seguir para acercar a los niños con éxito al sistema de escritura.

De ello se deriva un problema significativo para la mayoría de los que enfrentamos por primera vez esta circunstancia profesional; me refiero al desconocimiento de los métodos propuestos a través del tiempo para salir adelante en esta difícil tarea. Y es que en México los nuevos profesores desconocen los métodos para enseñar a leer y escribir y se ven obligados a irlos explorando sobre la marcha, entre los devaneos de su aplicación, el miedo al fracaso o la esperanza de los buenos y pronto resultados.

En el mejor de los casos, si el maestro ya los conoce y opta por alguno de ellos con cierto conocimiento de causa, viene el problema de la aplicación sistemática, del trabajo ordenado de las actividades de acuerdo como lo establece el método, o bien, el de adaptar cada uno de los pasos a las circunstancias específicas de los niños y del contexto de la escuela.

Sin embargo, la elección del método va más allá del simple conocimiento o desconocimiento de la gama existente. Es necesario tener una noción muy clara del proceso que siguen los niños en la adquisición de la lengua escrita y una concepción definida de los usos sociales que éstos habrán de darle a su nuevo bagaje lingüístico.

Pasados estos escollos entonces será necesario hacer gala de la paciencia suficiente para trabajar con constancia y saber esperar los resultados, pues a veces se van dando hasta el final del ciclo escolar, o como aceptan los teóricos del proceso de adquisición, hasta los primeros meses del segundo grado; eso desde luego desespera a cualquier docente e inquieta a cualquier director o padre de familia.

Pues bien, cuando llegué a mi escuela de adscripción y me vi con mi oficio de comisión para primer grado, el director me ordenó que enseñara a leer y escribir a los niños con el Método Global de Análisis Estructural, implantado a nivel nacional apenas dos o tres años atrás. Yo me quedé pasmado pues no sabía nada acerca de él y sólo acerté a decirle que me iba a ser muy difícil aplicarlo porque lo desconocía.

A fuerza de ser sinceros, debo decirte que en la escuela normal yo no tuve los espacios o los recursos para conocer a fondo los métodos hasta entonces existentes, y es cierto y lo confieso, tampoco el impulso necesario para indagar por mi propia iniciativa; no tuve el acceso a los materiales correspondientes ni sentí la urgencia de conocerlos para aplicarlos durante mis prácticas escolares, más aún, tal vez tampoco tuve la asesoría específica y suficiente, eso motivó que al egresar yo no contara con los elementos indispensables para atender a cabalidad un grupo de primer grado... parecería un absurdo, sin embargo, después de cuarenta años, esa carencia sigue siendo una lamentable realidad en nuestras normales.

Le solicité que me permitiera trabajar con el Onomatopéyico –método con el que a mí me habían enseñado y por lo mismo tenía alguna noción de su manejo– pero de inmediato desbarató mi sugerencia con el argumento demoleedor, pero a mi juicio timorato y obtuso, de que eran indicaciones del supervisor y además, cómo sería posible eso, si yo acababa de salir de la normal y en consecuencia debía tener los conocimientos muy nuevos y muy frescos como para enfrentar con éxito ese reto.

Dado que yo no tenía una noción clara de las burocracias escolares ni de los niveles de au-

toridad en el ámbito educativo, el temor y la inseguridad me orillaron a aceptar sin queja alguna y comencé a trabajar con un método desconocido para mí en aquellos años.

Sobra decir que fue muy difícil porque además de la inexperiencia y el desconocimiento del método, atendía al mismo tiempo primero y segundo grados -treinta y veinticuatro alumnos respectivamente; cincuenta y cuatro en total-, por lo cual las actividades didácticas me arrojaban resultados poco alentadores.

La indisciplina, los avances casi nulos, la falta de materiales, la marginación del medio rural, pero sobre todo mi incapacidad profesional para salir adelante en la encomienda, propiciaron que naufragara mi velero escolar hasta hundirme en esa laguna incierta llamada desesperación.

Fue frustrante. Ningún niño aprendió a leer y escribir satisfactoriamente. A lo sumo garabateaban palabras o descifraban con más desaciertos que certezas y el inventario final del ciclo fue mi patético fracaso. Sólo un niño de nombre Blas pudo hacerlo bien y tengo muy claro que fue de repente, porque a principios de junio, con su voz pausada, su cara sucia y sus ojos siempre tristes, comenzó a leer un trozo de periódico sin que yo se lo pidiera. Fue una grata sorpresa y hasta sentí gusto por mí, pero de inmediato me llegó como un relámpago la idea de estar ante un logro ajeno, pues lo más seguro era que lo habían enseñado en su casa.

Blas fue la excepción que confirmó la regla. Mis niños no aprendieron como se esperaba, o mejor dicho, yo no supe enseñarles como debía. Los cuestionamientos del director y mi decepcionante bautizo como docente me orillaron a pensar en la

renuncia. Un buen día llegué a la conclusión de que lo mejor era dejar mi plaza y la ocupara otro más capaz. Solicité trabajo en un banco y después de un examen de Taquigrafía, Mecanografía y Contabilidad, materias que yo conocía desde el “Injuve”, fui aceptado como cajero y se me citó para comenzar mi nueva labor en el mundo de las ventanillas, las filas y los cheques.

Cuando le comenté a Silvia, entonces mi novia y hoy mi esposa, que cambiaría la escuela por el banco, de inmediato desaprobó mi decisión, la consideró apresurada y con argumentos que no supe de dónde sacó, punzó mi orgullo de normalista y me animó a desbaratar el trámite de renuncia; me decomisó la corbata que yo ya había comprado para disfrazarme de cajero y me conminó a regresar a mi labor como maestro.

Así fue. Aunque la frustración había debilitado mi voluntad, sus palabras me llegaron como un golpe de conciencia que reconstruyó mi ánimo y tomé impulso para volver a empezar.

Con el inicio de un nuevo ciclo, los dioses sindicales se apiadaron de mí y me cambiaron a la escuela “Niños Héroe” de la comunidad de Milpillas, Jesús María, un pueblecillo que visto desde la carretera parecía de juguete allá en el fondo de la cañada. Por lo mismo, lo vi mágico y al igual que en una resurrección, respiré la oportunidad de comenzar otra vez.

Apenas me di cuenta que nuevamente tendría primero y segundo grados, la frustración amenazó con volver, pero ahora decidí tomar la iniciativa: no esperé las instrucciones de nadie y yo mismo busqué a la supervisora. Llegué hasta su casa, puesto que ahí mismo despachaba en una pequeña oficina ubicada en la calle Jesús Consuelo. Su sirvienta me abrió la puerta y me indicó el

camino. Crucé un breve patio sombreado por una palma datilera y subí unas escaleras; entré a un cuarto reducido donde sólo cabían dos escritorios envejecidos, llenos de papeles en aparente desorden, una máquina de escribir y dos anaqueles repletos de libros de texto.

La maestra Natalia Macías Mendoza era gordita, muy blanca, de unos setenta años y desde luego, atuendo anticuado, propio de su edad: un vestido gris, zapatos de monja, medias color tierra, lentes gruesos y una mascada con la que intentaba disimular las arrugas de su cuello. Cuando estuve ante ella, le solicité la libertad de aplicar el método de mi elección. Le comenté de mi fracaso anterior con el Global de Análisis Estructural y mi deseo de aplicar el Onomatopéyico. Después de un breve silencio, soltó una risa contagiosa que le obligó a tomarse la barriga con ambas manos y a entrecerrar los ojos detrás de sus lentes de maestra veterana.

Estuve en suspenso y no supe si se estaba burlando de mi ingenuidad o de mi atrevimiento. Pronto disipó mi duda. Me dijo: “Ah, pues ya te pasó lo que a muchos. Algunas autoridades piensan que las nuevas metodologías se pueden dominar de un día para otro... pero mira, aquí no vamos a batallar. A mí no me importa qué método apliques. Tú hazles circo, maroma o teatro o lo que tú quieras, pero entrégamelos leyendo. Tú sabrás como le haces”. Al escuchar eso sentí como si entrara más luz por la ventana y después de agradecerle la libertad otorgada, salí hacia el centro de la ciudad y compré el libro básico del Método Onomatopéyico de Gregorio Torres Quintero, mismo que a partir de entonces fue mi Biblia.

Comencé a trabajar con mis nuevos niños con gusto y soltura y muy pronto empecé a no-

tar los resultados. Para noviembre la mayoría ya leía enunciados completos. Trabajé como el método lo establece, asociando sonidos con objetos y animales mediante cuentecillos que yo mismo inventaba. Dibujaba imágenes en cartulinas grandes mientras les contaba breves historias. Los ponía a trabajar en sus cuadernos con la libertad que yo mismo sentía y el gusto se fue multiplicando. Mis niños lo intuían y trabajaban alegres en los ejercicios. Finalizaba octubre, apenas dos meses después de iniciado el ciclo escolar, y ya me sorprendían abriendo sus grandes ojos para leer algunas palabras en el libro de texto, o bien, para escribir en el pizarrón sus propios enunciados con letras bailonas que a mí me parecían preciosas.

Para el mes de enero ya casi todos leían los poemas breves y los cuentos de los libros, escribían palabras completas, frases cortas, enunciados largos y sólo dos o tres alumnos reclamaban más tiempo de mi parte para hacerlos avanzar en su proceso.

Está de más decir que mi segunda experiencia profesional con primer grado fue muy distinta a la vivida en El Salero. Para mí fue una reivindicación, recobré los ánimos y por primera vez sentí la alegría de ser maestro, la emoción pura y desinteresada de encender en los niños, como una lámpara, la lectura y la escritura.

Más satisfacción sentí, cuando al término del ciclo la directora me comentó que habían ido algunas madres de familia a decirle que querían que yo continuara ahí en la escuela de la comunidad, y si en sus manos estaba, me siguiera poniendo en primero porque yo “sí era buen maestro”.

Fue mi renacimiento... y ahora, Claudio, me vienen a la mente las palabras de mi segundo bál-

samo, Facundo Cabral: “Está permitido que te caigas, pero no que te quedes en el suelo”.

Después, a lo largo de mis años de servicio, fui conociendo y aprendiendo, ahora sí, nuevas metodologías y llegué a aplicarlas con éxito, ya sin probar otra vez las aguas amargas del fracaso. Más tarde supe de Emilia Ferreiro quien derivó de Piaget los niveles sorprendentes del proceso de adquisición...

Te cuento esto porque es necesario que sepas que en la tarea docente es imprescindible asumir una actitud positiva ante toda circunstancia, pues siempre habrá un camino a seguir para continuar hacia adelante, un camino que, aun cuando alguien nos diga dónde y cómo buscarlo, siempre debemos estar dispuestos a encontrarlo por nuestra propia cuenta, pues no hay decálogos rotundos ni recetas infalibles, no hay manuales absolutos ni prontuarios concluyentes... En el camino llegarás a la conclusión de que el método lo haces tú, la estrategia la defines tú, todo es sólo referencia para que apliques lo que decidas o consideres oportuno y necesario, porque tú eres quien está ahí, simple, singular, individuo, único con tus alumnos que son también simples, singulares, individuos, únicos...

Asiento todo esto no con el ánimo de agigantar ante tus ojos una frustración, pues lejos de cualquier grandilocuencia, este hecho aparentemente simple e insignificante, perdido en la maraña de un sistema anquilosado, conjuró la amenaza de mi muerte prematura como maestro y detonó una especie de resurrección profesional que me devolvió a esto que ha sido mi forma de vida, porque te debo decir que estoy convencido de haber destinado mi tiempo con alegría y convicción, los años

más valiosos de mi vida, mi juventud, mi madurez, a la actividad más constructiva en la historia de la humanidad: la educación.

El ejercicio magisterial me pidió siempre mi mejor esfuerzo y lo di sin reservas uno y otro día, con el gozo profundo de darse a cada momento. Por la educación he sufrido, he disfrutado, he batallado, he gozado, he llorado, me he deprimido, y aún me ha faltado mucho por hacer; tantos quehaceres siguen pendientes y tantas palabras se adormecen todavía en el tintero del corazón...

Perdón si me he extendido tanto en esto, pero es la intensidad de lo vivido lo que me ha hecho perder la continencia descriptiva... son muchos los juicios derivados de este fundamento, de esta piedra sobre la cual se ha edificado lo que soy.

Ya sólo déjame agregar que muchas veces te verás obligado por los engranes oficiales a enseñar lo periférico sacrificando lo sustancial, a rodear el conocimiento con saberes inútiles, sólo para cumplir con disciplina un currículum, un programa que te hace renunciar al conocimiento vivo y a la inspiración docente más elemental. Muchas veces sin saberlo, confundirás los inútiles rituales escolares con los aprendizajes encendidos que en verdad aguijan el corazón y el intelecto.

Evita la tentación de reproducir ese ritual convencional que te salva por el momento y te hace sentir profesor de escuela, ese que quieren los padres de familia, el que respeta a ultranza los cánones establecidos por alguien, quién sabe cuándo, dónde y para qué. Hay padres de familia observando tras el barandal, vigilando a través del comentario de su hijo, acechando desde los cuadernos, desde las tareas, para darte o negarte el crédito que corresponde al buen profesor o al profesor

convencional o al que sólo reproduce los ritos escolares o planta el conocimiento en los escondites de la memoria peregrina y no sabe colocarlos al abrigo duradero de la inteligencia.

Ten en cuenta al padre de familia indiferente, que no sabe nunca si su hijo puede, sufre, ríe, trabaja, sueña o asiste, porque todo lo deja en tus manos como si fueras el dioscecillo mayor de la enseñanza.

Tendrás que aprender y aceptar que el profesor no es sólo un enseñante junto al pizarrón; el profesor debe ser artista, científico, actor, músico, deportista, artesano, animador, psicólogo y por qué no, hasta payaso. Busca tu estilo personal para dar clase, encuentra la resonancia única de tu voz, de esa voz tuya, nunca prestada. No olvides que el magisterio tiene mucho de renuncia, te pide íntegro y no a medias, entero y sin melindres ni simplezas, sin artificios ni aspavientos.

Sin más divagaciones, sólo combina la frialdad del conocimiento técnico con el ardor vivo de la vocación, es la aleación perfecta para éste nuestro oficio, Claudio...

Otra vez perdón... me disculpo de nuevo; no quiero parecer aleccionador, no quiero pecar de correctivo ni es mi intención pontificar, he divagado, sí, pero tal vez lo único que quise decirte es que cada quien carga con sus propios demonios y viviendo los padece, cada quien los conjura, los rechaza, los alimenta o lucha contra ellos. Y porque has abrazado esto, tú tendrás los tuyos a partir de ahora y dormirás con ellos sin remedio. Te levantarás llevándolos a rastras, escuchando con claridad sus vocecillas benditas o malditas, siempre así, hasta el día nefasto, liberador o aniquilante del tajo repentino.

En la confusión de los primeros días, en la asfixia de mis dudas vocacionales y mi pobre actividad, infecunda y malograda, resignado a las paredes del aula y a la lápida que me parecían los niños de El Salero, aspiré a la libertad de tenderme en la tierra o en la hierba, a la sencillez de tiritar de gusto en medio de una mezquitera entumecida, sin hora ni abasto, o bien, de caminar sin fin bajo el sol del mediodía, de abrir los brazos para abarcar la extensión de las espigas y encontrar en cualquier acequia un sorbo de agua fresca y transparente... clamé la libertad de recostarme en la arena e imaginar el cielo como un mar remoto y apacible para suponer el vértigo de una caída infinita en la espuma efervescente de las nubes, mientras en la atmósfera flotaba el tiempo suspendido.

Aspiré al desparpajo en el ocio filosófico y total; a la manera del derviche, acaricié la apetecida doctrina del *no hacer* aconsejado por el Tao, me regodeaba en mi pelo largo y desaliñado, en la austeridad de mi mezcilla y en los casi andrajos de su traza, queriendo encarnar ingenuamente el aforismo que como remoto precepto legara Lao Tsé en el hermético Tao Te King: “el sabio oculta bajo pobres ropajes, piedras preciosas en su pecho”.

Quise para mí la revelación, el éxtasis bajo los arcos ojivales de alguna celda conventual y varias veces, desconcertado o abatido en el fragor interminable de las aulas, sentí una aspiración como un llamado, el deseo vivo de ser un vagabundo su-

cio y mendicante y así tener todo el tiempo para buscar, como los anacoretas, la sabiduría total en la más ociosa de las serenidades.

Te conté ya que después de trabajar en El Salero, pude cambiarme a otra escuela. Te dije también que solté el costal de mi fracaso y llegué a una comunidad del municipio de Jesús María llamada Milpillas. Si no tienes inconveniente, te platico algo más de aquellos tiempos.

Yendo de la ciudad de Aguascalientes a Calvillo, en la mitad del camino puede verse allá abajo el rancho de Milpillas, un caserío que parece de juguete, rodeado de pequeñas milpas y cercado por grandes lomas.

Para llegar a la escuelita, luego de descender del autobús, comenzaba a bajar una cuesta empinadísima, que de manera abrupta se transformaba en suelo llano más adelante; siempre acompañado por varios niños que vivían en un rancho ubicado donde el camión se detenía. A este lugar lo llaman todavía El Rinconcito.

Me acuerdo de los maizales a los lados del camino, tocados por el sol de la mañana, cañas preciosas, oro campesino, dorado incendio propagado con nobleza por la tierra. Al llegar a las primeras casas, se percibía el olor a estiércol, al humo temprano de las chimeneas, al polvo levantado por los animales que pasaban. Se oía el molino de nixtamal con su ruido monótono de explosiones sucesivas; se escuchaban también algunos gallos y los esporádicos mugidos de las vacas.

*E*s lunes y el autobús me ha dejado al pie del camino. Empiezo a andar con la frescura de un día renovado. Hay que bajar el cerro para llegar hasta “Milpillas”. La mañana es tierna todavía. Me alcanzan los hermanos Ramón y Salvador; el primero montado sobre un burro, me da los buenos días con la travesura de sus ojos montañeses bajo el ala del sombrero; el segundo, a pie igual que yo, me saluda con su sonrisa parvularia y me presume sus huaraches nuevos de doble correa. Ambos llevan su saca de libros y otra más pequeña con tacos de frijoles para el recreo, sin faltar el guaje lleno de agua con su rústico tapón de olote. Avivados de alegría campesina bajan junto conmigo. El aire suave lleva y trae el silbido de las torcazas que demoran su vuelo en los huizaches. Yo tarareo en voz baja el “Caminito del indio” de Atahualpa Yupanqui. Colmado de lejanías en el centro de la vista, por momentos me imagino en las sierras andinas con entorno de quena, de “cóndor pasa” y poncho boliviano aunque me encuentre en el Aguascalientes serrano y montaraz de paisaje calvillense.

Los mimbres y las rocas se reparten en las ondulaciones de la vereda que baja y baja hasta obligar el paso ágil, las rodillas en muelleo y la respiración vibrante, llevándolo todo hasta el trote polvoso del regodeo con la pendiente. Allá en la hondonada, donde la vista puede descansar, la comunidad de Milpillas se tiende en un breve llano como si fuera un caserío de juguete. Dice Salvador que su mamá le llama “El nacimiento”, porque eso parece, un nacimiento como los que la gente pone en sus casas para navidad.

Nuestro alborozo es un escándalo en la soledad espaciosa de un cerro colosal que abarca todas las distancias. Más allá, en el fondo de la lejanía, después del caserío donde ya se divisa mi escuela, sube otra montaña, hermana geológica, también inmensa; mis alumnos la conocen como Cerro de la Campana. Ramón nos platica que su abuelito le ha contado que en ese cerro hay un tesoro escondido en unas cuevas secretas donde nadie ha llegado y agrega, a brinco y trotecillo de su burro y con los ojos achispados de leyenda, que él cuando sea grande lo va a encontrar y se lo va a regalar a su mamá para que se compre una estufa de petróleo y ya no se acabe los pulmones soplando y tosiendo en la bocaza del fogón.

—¿Verdá “Chencho”, que yo y tú lo vamos a buscar y lo vamos a jallar? —le dice a su burro; éste, en su irracionalidad, voltea y emite un bufido indiferente que Ramón, con la sonrisa encendida toma como un sí.

—Ya ve profe, dice que sí... si no es tan burro... bueno, no tanto como yo...—y se ríe con un carcajadilla inocente.

La vereda termina descenso y serpenteo y se quedan atrás los incontables mimbres. En nuestra carrera matinal pronto nos damos cuenta que hemos alcanzado a mi directora, quien se acompaña de la alegría de tres o cuatro niñas de coleta campesina y vestidito remendado.

Ahora seguimos todos juntos por la terracería. Pronto encontramos los hatajos de vacas que ya caminan en dirección al cerro. Ha pasado el alba y con ella también el ritual lechoso de la ordeña. Ahora deben pastar para nutrir de nueva cuenta el globo de la ubre.

Mi directora es una maestra con veinte años de servicio.

–Y todos trabajados en el medio rural, a mucho orgullo, maestro –me dice volteando a su derecha para ver de frente el sol de la mañana que ya asoma por encima de los barbechos.

Ante esa experiencia tan grande mis dos y medio en el oficio palidecen.

Nuestra escuela es bidocente y como ella es la de la experiencia, tiene comisión de directora y atiende los cuatro grados superiores, en tanto yo, auxiliar o subordinado, me encargo de los dos inferiores. Seguimos caminando. Pienso en que puedo aprender mucho de ella. Y así es, no tarda en darme una lección, pero muy distinta a la que yo hubiera esperado.

De pronto detiene el paso, los niños y las niñas que nos acompañan siguen su carrera jugando y me dice:

–Deje agarro poquito aire, maestro.

Un poco agitada, se seca el sudor de la frente y voltea hacia el amanecer ya radiante sobre los maizales.

–Mire nada más ese sol. Qué bonito se ve.

Y así es. Volteo y lo veo espléndido, precioso su destello rojizo, encendiendo de oro joven el rastrojo.

–A ver, usted qué piensa de esto, maestro. Yo siempre he tenido mis dudas. Fíjese, mire cómo se ve clarito que es el sol el que se mueve alrededor de la tierra. Mírelo cómo se va elevando solito mientras la tierra se queda muy quieta.

–No entiendo lo que me quiere decir –le respondo.

–Fíjese bien. ¿Ve? –me dice poniendo su mano arriba de las cejas a guisa de visera– ¿Sí ve cómo el sol se va levantando? La mera verdad yo no creo que la Tierra esté dando vueltas alrededor del sol, si clarito se ve que es al revés. Yo por eso

les digo a los niños que no se crean de lo que dice el libro de Geografía... al cabo ni es cierto... nomás los hacemos bolas. Está como eso de que venimos del chango... ¿cómo puede ser eso? ¿entonces por qué los changos no se siguen convirtiendo en gente? ¿y luego Adán y Eva dónde quedan? ¿o usted qué cree?

Sorprendido por su comentario, de pronto no sé qué pensar. ¿Me estará tanteando? ¿En verdad su conocimiento es de lo más empírico? Me seco el sudor de la nuca y sin pretender polemizar con mi jefa inmediata, le digo por lo pronto y casi con timidez:

–Pues, sinceramente yo sí creo lo que dicen los libros, pero cada quien...

–Es cierto– me responde desdeñosa–. Cada quien...

Seguimos caminando en silencio, pero una certeza me ha golpeado como una campanada, es una advertencia, un chasquido incisivo en mi frente de bisoño: en el magisterio los extremos se tocan, hay colegas como el profesor Cipriano Salgado, como la maestra Rosa Guerrero o el profesor Jesús González Rivas, que emanan la sabiduría y la vocación más admirables, pero también hay otros que sufren, y lo más grave, sin saberlo, la apatía y la ignorancia más perturbadoras.

Escucha, Claudio, el maestro de escuela deberá disponerse como mínimo a ser un *pequeño renacentista* en el sentido cabal del término, es decir un profesor convencido, desde su aula y hasta la raíz, de que la formación científica y artística es la mejor vía para hacer al hombre

más humano; un individuo con los conocimientos necesarios para resolver dudas e inocular en sus alumnos la necesidad de conocer más, de investigar para innovar, de comprender para liberar, de entender la realización individual como la búsqueda constante de los conocimientos dinámicos y compartidos, de los saberes construidos y socializados para un renacimiento permanente de los niños y los jóvenes, catapultado desde el salón de clase hasta la vida cotidiana.

El maestro no debe perder nunca la aspiración como condición distintiva, modesta pero constante, humilde pero tenaz, de ser un “sabedor” universal; no tanto sabio, porque ese es un vocablo que suena a petulancia y pudiera asociarse más bien al filósofo romántico... aunque la condición de sabio no es de ninguna manera prohibitiva.

Si me permites ser grandilocuente, el maestro ha de ser hilo conductor, herramienta y músculo para que se dé el contacto entre el niño y la intuición, ventisca para avivar el raciocinio y la sed de conocer. Lo dije siempre en nuestras aulas y sé que lo recuerdas; el docente debe tener dos características infaltables: primero, ser un poseedor del conocimiento y segundo, tener la disposición y el gusto por compartirlo... ahí es donde germina el llamado y donde la vocación se enciende.

Fincados estos dos rasgos distintivos, vienen otros más que también son indispensables... no es suficiente la buena voluntad para compartir el conocimiento, es necesario saber cómo entregarlo, tener en las manos la metodología precisa, aguijar la capacidad para generar las alternativas idóneas que permitan acercarlo a los estudiantes, la creación de los ambientes de aprendizaje adecuados para lograr que éstos lo asimilen, lo cultiven, lo construyan...

Por supuesto, para obtener y sistematizar esa metodología, aunada a las particularidades del sujeto que aprende, son necesarias la formación y la actualización. Un maestro no puede soslayar la responsabilidad profesional de actualizarse y para ello, es cierto, hay que acudir a las instituciones, participar en seminarios y talleres, cursar posgrados, pero también hay que leer, leer y leer, no sólo para hacerse reflexivo, crítico y analítico sino también para el puro disfrute de tanta producción impresa. Ante todo, debe ser, románticamente un autodidacto, un individuo que excave a diario para encontrar las piedrecillas ocultas de los nuevos conocimientos.

Y recuerdo ahora, como en sueños... la palabra maestro se nutre de una raíz interesante y prodigiosa: emerge del *magis* inicial que quiere decir “el más grande”, pero... no nos quedemos en esa enunciación porque el demonio de la vanidad es ágil y vivaz y puede infiltrarse con facilidad, mejor vayamos más allá, al *magós* arcaico, o más aún al *magh* primordial de los indoeuropeos que nombra a quien posee el poder, pero de ahí, de “el que es más” hasta “el que posee la magia” hay un solo paso, un brinquito lingüístico... entonces el verdadero maestro es el mago... hace aparecer la luz con un pase mágico en los dedos, agita una mascada para hacer que broten luces de la urna secreta del cerebro... es el que guía con el poder de la luz, conduce al amparo de la magia y hace aparecer destellos ahí donde había oscuridad; es el taumaturgo que provoca el genio y el ingenio, y antepone el razonamiento agudo al pensamiento obtuso, es el clarividente, el perspicaz, el sensible, el intuitivo... el que usando la palabra y sus prodigios puede levantar una esperanza, a veces férrea, a veces ende-

ble, pero que por sí misma aclare la más intrincada confusión del ánimo.

Más todavía... si el médico te abre los ojos a la vida, en el primer espasmo derivado en llanto o si tu madre, con sus arrullos iniciales y sus primeros besos lanza tu corazón hacia el amor, así también el maestro, con su voz en ristre y su hálito generoso te abre los ojos del intelecto; con las primeras letras te inicia en el asombro escondido de los libros y en las posibilidades inexploradas de la vida, en el prodigio de los números y en la primordial aspiración de ser libre.

Pero, alerta Claudio, no te ensoberbecas por la brizna de autoridad que te da el conocimiento, el auténtico maestro ha de ser humilde y no caben en él la soflamería ni el alarde. Es cierto, debe saber mucho, pero no debe perder de vista que ignora muchísimo más de lo que sabe, pues el conocimiento es tan vasto que no existe empeño con los brazos tan grandes como para abarcarlo por completo.

El saber te da a autoridad frente a los niños, pero ten en cuenta que eso es sólo un gránulo de mando, una astilla de poder que suele convertirse en lanceta corrosiva. Mejor intenta la ternura, la humanidad y la confianza, sé humilde pero esforzado, modesto pero templado, austero pero anhelante...

Disfruta el gozo de compartir, de enseñar al que no sabe y tómalo como uno de los grandes encantos y el mejor de los encuentros en la vida.

Tengo muy presentes a varios de mis niños, pero ahora advienen desde lo remoto tres alumnos de mis años iniciales: Jesús Bonifacio, José Ramón y Laura, pequeños de seis años, a quienes siempre he recordado; el primero, delgado, inteligente, de labio leporino, pelo oscuro y encarrujado; varias veces vi que chupaba el lápiz con su boca hendida y fijaba sus ojos de un negro profundo en el mundo diseminado a lo largo de los libros. El segundo, pecoso, de ojos verdes y achispados. Lo evoco descalzo, escribiendo su nombre en el pizarrón, con trazos firmes, seguros, deteniéndose el pantalón con la mano izquierda. Cuando leía en voz alta alguna página del libro, se le encendían aún más los ojos, detenía su lectura para mirarme sonriente, con el rostro iluminado, como quien ha resuelto un acertijo. Y Laura, una pequeña que un día se me desmayó en el salón de clase. Pude volverla en sí poniendo una frañela mojada en su frente tostada de sol. Cuando le pregunté que qué tenía me contestó con un sencillo “es que desde antier hemos comido puros tacos de sal, por eso ando *desjuerzada*”. La llevé a su casa e indignado le pregunté al papá sobre lo que la niña me había dicho. Me contestó con cara inexpresiva, con sus ojillos apenas visibles bajo el ala del sombrero. Sólo deslizó una frase lacónica, una sola, surgida desde su resentimiento atávico, desde su pobreza ancestral: “Usté no se fije profesor. Vale más la pura tortilla que la pura hambre”.

*E*s domingo por la noche. La kermesse, a la que asiste casi toda la comunidad, transcurre sin novedad alguna. Me apoyan los niños y niñas más grandes, los mismos que me ayudaron a colgar las tiras de papel de china recortado desde la azotea del salón de clases hasta unos árboles cercanos; colocaron además tres o cuatro focos y regaron para que no hubiera polvareda.

En medio del ambiente de fiesta, color en las ropas y aroma a tierra húmeda, unos venden las enchiladas, otros el arroz con leche y unos más se encargan de las complacencias utilizando el equipo de sonido del plantel. Ponen canciones como la de “Qué te pasa, chiquillo, qué te pasa/ me dicen en la escuela/ y me preguntan en mi casa...” o “Yo soy el muchacho alegre/ que me amanezco cantando/ con mi botella de vino/ y mi baraja jugando...” A mí me corresponde vender las “canelitas” en jarritos de barro -canela caliente endulzada con azúcar y su flamígero chorrito de aguardiente de caña-, las cuales, desde luego, son vendidas sólo a los señores. Sé que esto último es quizá fomentar el alcoholismo, pero... en el rancho se acostumbra y además es también una forma de reunir dinero para festejar el día de las madres.

El convivio termina a las once de la noche. Hace buen rato que los niños se han retirado a sus casas. Queda sólo un corro de señores medio ebrios, acusando el efecto de las “canelitas”. Discuten entre ellos y levantan la voz. Me acerco para invitarlos a retirarse. Les digo que la fiesta ya terminó y pueden irse a sus casas. En eso estoy cuando uno

de ellos, un señor a quien yo no conozco, estampa su puño en la quijada de Don José, papá de David y Daniela, dos niños míos, pequeños de seis y siete años que vienen desde el rancho Corral Colorado. Después de derribarlo se retira de inmediato diciendo sandeces que nadie entiende. El golpeado queda aturdido por el puñetazo y la borrachera y me inclino para ayudarlo a levantarse, entonces, me mira con sus ojos extraviados y me lanza una sarta de improperios. Entiendo que, en medio de su ebriedad, cree que soy yo quien lo ha golpeado, pero luego se retira en trastabillo.

Después del incidente todos se van y me quedo solo. Meto los pupitres al salón, recojo el equipo de sonido, me subo a la azotea para bajar la bocina de cono, acomodo los acetatos, quito los focos... Estoy a punto de cerrar con llave el salón cuando escucho los cascos de un caballo que se acerca a galope. Volteo y a pesar de la oscuridad reconozco al jinete. Es el señor de Corral Colorado que cabalga hacia mí con la clara intención de atropellarme. De un salto me meto al salón y antes de pensarlo cierro la puerta y atravieso la aldaba. Un instante después sueñan las pezuñas del animal en la madera seguidas de insultos y amenazas: “A ver pinche profesor, sal y pégame de nuevo. No te escondas en tu chingao salón y asómate si deveras eres hombre”.

Estoy sorprendido y desconcertado. Me acerco a la ventana con cuidado y veo al hombre enarbolando un machete. Las amenazas son directas y me atemorizo tanto que me cuesta trabajo pensar qué hacer. Para mi mala fortuna ya es muy noche y no hay nadie que pueda venir en mi ayuda. Me da más miedo. Jinete y caballo le dan vueltas y vueltas al salón con lentitud y pertinacia, con fría parsimonia, esperando con paciencia una respuesta.

Pasa una hora. La noche parece haberse detenido en los márgenes de un cielo sin estrellas. Ahí siguen ambos. Detrás de la oscuridad se ven las dos siluetas suspendidas junto al eucalipto. Pasa otra hora y los improperios continúan. Es absurdo: un padre de familia ebrio blandiendo un machete amenazante y un profesor cautivo en su propio, oscuro salón de clase.

Tengo miedo de morir. Deploro hasta las lágrimas no sólo el haber organizado una kermesse, sino el haber estudiado para profesor. Con el ánimo postrado me acomodo en el suelo, justo debajo del viejo pizarrón de cemento negro. Me recuesto, pongo mis manos sobre el abdomen y clavo la mirada en la oscuridad del techo. Más insultos alcohólicos transforman el silencio en sobresalto. Entre la pesadez del sueño y el miedo a ser aniquilado no sé a qué hora me he quedado tan quieto que no puedo moverme. Un sigilo electrizado y lento recorre mis veneros interiores, sube desde mis pies, pasa por el vientre, llega hasta mis oídos y me entorpece el pensamiento. En medio de la más cerrada oscuridad, no sé si estoy dormido pero comienzo a sentir un peso aplastante y paulatino sobre el pecho. Pujo para no asfixiarme. Quiero gritar y no puedo. Estoy paralizado pero muy consciente de mi angustia. Como un relámpago me llega la certeza de mi muerte. Sí, esto debe ser el instante previo al momento de morir. No puedo respirar. Mi grito es imposible. El espacio se constriñe y la noche se derrumba sobre mí. Siento que en un momento más todo habrá terminado.

De pronto una ráfaga de conciencia salvadora, un soplo convulso me devuelve el movimiento, me regresa al mundo. Recupero mi yo completo. Se han dejado de oír las pezuñas del animal y las maldiciones del jinete y ahora se oyen los ruidos repetidos

del molino. No sé con certeza qué ha sucedido. El primer resplandor del alba se mete por la ventana. Me asomo y veo pasar a los primeros señores dirigiéndose al trabajo, con su yunta o arreando vacas. Salgo del salón y veo que ya es hora de empezar a recibir otra vez a los niños en este lunes vacilante que algo tiene de retorno y mucho de resurrección.

Son ya las nueve de la mañana. Hace una hora comencé la clase y mis alumnos, ajenos al estrago inútil de la noche y a mi desánimo vocacional, trabajan inclinados sobre los pupitres. Entre sorber de mocos y borrones cuidadosos, arrastran el lápiz dibujando con esmero sus letras campesinas. Mientras recorro las filas veo de nuevo mi noche amarga de desvelo y taquicardia. Me pregunto cómo es posible que horas antes, en este mismo salón, se haya dado un amago de violencia con coloración de muerte, cuando ahora permea la candidez más manifiesta.

Salgo del aula a tomar un poco de aire; cierro los ojos y abro los brazos al sol que ya se ha elevado por encima de los cerros. La mañana tranquila me envuelve como una caricia de vida. Abro los ojos y en el final de la vereda veo una figurilla que se mueve. Es alguien caminando hacia acá y se acerca cada vez más. Atajo el sol con mi manos abiertas y entrelazadas, entonces distingo a un hombre de sombrero, camisa vaquera, una soga enrollada sobre el hombro derecho y algo más que cuelga en su costado izquierdo; no hace falta mucha vista para reconocer a Don José, el papá de David y Daniela, el señor de Corral Colorado que se dirige a donde estoy yo. No hay duda. Es él.

Otra vez el corazón a tumbos y la boca seca. Tengo esperanzas de que pase de largo. Volteo para adentro del salón y veo a mis niños, incluidos David

y Daniela, el primero con su cara de pilluelo y la segunda de trenza pelirroja, trabajando en el silencio más escolar, dedicados cada cual a su cuaderno.

Viene hacia mí. Ya a unos metros, distingo en el hombro izquierdo el arnés de su machete. Nuevamente me comprime el abdomen el miedo de morir. Me escalofrían la nuca imágenes de maestros desorejados por los cristeros, de profesores masacrados por campesinos ofendidos o ejecutados por el ejército durante la Guerra sucia.

No sé de qué hondura recóndita me sale un poco de temple y con el corazón en estampida me planto decidido en la puerta del salón, resuelto a morir con dignidad.

—¿Cómo está maestro?— me dice con tonadilla rural y ojos de astucia calculada.

—Yo bien, Don José. ¿Y usted?— le respondo con voz que quiere aparentar firmeza pero que la sé ahuecada por el miedo.

—Pos bien, también. Un poco desvelado, usted sabe... —hace una pausa y voltea hacia el camino.

Tomo todo el aire que puedo y sin saber todavía qué sigue, le digo después de carraspear un poco:

—A sus órdenes. ¿Qué anda haciendo?

—Voy por un becerro que se me soltó, pero ya que venía por aquí quise aprovechar pa' pasar a saludarlo.

—¿Y a qué se debe, si usted nunca viene para acá a estas horas?

—Pos mire, la mera verdá quise pasar pa' decirle que a ver cuándo organiza otro jolgorio como el de ayer. Estuvo güeno el rejuego con tanta bailada y tanta música. Es más, si usted quiere hasta yo le puedo ayudar a armar un jaripeo.

Aspiro una bocanada de aire nuevo. El color ha regresado a las cosas pero no sé qué responder.

O de plano no se acuerda de nada o mejor quiere dejar todo por la paz. Cualquiera de las dos cosas termina con mis tribulaciones y prefiero no rascarle.

—Ándele pues, Don José, yo le aviso.

—Ah, y ai le encargo a Davito y Danielita, si se portan mal usted ya sabe que tiene mi permiso de nalguiarlos. Ya ve como son a veces... —agrega y me mira con ojos que no sé si son de complicidad o menosprecio, para después continuar andando, la sogá enredada en el hombro y el machete enfundado bajo el brazo.

Al día siguiente, diez de mayo, digo en el ofrecimiento del festival: “Disfruten por favor, queridas madrecitas, de esta fiesta, del refrigerio y de estos sencillísimos regalos, pues con gran sacrificio y enorme sufrimiento los hemos conseguido para ustedes”.

Dios y yo sabemos que no hay demagogia en mis palabras.

Después de esta y otras peripecias en la Milpillas bienamada, me vi favorecido por la decisión sindical y pude cambiarme ahora a la comunidad de Paso Blanco.

Andando del poblado de Maravillas hacia el norte y ya casi para llegar a Paso Blanco hay una pequeña angostura donde el terreno se torna blanquecino; ahí abundó hace años la arcilla blanca que le dio nombre a la comunidad, esa tierra blanquizca, buena para limpiar cubiertos y que en algún tiempo los niños utilizaban para sacarle brillo al cobre viejo de las monedas que antaño circulaban. Fuera de esta área reducida, donde los aires

de febrero levantan blancos terregales, el rancho está rodeado de tierras fértiles.

En aquellos días, el *camión azul* suburbano, luego de pasar por Jesús María y San Antonio de los Horcones, me dejaba en un entronque donde iniciaba la terracería, un camino de dos o tres kilómetros bordeado en el lado izquierdo por una prolongada arboleda; veintenas de pinabetes en fila protegían del viento a los extensos viñedos cuyas parras eran regadas por goteo. A veces me daba tiempo para detenerme a ver la caída generosa de las gotas que rítmicamente y al sol de la mañana se repetían hasta la base de las vides como abalorios encendidos.

Más adelante los campos rebosantes de alfalfa irrigados por el chorro fresco y repartido de los aspersores; el surtidor fragmentado en infinitas gotas, tornasolaba la luz matutina y la abría en abanicos de arco iris asperjados sobre el olor verde de los alfalfaes. Del otro lado del camino, los tractores peinaban de surcos húmedos el campo.

¡Qué frescas y lejanas mañanas de agua, de tierra y luz en el camino!

Así también, en las tardes, de regreso, cuando el sol ya se había puesto, los campos se revestían de una lejana y morada quietud que todo lo abarcaba. Por entonces yo leía y releía la límpida prosa de *Platero y yo* y me parecía que los atardeceres malvas de Moguer serían así como los crepúsculos violáceos de Paso Blanco; más aún, en mi andar por las veredas me sentía juanramoniano y, envuelto en la luz pardusca de la tarde, imaginaba que un borrico distraído también seguía mis pasos con acompañada mansedumbre.

Me acuerdo de las jornadas matinales en mi pequeña escuela; las mañanas invernales en el

aula, los niños de mejillas enrojecidas por el frío, pies ateridos y manos entumecidas que obligaban la parsimonia en la escritura; los ruidosos recreos de gritos, sudor y polvo en los días ensolecidos o la refugiada pero impaciente calma de los niños en los recreos con lluvias pertinaces...

Pareciera mentira Claudio, pero así emerge desde el sueño la historia fragmentada del recuerdo. Así brota cuando la memoria se proyecta hacia el fondo del pasado y abre en el brocal del tiempo una fisura interminable.

Dos o tres años después, trabajaba en la comunidad de La Loma, Jesús María, cuando, en 1987, por una afortunada contingencia, se me abrió la posibilidad de concretar la que era entonces la más obstinada de mis aspiraciones: estudiar la licenciatura en filosofía en la Universidad de Guanajuato. Pude obtener de manera parcial y un tanto informal algo así como una beca-comisión; gracias a eso inicié en agosto como alumno en esa institución cuyo lema “La verdad os hará libres”, de clara reminiscencia bíblica, me cautivó desde el principio.

A pesar de las severas limitaciones económicas, asistía con entusiasmo a mis clases en la escuela de Filosofía, Letras e Historia, ubicada no en el edificio central de la Universidad, sino en las afueras de la capital, cerca de la antigua mina de La Valenciana y adyacente a un magnífico templo de exquisitos altares barrocos.

Tomaba yo el camión a un lado de La Alhóndiga. En su serpenteo subía y subía hasta llegar a la escuela, desde donde se aprecia una hermosa vista de la ciudad de Guanajuato. El antiguo edificio que antaño fuera un convento, tiene varias aulas acomodadas en torno a un amplio patio, el cual

ostenta en su centro una sobria fontana de cantera. En el salón donde yo estudiaba había una gran fotografía en blanco y negro que abarcaba todo un muro, una reproducción enorme de “El entierro del conde de Orgaz”, de Doménico Theotocópuli “El Greco”. Ahí, en esa aula, con la luz anaranjada de la tarde entrando oblicua por las altas ventanas coloniales, uno de nuestros maestros, Benjamín Valdivia, aguascalentense, joven filósofo, preclaro escritor, cuestionaba con determinación nuestra concepción del mundo. Ahí bebí el romanticismo irresistible de Ernesto Scheffler, anciano insondable, admirable pensador que en un entorno monástico nos aclaraba las abstrusas sendas de la ontología.

A la salida, ya en la noche, mientras el camión descendía y descendía, yo disfrutaba la nocturna panorámica de la urbe colonial, el luminoso espectáculo de tantos faroles encendidos y escuchaba en mis audífonos el canto translúcido de Silvio Rodríguez o las coplas nostálgicas de Facundo Cabral.

Yo vivía junto con otros estudiantes en una enorme casona ubicada por el rumbo de Embajadoras, al sur de la ciudad. Llegaba ahí luego de bajarme del camión y recorrer un largo túnel semioscuro y algunos callejones de sabor medieval, apenas iluminados por la amarillenta luz de las bombillas. Luego de trasponer la puerta y para subir hasta donde dormía, había que ascender los peldaños gastados de cantera de una escalinata, cuyo estrecho caracol parecía ser el del acceso a un elevado campanario. En una habitación húmeda del caserón referido leí las *Lecciones de metafísica* de Ortega y Gasset, releí *La náusea* de Jean-Paul Sartre y me desvelé ensayando interpretaciones de la *Monadología* de Leibniz.

Pero la ebriedad académica no podía durar tanto tiempo. La estrechez económica me fue ahogando poco a poco; medio sueldo, mis hijos y mi esposa en Aguascalientes... siete meses como siete días o siete años... busqué instancias de apoyo siete veces siete como setenta veces setenta... nada se pudo hacer y se me comenzaron a caer los hombros desde los primeros días en que fue asomando todo lo insalvable. Empecé a dar tumbos de manera paulatina y quise empecinarme hasta lo irrazonable, me vi fantaseando en la neblina filosófica hasta que fui obligado a claudicar por la fuerza, rabiosamente injusta, de la inopia. Ya en el desvanecimiento total de mi sueño, hube de verme en el edificio central abdicando, con los documentos devueltos en la mano y las aspiraciones encogidas, sentado al pie de la gran escalinata, ya desplomada hasta abajo la esperanza.

Retorné desmoronado a Aguascalientes, dejé atrás los balcones imposibles, el Guanajuato donde se derrumbó mi sueño, me conformé con ver mi locura deshecha en la tiniebla de sus túneles, en el decrepito aroma de sus muros, diluida ante la evidencia de las lágrimas rodando.

No quiero saber cuántos compañeros, profesores como yo, han visto frustrada también una ambición académica de tal tamaño, condenados a vivir a medias, sin pena ni gloria, en un limbo donde el triunfo tiene de todas formas el tinte del fracaso.

Sin embargo, tuve la certeza de que en esa dimensión vital vendría otra cosa, alguna aspiración distinta que, como agua nueva, habría de llegar a lavar los viejos lodos.

Con los hombros caídos regresé a trabajar a mi escuela de La Loma. No tardó ni dos días en lle-

gar el rebote psicológico, el escalofrío mental producto de aquel académico espejismo, una brevísima quimera que me supo a realización por muchos días.

Cuando estaba con mi grupo de sexto me llegaba algunas veces una ansiedad ingobernable y otras una melancolía profunda, de llanto fácil y ojos extraviados. Por las noches sobrevino el desvelo permanente, me vi atrapado en las parcelas del insomnio total y artero, en el no dormir lastimoso y fatigante que desordenó mi vida cotidiana.

Una alumna que había notado en mí el agobio de un problema, me dijo cierto día, casi sin mirarme y con una mezcla de seguridad e indiferencia:

–Lo que a usted le hace falta es una barrida.

Esas palabras me golpearon. ¿Cómo era posible? Pero envuelto como estaba en un inquietante torbellino, me acordé de Carlos Castaneda y la otra realidad que nos plantea y como se ha dicho que un perdido va a todas, me vi sin más, un sábado frente a la casa de una señora de ahí mismo, de La Loma, quien tenía fama de realizar esa práctica ancestral.

Toqué la puerta y abrió. Sus ojos de curandera, “borrados” como dicen los campesinos, y sus trenzas descuidadas le daban un aire de hermetismo a la redondez morena de su rostro. Cuando le dije a qué iba me pasó y me dijo que era necesario esperar a que fueran las doce del día.

–Mientras voy por unas ramas– agregó y se fue.

Esperé en un zaguán atestado de imágenes de santos. En el centro del muro principal, rodeado de cruces de palma y collares de ajos, un cuadro donde San Miguel Arcángel descargaba la furia

celeste de su espada sobre un Satanás en llamas que mordía la tierra, humillado pero siniestro. Más abajo, en una repisa, temblaba una pequeña flama en la veladora de vaso.

Llegado el momento me condujo hasta el patio y me indicó que me tendiera bocabajo en el piso de tierra, con el pecho sobre una cruz trazada con una vara de jaral. Lo hice y me quedé quieto, con los brazos extendidos y la mejilla derecha sobre el suelo. Era el mediodía y el sol caía vertical sobre mi espalda.

Me repasó varias veces el cuerpo, de los pies a la cabeza, con unas ramas de pirul recién cortadas y murmuró una rogativa. En un momento acercó sus labios hasta la boca de mi oído y más que su voz delgada y susurrante fue su aliento sonoro el que hizo vibrar mi tímpano con suavidad. Escuché con claridad y en cuatro ocasiones el soplido suave de una frase como un exhorto desconocido, como un conjuro primigenio, extraño, remoto:

–Espíritu de Armando, vente, no te quedes.

Después trajo un huevo de gallina y lo pasó en repetidas ocasiones de arriba a abajo de mi cuerpo, musitando inaudibles oraciones. Luego lo estrelló con cuidado sobre el piso, lo escrutó y movió la cabeza de un lado a otro.

–Usted no está asustado como yo pensaba. A usted me lo *polviaron* profesor. Voy a tener que darle otro remedio. Levántese y entre ahí. Orita lo alcanzo— me dijo señalando un cuartucho de adobe y puerta de mezquite.

Me metí y en la semioscuridad del cuarto rural, vi sábilas colgando y chorreaduras de sangre seca en las paredes; había plumas de distintas aves, herraduras oxidadas y más trenzaduras de ajos; se percibía un vaho de esencias hechiceras,

algo así como una mezcla de poleo y pimienta negra.

Entró. Sin decir nada colocó en el suelo y al centro un jarro lleno de alcohol. Frotó un cerillo y lo encendió.

–Arrímese al jarro ardiendo y luego hínquese; agarre las flamas y únteselas en todo el cuerpo lo más rápido que pueda– me ordenó.

Desconcertado yo junté mis manos y como si cogiera agua de un recipiente, aprisionaba las llamas azulecidas y las frotaba en mi cabeza, en mis hombros, en el pecho, en las piernas... en tanto ella, también hincada, oraba frente a mí en voz audible pero confusa, como si hablara en lenguas. Cuando creyó que ya estaba untado con fuego suficiente, me ordenó sacudirme con toda prisa, dirigiendo mis movimientos hacia la flama.

–Como si se estuviera sacudiendo tierra de la ropa. Así se va a acabar de quemar toda esa *malobra*– dijo.

Cuando hube terminado, agregó:

–Orita váyase a su casa y acuéstese porque después de este ensalmo va a estar trasudando todo el día y se va a dormir toda la noche. Mañana aquí lo espero para acabar de quitarle el mal agüero que le hicieron- dijo clavándome el verde turbio de sus ojos.

No regresé porque ni trasudé como ella dijo y sí en cambio aumentaron el insomnio y la ansiedad. Mejor hice lo que tenía que hacer: acudí con el especialista, quien luego de explicarme lo de la parálisis del sueño, el desequilibrio químico del cerebro ocasionado por la falta de serotonina y el deterioro de los neurotransmisores, me aplicó dos o tres terapias relacionadas con la resignación y me regresó al color del mundo con *tryptanol* y *fluoxe-*

tina. Sólo así pude salir del hoyanco insomne. El sueño me fue restituido y con él la tranquilidad y la asimilación de aquella desventura.

***D**on Adelmo López es bisabuelo de uno de mis alumnos de primero aquí en la escuela de La Loma. Ahora que platico con él disfruta mostrándome un diente de oro, pero no en su boca sino colgado de su cuello con un cordoncito; goza riéndose con sus dientes como ezquites, cargados de un sarro que parece masa de maíz endurecida. Me cuenta la ocasión en que, andando borracho se cayó a un osario, o a un güesario como lo llama él; me dice que no sabe ni cómo llegó al panteón de Jesús María esa noche buscando la tumba de su compadre para platicar con él aunque no lo oyera, pues no quería dejarse guardadas las palabras de estima que nunca le dijo cuando estuvo vivo.*

No halló la tumba dice, porque apenas brincó la reja y empezó a avanzar tentaleando, sin saber cómo se cayó en un gran agujero donde había muchos huesos amontonados, y supo que eran huesos porque cuando pegó contra ellos escuchó algo así como un crujidero y lo siguió oyendo mientras trataba de salir. Aturdido por el golpe y la borrachera se pescaba de las paredes aterronadas pero no bien aventajaba el tamaño de una cuarta, se venía abajo con los migajones deshechos en las manos para volver a estrellar sus huesos contra los otros huesos. Dice que nunca se asustó a pesar de la oscuridad y de sentirse entre tanta calavera; mejor se serenó y hecho bolita, recostado sobre los esqueletos desbaratados, en medio de un olor a tierra muerta, decidió esperar el amanecer.

–Me quedé dormido– me dice riéndose de nuevo con sus dientes sedimentosos.

–¿Así nada más?

–Asina, como lo oye. Bueno, ya cuando hubo claridad y ya sin borrachera, pos sí me impresioné con tanto güeserío. Empecé a gritar con la espeta de que alguien me oyera pero por más que berreaba nadie acudía.

Y agrega que entre lengua seca y palpitaciones sudorosas se arrellanó en un rincón a lamentar su pena y ya ni del compadre se acordó.

–De pronto vi una chispita brillante escondida entre los güesos, era como un puntito encendido– sigue. Y mire, lo que es la suerte, ya casi me ponía a llorar y dónde me voy encontrando esta pepita engarzada en la risa de una calavera. Sé que me vi sacrílego pero no podía dejarle su dientecito. De todos modos ella ya para qué lo iba a querer. Así que nomás le estiré y solito se despegó de los otros dientes.

Y aquí lo tiene, mire, nomás le mandé hacer un agujerito y me lo colgué. Es mi amuleto, mi talismán de suerte.

–¡Ah qué don Adelmo! ¿y no le da miedo traer eso?

–¿Miedo por qué? ¡Al contrario! Es una seña de la fortuna. ¿Usted cree que sea cosa de miedo o de mala suerte encontrarse un pedazo de oro entre tanta güesamenta? Además, deje le acabo de platicar que nomás lo tuve entre mis dedos y a pronto escuché que alguien venía. Grité de nuevo y luego luego me respondieron:

–¡Hey, pos quien grita!

–¡Acá abajo... me caí.

–Ah qué amigo... ¿pos qué andaba haciendo? Don Adelmo tose hasta que se le enrojece su

cara rugosa y tostada. Toma aire y entre tosida y tosida agrega que era el velador del panteón. Escupe dos veces y ahora me explica cómo pronto le echó una reata y pudo sacarlo del hoyanco.

–Yo sé que este amuleto lo traigo prestado porque así como estoy de viejo ya no tardo en parar con mis patas ahí mismo, en ese güesario donde le digo lo del crujidero. Porque debe saber usted que a los muertitos de aquí de La Loma los llevamos a sepultar allá a Jesús María.

Todo esto me lo platica sentado en unas piedras, junto a la puerta de su casa. Desde aquí se puede ver el gran llano que se extiende sin más límite que nuestra mirada.

Don Adelmo se queda pensando un poco y luego se inclina hasta donde sus ochenta y cinco años le permiten, recoge con la mano un terroncito, lo levanta a la altura de su vista y lo desmorona entre los dedos. Una ventisca se lleva las arenillas como polvo fugaz, y me dice fijando sus ojos campesinos en los míos:

–Mire maestro, si somos esto, ya somos mucho– y regresa sus ojos a la palma de la mano, donde sigue desmenuzando la tierra que parece deshacerse con el viento.

Ayer soñé con él, con mi hermano Refugio, Cuco, Cuquito. Estaba sentado en el suelo, junto a una bugambilia, con las piernas cruzadas hacia adentro y los antebrazos sobre las rodillas, como el buen acampante que siempre fue. Llevaba la camisa amarilla que mi madre le ponía los domingos, cuando aún era “su niño”. Volteaba

hacia el frente, es decir, hacia mí, como en fotografía, con su sonrisa infantil de dieciséis años y sus dientes grandes y blancos acompañados de una mirada de pedir disculpas.

Al fondo la malla de su escuela, él sobre un pasto azul, hablaba de mariposas de papel y sombras duplicadas. Después de un relámpago de imágenes difusas era ya el hombre de bigote desconocido y ceño incierto al que la vida le negó los cuarenta y tantos años que ahora tendría. Inesperadamente encogió las piernas, llevó manos y rodillas a su rostro y comenzó a llorar. Por alguna razón, Sergio mi hermano llegó a consolarlo. La malla fue ahora una red de transistores y circuitos. Cuquito limpió sus lágrimas y extendió las manos hacia mí para ofrecerme algo que yo interpreté, primero como una pulsación eléctrica y después, como un influjo movedizo, proyectado desde el espejismo más remoto. Luego, sus ojos se esfumaron y me desperté.

A pesar mío, estuve pensando hasta el amanecer, en el gris que desde su muerte han tenido todas las mañanas.

Líneas atrás afirmé que en Pabellón no existía una sola biblioteca. Confieso que he mentido a medias. Sí había una, la única, la que Ángel Ainos ha bautizado como la Biblioteca Carmeliana. Ahora ya no existe, pero durante años estuvo ubicada a un lado de la carnicería de Gumaro Villanueva, un matancero cuarentón a quien le faltaban los dedos índice y medio de la mano izquierda; al verlo trabajar, cualquiera apostaría que

él mismo se los cercenó al tasajear las lonjas de una res, sin embargo, algunos decían que el faltante no fue producto de la cuchilla sanguinaria, sino de un cohetón que los arrancó durante una de las lumbradas de año nuevo.

Pues bien, la Biblioteca Carmeliana fue durante algunos años el refugio de quienes queríamos pasar las tardes leyendo a nuestras anchas... y podría pensarse que era un edificio conventual, de grandes estanterías colmadas de viejos libros, pero en realidad era un local de diez metros cuadrados, donde un hombre llamado Carmelo, de cuarenta y cinco años, de sombrero, camisa a cuadros y botas picudas, alquilaba *comics* por diez centavos y al mismo tiempo vendía alfalfa fresca, recién cortada, para los conejos, extendida en un extremo del establecimiento.

Nos pasábamos tardes enteras, sentados o recostados en el piso, leyendo “Kalimán”, “Lágrimas y risas”, “El pato Donald”, “Memín Pinguín”, “Turok”, “Fantomas”... Disfrutábamos horas y horas de aventuras, episodios, tramas y personajes que iban y venían ante nuestros ojos infantiles.

A los más asiduos, quienes ya éramos clientes seguros, Carmelo nos dejaba recostarnos en el frescor de la alfalfa, lo que hacía doblemente deliciosa la lectura. Resultaba curioso ver cómo esa bandada de chiquillos, antes desastrosos en el aula, acá en la Biblioteca Carmeliana éramos, aunque amontonados, unos mansos y apacibles lectores cuyo silencio era la mejor muestra de nuestro interés en lo que estábamos leyendo.

Un buen día, cuando yo ya cursaba la secundaria, comenzaron a llegar ciertas novedades que me llamaron mucho la atención. Se trataba de “Leyendas de la mitología”, una revista donde se

narraban todas las historias de los dioses griegos y sus descendientes. La otra, “Duda, lo increíble es la verdad”; en ella se planteaban con ilustraciones, muchos de los misterios históricos aún no aclarados, sobre todo los relacionados con las culturas de la antigüedad.

Gracias a revistas como éstas, me remití a la lectura de obras como *La Odisea* o *La Iliada*, el *Libro de los Muertos* o el *Popol Vuh*, los cuales formaban parte de la biblioteca de la escuela, o bien, a algunos libros en la *Biblia* de mi madre como el Génesis, el Éxodo o el Apocalipsis, y que por supuesto, a mis doce años no entendía del todo, pero ya me hacían tener la certeza de que en los libros se escondían mundos superiores a los cuales se podía acceder con sólo adentrarse en sus páginas.

Seguro sabes, apreciable Claudio, que el gusto por la lectura comienza cuando se activa en nuestro interior un artilugio que mucho tiene de misterio. En ciertas personas la activación llega de súbito, como un despertar de pronto, como un chispazo inexplicable; en otros crece poco a poco, con la parsimonia de la vaquilla rumiante o con la lentitud que nutre en la rama al fruto... en otros más, nunca germina, se queda adormilada, lánguida, condenada a no salir nunca a la luz, a aletargarse hasta morir en oscuridad insulsa.

Mi madre, ella sí, como podía en aquel pueblo antes llamado Estación de Bandera, ignorado y polvoriento, se procuraba libros al alcance. En sus últimos años leyó con una avidez cercana al misticismo, la *Biblia* infaltable, las *Confesiones* de San Agustín y la *Suma teológica* de Santo Tomás.

Dos años antes de morir hizo a un lado los libros, dejó de leer en absoluto y se puso a escribir con arrebató. Compró un paquete de cuadernillos

para taquigrafía y a lápiz, con su escritura cursiva, los llenó con reflexiones, citas, esquemas, argumentaciones, inferencias, analogías y deducciones, siempre tratando de explorar y de explicar algunos de los misterios cristianos. Unas semanas antes de su deceso los integró en un grueso engargolado al que tituló *Búsqueda de luz*. Desafortunadamente la edición apareció cuando ella, debajo de la tierra, ya sin lágrimas, compartía un sitio con Cuquito, el más pequeño de sus hijos.

Murió recostada en el sofá que le regalé para un 10 de mayo. Sin saberlo, vivió sus últimos tres meses acorralada, sitiada por un cáncer que comenzó en el páncreas y acabó por corroerle el vientre como erosión irreversible. Su médico, en un gesto humanitario nos recomendó no mencionárselo jamás y así lo hicimos: nunca la palabra cáncer se pronunció, ni en su presencia ni a propósito de sus dolencias.

Después de una hospitalización de quince días en los que se paliaron los intensos malestares, después de una veintena de estudios y otras tantas maniobras médicas inútiles, el doctor le dio un alta simbólica para que pasara, según nos dijo aparte, los últimos días en su casa. Ahí, entre visitas asiduas de los hijos y bocados raquíticos, expresaba su desconcierto por esa extraña enfermedad tan prolongada como incomprensible. Sin embargo, a veces prendía en ella una certeza y se sentía aliviada, confortada al expresar con su confianza de enfermera que si el médico mismo la había mandado de regreso a casa, era porque ya estaba en proceso de recuperación.

—Me tengo qué componer pronto. Quiero estar bien para cuando salga mi libro. Ya tengo setenta y cuatro años, es 2006 y el tiempo apre-

mia—decía mientras vaciaba a pausas, con una cucharita, el sabor durazno de su “Ensure”.

En ocasiones todavía conservaba el humor y la lucidez para tomar el lápiz e hilvanar despacio, en su cuadernillo, la hebra de alguna reflexión. Pero no pasó mucho tiempo.

El día nefasto llegó; en la mañana de un domingo aciago, de junio fatal y cielo nuboso, comenzó por perder el habla y el movimiento de sus brazos. Sentada en su sofá verde nos miraba con evidente desconcierto y algo la obligaba a respirar profundo, con las pausas obligadas de quien quiere serenarse. Mi padre, en un rincón de la sala, sentado en su sillón de siempre, con la mirada esquiva y los ojos ahogados, volteaba hacia la ventana amarrando los labios para atajar el llanto.

Llamé al médico y desde la bocina sombría me dijo que la fase final había comenzado; el shock general vendría a lo sumo en una hora. Nada se podía hacer sino esperar... Claro, era tan fácil decirlo... ¿pero esperar a qué? ¿a que concluyera todo para siempre y la vida se desgajara en un instante? ¿a que los relámpagos oscurecidos y sordos de la nada llegaran a anunciarnos la gran tribulación y la muerte vaciara sobre ella su aliento corrosivo?

No había remedio, era la estampida final de la realidad aviesa, el despertar de la tumoración oscura en su vientre de luz. El tejido de tiniebla se había multiplicado como funesta plaga y avanzaba brutal e irremediable, mordiendo las fibras de su vida, deshaciendo en silencio el resplandor secreto, la aureola interior que hacía un momento todavía vibraba, noble y pura, en un último temblor intimidado.

Cuando entró el sacerdote ya era el mediodía. Mi madre lo vio hincarse junto a ella para

aplicarle el tercero de los santos óleos en la frente. No supimos si al sentir el aceite sagrado, escuchó también la oración en la que le aseguraba que el Espíritu Santo la acompañaría y la reconfortaría en el trance final, pero sí notamos en ese momento doloroso la evidente transición de su mirada: del desconcierto pasó a la más pacífica de las resignaciones.

El sacerdote la recostó en el verde seco del sofá y le dijo que cerrara sus ojos y la acompañara en una oración para poder mirar la luz de Dios. Con ojos apacibles nos vio por instantes a cada uno de nosotros, hijos y esposas, nietos... y luego bajó sus párpados.

Algo más... no supimos qué vaticinio o ventura o casualidad tan desconcertante llevó a un pajarillo a posarse en ese momento en el borde de la ventana, justo frente a mi padre que volteaba hacia fuera evasivo y desmadejado; picoteó el cristal y miró hacia adentro para volar luego hacia las azoteas vecinas. Lo más sencillo sería alucinar, conjeturar sobre la visión gastada y popular del alma-avecilla que se despide, pero ni es oportuno ni es necesario, sólo he querido mencionarlo porque sucedió.

Inerte ya, la abrazamos uno a uno, hincados, inclinados hacia ella, en el sofá, cada cual desde su propio llanto, desde su propio grito. Yo la besé, sentí sus mejillas aún tibias, volteé con el sacerdote y le pregunté a lágrima viva si no era posible un regreso de luz y de arenillas blancas.

El sacerdote se encoge de hombros con cara de no-entiendo-lo-que dices. Me toma una mano entre las dos suyas y me desea resignación en el Señor.

Yo cierro los ojos y reniego en el silencio por esa lesión perversa, por esa ala negra de ominosa sombra, emisaria de un fatalismo que nos empuja al abismo de una cama ya vacía, de una certeza contundente y ciega para la que no hubo antídoto y de ese dolor para el cual sólo tuvimos narcótico y dientes apretados.

¿Por qué avanzó ese animal de sombra? ¿Por qué manchó de nódulos malignos un hígado divino y lo ultrajó de muerte?

Fueron cuarenta noches continuadas en las que no hubo día ni entró luz por ningún resquicio. Durante cuarenta noches sólo resonó la palabra "sinremedio", así, unida, expresión siamesa, bastarda y obstinada, trabada por siempre para que golpeará su significado inclemente y pernicioso.

¿Por qué otra vez aletea la muerte y precipita su vuelo nefasto para llevársela, como antes a su hijo? ¿Por qué nunca aceptó súplicas ni recetas, ni admitió novenas ni soluciones medicamentosas? ¿Por qué desdeñó hospital y cuidado y menospreció lágrimas y ruegos?

Yo sigo aquí todavía, desconcertado por ese mazazo en la cordura, por ese látigo de sombra que se nos enreda en el cuello con su chasquido de estúpida tiniebla.

No sabré qué hacer mañana con esta soledad metida hasta la entraña, con este escenario de abandono, con esta impotencia en cada espacio.

No sabré qué hacer... Sólo el llanto continuado podrá lavarme el rostro y los ojos hendidos por la muerte de mi madre... de mi “madre de corazón atómico”.

Tal vez sólo los recuerdos puedan silenciar al fatalismo... sí... que vengan las noches cóncavas a restaurar esta hendidura eternal y cósmica, y salgan las lágrimas hasta cansarse, que escurran hacia el infinito y fluyan por siempre, hasta dejar seca su fuente miserable...

Otra vez el brumal oscurecido, sombra y azahar en el ensueño: mi madre está bajo el cielo nocturno como al cobijo de un árbol infinito. Arriba, las estrellas al alcance de los ojos, frutos de luz, esferas suspendidas en ramajes de tiniebla, cuelgan sobre su cabeza. Ella levanta la mano, alcanza una, la desprende con suavidad y me la entrega como alimento luminoso.

–Dale pan al hijo que yo tenía– me indica.

La acerco a mi boca y al morderla, todo mi cuerpo, en un instante, se vuelve etéreo y transparente.

¿Alguna vez, atento Claudio, te hablé de las noches cóncavas? ¿De las sombras extendidas en el Pabellón de mi infancia y de la serenidad con que uno a uno se ataban los instantes? Permíteme hacerlo ahora, sólo para quitarle estremecimiento a la memoria.

En los días de invierno, apenas se metía el sol, mi madre y yo nos acomodábamos “afuerita”, en la banqueta de la casa, ella sentada en su silla de lazo entretejido y yo de pie, a su lado, esperando ambos que la oscuridad bajara hasta nuestra

calle y permitiera asomarse allá arriba, la claridad cósmica esparcida. No había que esperar mucho el momento mágico en que aparecía el brillo granulado en aquel espejazo de negra transparencia; primero, en el último destello de la tarde, el Lucero vespertino en dirección del “muladar”, y después, como en un reloj lento de minuterero interminable, los Tres reyes magos, el Carro y los Ojos de Santa Lucía, todos ellos señalados por el dedo amoroso de mi madre que recorría punto por punto el acomodo fascinante y provocaba en mí el azoro infantil ante la prodigiosa densidad de luces.

Mientras tanto acá abajo, la oscuridad y el frío se cerraban cada vez más, extendían su espesura rural hasta cubrir las callecillas de adobe y los mezquites fantasmales. Para cuando aparecían las Siete cabrillas y la Cruz de Caravaca, el cielo era ya un joyerío inmenso de areniscas enjambradas, se habían despertado las voces de la noche y la vibración celeste nos permitía escuchar con la mirada la música invisible de la atmósfera.

Yo levantaba mis brazos e imaginaba meterlos en la grajea temblorosa para palpar el fondo hormigueante y cóncavo de la bóveda resplandecida; me sentía dentro de la oquedad invertida de dos manos infinitas y apacibles, idílicas, sagradas... a salvo de la oscuridad y sus espantos. Y cuando casi tocaba el cosquilleo celeste y escuchaba la agitación interminable y silenciosa del brille-
río inmenso, volvía mi rostro hacia el rostro de mi madre y descubría en sus ojos lo que ahora sé, era un reflejo del infinito anunciado por Flammarion o quizá el pinkfloydiano *dominio astronómico* de las estrellas encendidas. Entonces la abrazaba, pegaba mi mejilla a la suya y sentía el encanto de una comunión infinita bajo un cielo vibrante y misterioso.

Esas imborrables noches cóncavas las reviví después y en varias ocasiones con mis propios alumnos, en aquellas rancherías de ladrar de perros, de veredas oscuras y noches cerradas en las que casi bajaba el titilar de las estrellas.

Un día de diciembre, luego de una de mis pocas idas a Aguascalientes, regresé a la comunidad donde trabajaba, con la novedad de un pequeño telescopio casero, hechizo, pero de buen alcance. Lo encontré por casualidad al pasar por el taller de un viejo sastre. Lo tenía en venta y pude comprárselo en cincuenta mil pesos... no sé en la actualidad a cuánto equivaldría... han pasado tantas cosas.

Lo mostré a mis alumnos más grandes y a otros muchachos de la comunidad que se sumaron. Después de explicarles para qué servía esperaron con ansia la llegada de la noche. Ya oscuro, con tripié y telescopio a cuestas nos fuimos a un barbecho, un extenso claro aledaño a unas mezquiteras. Instalé el alargado antejo sobre la tierra dura y entonces, los doce o catorce curiosos esperamos, uno a uno, nuestro turno para poder atisbar los detalles del cielo cristalino lavado por el frío del invierno, que ya de por sí, a simple vista ofrecía un espectáculo admirable. Los ojos en asombro y la boca semiabierta al pegar la vista al ocular, revelaban en cada uno de nosotros el prodigio contemplado.

Después de algunas noches de observar el cielo, había logrado que casi todos pudieran identificar con su nombre científico varios astros y constelaciones: Venus, Júpiter, Estrella Polar, Cinto de Orión, Pez Austral, Cruz del Sur, Corona Boreal... letanía celeste que pronunciábamos enfebrecidos, oración de luz que como rezo inmenso llenaba de infinito nuestras almas.

¡Cuánto gozo rezumaba la noche al enseñar yo a los jóvenes, muchachos como yo, el nombre secreto de los cielos! Era como si la noche se congregara cada vez, ahí donde nos reuníamos, para mostrarnos un escenario nocturno y portentoso. El aula era el campo abierto y la pizarra un interminable fondo negro donde, trazadas con luz, palpitaban las estrellas.

Cuando la luna en creciente, pendía del cielo desdoblando la negrura, el espectáculo era diferente; ahí estaba el gajo celeste, sonrisa del cielo, fruta cósmica, mostrándonos su rostro iluminado, trayéndonos un vientecillo de plata, tocando cada objeto con su blancura nocturnal y haciendo brotar el ritmo dentado de los grillos o la acrobacia fugaz de las lechuzas.

Otras ocasiones, ya noche, acomodaba el telescopio en el espacioso patio de la casa donde vivía, y solo, a mis anchas, escrutaba los rincones estelares deseando descubrir un astro nuevo, o poder seguir el camino misterioso de una estrella fugitiva.

Termino de escribir ahora, sumido en la hondura de mi cuarto, en esta semioscuridad fría, de madrugada, que cristaliza mis huesos y escarcha los recuerdos; lo hago antes de que se me apague la memoria y un documento de retiro me clasifique como inútil.

Acogido ya a la jubilación, te he hablado con el pensamiento a la deriva, crecida ya en mi interior esa dimensión sedante y nebulosa, esa otra extensión de aliento meridiano y no sé qué más

cosas, que la bruma cubre como gasa de herida y curación, o mejor, como cortina de lluvia climática y lagrimal, o todavía mejor, como veladura espesa y última en el desván obligado de los años...

En días próximos te mandaré estos papeles para dejar concluido aquel compromiso del salón "Olimpo", cuando salí a la noche después del brindis y en medio de la llovizna me subí al taxi de parabrisas empañado, un taxi que me llevó a casa con la nostalgia insalvable de un año más de escuela en la cuenta de mis días.

A veces no me siento muy seguro de hacerlo porque me asalta la idea de que no vayan a servirte para gran cosa... pero sí lo haré porque al menos podrán hacerte reflexionar sobre algunas cuestiones propias del oficio. Te anexaré también una parte de los pliegos donde escribí varias estampas del más vivo desahogo, papeles sueltos de lo que pudo ser un diario... pero en realidad sólo fueron impulsos para serenar el pensamiento.

De cualquier forma, todas sus páginas no son sino producto del mester de la memoria, un manifiesto de los años germinales; tal vez un retorno de transparencias y extravíos o un espejo líquido que descubre el reverso de la vida, un ejercicio donde el cerebro sale a la intemperie y extiende al aire la nostalgia... Si quieres, es como correr a contraolvido para llegar hasta el sur del pensamiento.

Sé bien, distante Claudio, que en la vida no caben los indultos, el tiempo no dispensa y llega sin remedio la fecha necesaria, la hora en la que habrá de afrontarse el momento inaplazable. No hay excepciones. No hay privilegios. Para la muerte, —oh inmenso lugar común— no existen soberanos, patriarcas o semidioses, sólo individuos vulnerables, mortales simples como cendales de niebla diluida, como vahos fugaces en la negrura terminante.

Pronto, querido amigo, este simple profesor que soy y he sido, tendrá su tránsito definitivo. La tenaza huesa, fría de la muerte, se extiende seca sobre mi nuca, la acaricia para dar el tajo que acaba con mis años, mis angustias y mis sueños.

Advertir la muerte así, a un palmo de la cara, es como mirarse en un espejo de sombra, es pensar ya en el paso final hacia el abismo sin fondo, o tal vez sea empezar a liberar las amarras para bogar a la deriva en un velero oscuro que se fuga, en una goleta sin adjetivo ni seudónimo posible. Aca-so sea comenzar a recitar con pasmo la certeza del “a pesar de mi fe/ cada día evidencio/ que detrás de la tumba/ no hay más que silencio”, la cuarteta de juventud que un día descubrí, sin buscarla, en el polvo ciego de alguna página ignorada.

Es inútil. Nada regresa. El hecho consumado nos abrumba, nos aniquila, nos reduce al agobio fatal de las horas concluyentes. Pronto la vida será una sombra desecha entre los labios y habrá de concretarse la “educación para la muerte”, pregona-da por el Séneca de mis lecturas juveniles... “lo necesario es aprender a morir...” diría negando así, rotundamente y sin saberlo, al Ortega y Gasset de la “educación para la vida”.

Debes saber sin embargo, caro Claudio, que la muerte también es un acto de aprendizaje. El gran tránsito, ese momento intransferible, el instante más personal, más íntimo, más interior, se revela como la lección total, la enseñanza más universal, el logro del objetivo más general, del propósito último, del aprendizaje esperado más importante que trasciende a todo conductismo, a todo constructivismo o competencia. Ese conocimiento, tal vez, –oh rotunda paradoja–, después del estrago terminal, ya no nos servirá para nada, ya no podrá

detonar más saberes porque con él habrá acabado cualquier bagaje; con ese tránsito definitivo se habrá diluido, se volverá nada, como el último gusano en la hondura más triste y escondida de la oquedad final.

Ayer acudí a mi cita semestral con la burocracia. Tal vez no te lo he dicho pero cada seis meses debo comprobarles que sigo vivo, de no hacerlo me suspenderían la indulgencia mensual de la pensión, única utilidad que poseo después de haber dejado mi garganta deshecha y mi estómago en vilo, siempre con el pizarrón detrás y cuarenta pequeños demonios en el frente.

Ellos le llaman “sobrevivencia” pero la conocen mejor como “prueba de vida”, de cualquier manera, sustantivos más o adjetivos menos, es la evidencia de la decrepitud, la categórica muestra del declive, del temblor senecto traducido a veces en temples pasivos de lagrimal enrojecido.

Aunque te diré, y no por obligación sino por conciencia, esta verdad de Perogrullo: es lo más natural. Y es que, ¿te lo habré dicho ya algún día?— cuando joven, siempre pensé en la vejez como la etapa idónea de vida: experiencia atesorada, alejamiento de las pasiones, madurez palmaria, sobriedad en las necesidades... Esto lo aprendí en Séneca, el honorable estoico que como ya te lo decía, propuso su educación para la muerte. “La cosa es clara, lo necesario es aprender a morir...” dijo en la lucidez previa al autotajo de sus venas.

Al hacer la fila semestral donde se firma la relación de vivos, he sentido la jubilación en pleno.

Decenas de compañeros en la columna esperando que el santo agilizador de los trámites baje del cielo y las autoridades nos perdonen, por seis meses más, que continuemos vivos. Compañeros, te decía, todos incluidos en la esfera del jubileo, unos alegres, otros tristes, unos sanos, otros enfermos, unos platicando animadamente, otros ensimismados como autistas, unos... unos a fuerza de optimismo todavía joviales, pero otros, metidos hasta el alma en la ruina más conmovedora... algunos todavía animosos como yo, pero otros, Claudio, como lisiados de guerra, con muletas o en silla de ruedas, casi pidiendo perdón por seguir cobrando. Y al final, todos, como los señoríos insalvables de Manrique... "derechos a se acabar/ y consumir". Es curioso, amigo, pero en la fila de eméritos se habla de enfermedades como si fueran medallas ganadas en la guerra, se presumen las cirugías cual si fueran blasones y las dolencias llegan a ser insignias conquistadas a brazo partido en el ardor de una batalla.

A mí sólo me ha quedado como vestigio del encuentro diario, esta somnolencia enfermiza que me rinde sin remedio y me lleva en cualquier momento y sitio a un sopor inevitable; a veces llega de súbito y reclama sus conquistas, entonces adviene la modorra diurna de pesadez latente, me sienta, me orilla unas veces al sueño vívido y otras al aturdimiento ineludible... En la media siesta que a cada rato traigo como sedimento, he descubierto que para meterme en la dimensión más sencilla de los sueños basta cerrar los ojos y comenzar a inclinar o ladear la cabeza, para luego acomodarla, orientándola siempre hacia el norte, hacia la estrella polar; así, de inmediato, como una aguja de brújula, capto los filamentos cósmicos del sueño, o

como una antena, percibo las vibraciones ocultas de la irrealidad.

Cuando llego al estado mismo del anciano metálico mi pensamiento se bifurca y la realidad se confunde, se intrinca en el devaneo mayor del artificio; entonces veo cosas que surgen de las brumas oníricas y ya no sé si son sueños los recuerdos o si las evocaciones son sólo letargos continuados.

Ahora mismo el sueño me trae como desvarío nebuloso una procesión de mujeres campesinas, grises en medio de la noche, caminando con lentitud sobre la única, larga calle de Soledad de Arriba, aquella comunidad aledaña a El Salero, donde desde hace 40 años, cada viernes santo, en un entorno de piadosos cánticos y lutos de cuaresma, siempre he encontrado a mi amigo y colega Rigoberto Rangel.

Se dirigen hacia la Santa Cruz. Sostienen velas encendidas y cantan alabanzas con sabor de canción cardenche, las cuales, al traspasar la noche cerrada, se convierten en los coros de *Madre de corazón atómico*. Desde un zaguán iluminado, dos maestros gemelos, ya ancianos, las observan. Encanecidos y eruditos escriben la escena en un pergamino rugoso con caligrafías impecables de tinta y pincelada. Uno de ellos, junto a un globo terráqueo, niega la inminencia de su propia muerte y el otro, evasivo, toma café bajo una lámpara empañada.

Me despierta por un instante la pesadez en el cuello, pero vuelvo a rendirme a la somnolencia con el desconcierto alojado en el centro de la nuca y la sensación de no estar aquí sentado dormitando, sino recostado en una fronda irreal de viento nocturno y tibio que me devuelve la voz de mi madre para transformar mi aturdimiento en el sueño más dulce y apacible:

–Mira hijo, estoy viva– escucho desde el fondo de su muerte.

Toco la piel suave, su hombro desnudo, me recargo en su pecho y siento otra vez el olor remoto de la leche tibia, de su hilillo de maná materno; volteo hacia ella como si mirara al cielo y veo sus mejillas encendidas de madre joven, los rizos habituales, cálidamente familiares, sus ojos místicos mirándome. Otra vez son sus manos dos mariposas en mi cabeza, los labios dos corolas en mi frente, los dedos la caricia total entre mis cabellos infantiles. Escucho con claridad el arrullo de cuna y campanillas. Veo sus dientes blancos, su rostro de niña núbil en el Pabellón de mi infancia renacida, aún sin angustia por esposo ni laberinto de minotauro alcohólico.

–No estoy muerta como todos creen. Ven – me dice.

Y me lleva del brazo. Caminamos los dos hacia la noche. Nos detenemos en un punto donde sólo vemos la penumbra de una tumba vacía, una oquedad de tierra sin cadáver.

–¿Ves? Ya no estoy ahí. Tampoco están tu hermano ni tu padre. Ahora somos aquí contigo, vivos como lo fuimos antes. Ven, vayamos a una nueva vida. Alguien nos llama a nuestra casa renovada...

* * *

Memoria desde el sueño

de Armando Quiroz Benítez

se terminó de imprimir el 09 de septiembre de 2017
en los talleres de Servimpresos del Centro
S.A. de C.V.

El tiraje fue de 500 ejemplares.

Memoria desde el sueño es un ejercicio autobiográfico que se inserta en la narrativa docente. En él, el autor relata con un lenguaje vivo, ameno y conmovedor al mismo tiempo, algunos pasajes de su infancia en Pabellón de Arteaga y además, interesantes experiencias de sus primeros años como profesor de educación primaria en el medio rural.

En sus páginas se percibe la hondura de una voz con alcances literarios, el mundo interior del maestro y el escenario escolar como un espacio donde coexisten cargas afectivas, pedagógicas y sociales. La evocación de la figura materna y la vivencia onírica delimitan con mayor precisión, una dinámica compleja en la que necesariamente se entrelazan las situaciones escolares y los momentos específicos de la historia personal.

